PAPA FRANCISCO

ALIANZA ENTRE GENERACIONES

CONVIVIALIDAD ENTRE NIÑOS, JÓVENES, ADULTOS Y ANCIANOS.

CATEQUESIS SOBRE LA VEJEZ

23/Feb - 24/Ago del 2022

Presentación

¿Qué es la vida humana? Ser y quehacer, memoria e historia, logro y conquista, pérdida y fracaso, cercanía y lejanía, inmanencia y trascendencia, rumbo y proyecto, conciencia y decisión, saber y experiencia, tiempo y eternidad. Por eso, la vida es bella. Lleva en su entraña riqueza. Hace, a su paso, camino. Se abre a la visión desde el horizonte recorrido. Precisa cuidado y cultivo. Anhela lo noble y lo bello. ¿Cómo no reconocer y bendecir a Aquel que la ha diseñado? ¿Cómo no reconectarla a Él que es su fuente? ¿Cómo no orientarla a Él, su último fin?

Uno de los grandes teólogos del siglo pasado, von Baltazar, sostiene que «el todo está en el fragmento». Como si dijera que el fragmento es anunciador del todo. Y esto se puede decir también del segmento de la vejez. La vejez no es el todo de la vida humana, es sólo una etapa de ella, la última de su recorrido. Pero esta etapa si dice y sintetiza el todo de la vida humana. Y lo puede decir con gratitud y alegría, satisfecha por los logros alcanzados y deseosa de compartirlos. O también, lo puede decir con amargura y tristeza, resentida por no sé se qué desesperanza, por falta de solidaridad, por descuido o abandono.

El Papa Francisco, en sus catequesis sobre la vejez, corre la primera línea de este decir. Es decir, DICE LA VEJEZ en clave positiva, EN CLAVE DE SÍ. El mismo se siente abuelo. Le ha gustado que en las Filipinas lo llamen Lolo Kico (Abuelo Francisco), y él quiere decir no cualquier palabra sobre la vejez, sino decir el EVANGELIO DE LA VEJEZ, la buena nueva de ella. Pues en estas catequesis COLOCA EN ALTO RELIEVE LOS VALORES HUMANOS Y CRISTIANOS propios de la vejez. Y lo hace con el estilo sapiencial propio del pastor experimentado.

El Pontífice constata la cultura del descarte, aplicada al ámbito de los adultos mayores, cuya vida no sólo se menosprecia y margina, sino que, incluso, se vulnera desde la insolidaridad y el olvido. Y frente a ello PROPONE EL PACTO SOLIDARIO ENTRE GENERACIONES. De manera que no sólo los niños, jóvenes y adultos miren por el bien de los ancianos y los incluyan en sus vidas, sino que también los ancianos se vuelquen hacia las generaciones jóvenes aportándoles lo mejor de sí. Todo ello apunta al humanismo cristiano. Así, ni el anciano se sentirá abandonado, ni el niño o el joven privado de la experiencia del mayor. El pacto solidario incluye convivencia, vida compartida, ayuda solidaria, transmisión de la fe.

Una característica propia de este itinerario catequístico es el asomo a las figuras bíblicas de hombres y mujeres ancianos tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento, resaltando aquellos valores humanos y religiosos que también se podrían encarnar en la cultura de hoy. Figuras como los patriarcas antidiluvianos, Noé, Moisés, Eleazar, Rut-Noemí, Judit, Job, Simeón y Ana, Nicodemo, Pedro y Juan… hasta llegar al «Anciano de los días» apocalíptico… ¿Qué nos quiere transmitir el Papa Francisco con todas y cada una de estas figuras? «El todo está en el fragmento», no se nos olvide. Recorramos cada una ellas… y en la riqueza doctrinal de cada una, encontraremos lo precioso de los últimos años de la vida.

El propósito de este documento que recoge cada una de estas catequesis es poner en manos de pastores y agentes de pastoral, este material tan valioso para iluminar el camino no sólo de las personas mayores sino de quienes convivimos con ellas, dejándonos ayudar por su riqueza y convirtiéndonos en apoyo suyo. Tenemos una buena falange de ancianos, ¿por qué cometer la torpeza de dejarlos abandonados a su propia suerte? ¿Por qué no más bien, volvernos hacia ellos intentando vivir de verdad el 4º Mandamiento de «honrarás a su padre y a tu madre»?

Respetando la integridad del texto propio de cada catequesis, así como se encuentran publicadas en la página de la Santa Sede, se ha puesto al margen un cuadro de diálogo que permite recorrer su contenido en modo ágil, claro y sintético. Además, al final de cada catequesis, se ha colocado también un cuestionario de tres o cuatro preguntas que ayudan a orar y a compartir su rico contenido. Se ha probado que esto da muy buenos resultados, cuando cada catequesis se lleva a la puesta en común de los grupos de Iglesia. Aquí también aplica el método de los conversatorios.

Al inicio de este itinerario catequístico (preámbulo) se colocó también un encuentro que el Papa Francisco tuvo en México con un grupo de niños. Ahí el Pontífice se autopresenta como abuelito. El encuentro está lleno de ternura y delicadeza en la forma como el Sucesor de Pedro se dirige a los niños y a sus cuidadores.

Al final del itinerario (apéndice) también se presentan dos textos del Papa San Juan Pablo II: uno de la *Exhortación Familiaris Cosortio* en donde trata el tema del anciano en la comunidad de personas que es la familia y otro de la *Encíclica Evangelium Vitae* que aborda el tema de la eutanasia como contraria al proyecto de Dios. Tanto el preámbulo como el apéndice han sido clave de inspiración para el desarrollo de este itinerario catequístico.

ÍNDICE

No.	Título	Fecha	Pág.
	Presentación		2
	Índice		4
A	Discurso en el hospital pediátrico «Federico Gómez» (Francisco)	14/Feb/2016	5
1	La gracia del tiempo y la alianza de las edades de la vida	23/Feb/2022	7
2	La longevidad: símbolo y oportunidad	2/Mar/2022	10
3	La vejez, recurso para la juventud despreocupada	16/Mar/2022	13
4	La despedida y la herencia: memoria y testimonio	23/Mar/2022	16
5	La fidelidad a la visita de Dios para la generación que viene	30/Mar/2022	19
6	«Honra a tu padre y a tu madre»: El amor por la vida vivida	20/Abr/2022	23
7	Noemí, la alianza entre generaciones que abre al futuro	27/Abr/2022	26
8	Eleazar, la coherencia de la fe, la herencia del honor	4/May/2022	29
9	Judit. Una juventud admirable, una vejez generosa.	11/May/2022	32
10	Job. La prueba de la fe, la bendición de la espera	18/May/2022	35
11	Cohélet: La noche incierta del sentido y de las cosas de la vida	25/May/2022	38
12	«No me abandones cuando decae mi vigor» (Sal 71,9)	1/Jun/2022	41
13	Nicodemo. «¿Cómo puede uno nacer siendo ya viejo?» (Jn 3,4)	8/Jun/2022	44
14	El servicio gozoso de la fe que se aprende en la gratitud (Mc 1, 29-31)	15/Jun/2022	47
15	Pedro y Juan	22/Jun/2022	50
16	«Voy a prepararos un lugar» (Cf. Jn 14,2). La vejez, tiempo proyectado hacia el cumplimiento	10/Ago/2022	53
17	El "Anciano de los días". La vejez tranquiliza sobre el destino a la vida que ya no muere	17/Ago/2022	56
18	Los dolores de parto de la creación. La historia de la criatura como misterio de gestación.	24/Ago/2022	59
B	Apéndice: Los ancianos en la comunidad familiar (Juan Pablo II)	*FC* 1981 *EV* 1995	62

PAPA FRANCISCO
DISCURSO EN EL HOSPITAL PEDIÁTRICO "FEDERICO GÓMEZ"
(14/Feb/2016)
Viaje apostólico a México del 12-18/Febrero/2016

Señora Primera Dama. *Señora Secretaria de Salud.* *Señor Director.* *Miembros del Patronato.* *Familias aquí presentes.* *Amigas y amigos. Queridos niños.* *Buenas tardes.*	Saludo a las autoridades presentes, a los papás y a los niños.
Agradezco a Dios la oportunidad que me regala de poder venir a visitarlos, de reunirme con ustedes y sus familias en este Hospital. Poder compartir un ratito de sus vidas, la de todas las personas que trabajan como médicos, enfermeras, miembros del personal y voluntarios que los atienden, tanta gente que está trabajando para ustedes.	El Papa Francisco agradece a Dios la oportunidad del encuentro.
Hay un pedacito en el Evangelio que nos cuenta la vida de Jesús cuando era niño. Era bien chiquito, como algunos de ustedes. Un día los papás, José y María, lo llevaron al Templo para presentárselo a Dios. Y ahí se encuentran con un anciano que se llamaba Simeón, el cual cuando lo ve –muy decidido, el viejito, y con mucha alegría y gratitud–, lo toma en brazos y comienza a bendecir a Dios. Ver al niño Jesús provocó en él dos cosas: un sentimiento de agradecimiento y las ganas de bendecir. O sea, da gracias a Dios y le vinieron ganas de bendecir, al viejo. Simeón es el «abuelo» que nos enseña esas dos actitudes fundamentales de la vida: agradecer y, a su vez, bendecir.	El Papa recuerda a los niños la presentación que María y José hacen del Niño Jesús en el Templo y lo que hace el anciano Simeón: agradece y bendice.
Acá, yo los bendigo a ustedes, los médicos los bendicen a ustedes, cada vez que los curan las enfermeras, todo el personal, todos los que trabajan, los bendicen a ustedes, los chicos; pero ustedes también tienen que aprender a bendecirlos a ellos y a pedirle a Jesús que los cuide porque ellos los cuidan a ustedes. Yo aquí –y no sólo por la edad– me siento muy cercano a estas dos enseñanzas de Simeón. Por un lado, al cruzar esa puerta y ver sus ojos, sus sonrisas –algunos pillos–, sus rostros, me generó ganas de dar gracias. Gracias por el cariño que tienen en recibirme; gracias por ver el cariño con que se los cuida aquí, con el cariño con que se los acompaña. Gracias por el esfuerzo de tantos que están haciendo lo mejor para que puedan recuperarse rápido.	El Papa, como el anciano Simeón, bendice a los niños y les recuerda que quienes trabajan por ellos, también los bendicen. También agradece a sus cuidadores.
Es tan importante sentirse cuidados y acompañados, sentirse queridos y saber que están buscando la mejor manera de cuidarnos, por todas esas personas digo: «¡Gracias!». «¡Gracias!».	Agradece a todos los que los curan y cuidan.

Y, a su vez, quiero bendecirlos. Quiero pedirle a Dios que los bendiga, los acompañe a ustedes y a sus familias, a todas las personas que trabajan en esta casa y buscan que esas sonrisas sigan creciendo cada día. A todas las personas que no sólo con medicamentos sino con «la cariñoterapia» ayudan a que este tiempo sea vivido con mayor alegría. Tan importante «la cariñoterapia». ¡Tan importante! A veces una caricia ayuda tanto a recuperarse.	«Cariñoterapia» es cuidado que se puede ofrecer a los niños para que éstos se recuperen.
¿Conocen al indio Juan Diego, ustedes, o no? [Responden: «Sí»] A ver, levante la mano quien lo conoce… Cuando el tío de Juanito estaba enfermo, él estaba muy preocupado y angustiado. En ese momento, se aparece la Virgencita de Guadalupe y le dice: «No se turbe tu corazón ni te inquiete cosa alguna ¿No estoy yo aquí, que soy tu Madre?». Tenemos a nuestra Madre, pidámosle para que ella nos regale a su Hijo Jesús.	Les recuerda a los Niños que María de Guadalupe curó al tío de San Juan Diego.
Y ahora, a los chicos les voy a pedir una cosa: cerremos los ojos, cerremos los ojos y pidamos lo que nuestro corazón hoy quiera. Un ratito de silencio con los ojos cerrados y adentro pidiendo lo que queremos. Y ahora juntos digamos a nuestra Madre: **«**Dios te salve María…».	Pide a los niños que cierren sus ojos y recen el Ave María.
Que el Señor y la Virgen de Guadalupe los acompañen siempre. Muchas gracias. Y, por favor, no se olviden de rezar por mí. ¡No se olviden! Que Dios los bendiga.	Pide a los niños que no se olviden de rezar por él.

Para orar y compartir	
1	¿Qué impresión te causa este encuentro del Papa Francisco con los Niños y el personal que los atiende en el Hospital Pediátrico?
2	Gratitud y bendición, bendición y gratitud es lo que el anciano Simeón regala al Niño Jesús. ¿Qué es aquello que el Papa invita a que los ancianos regalen a los pequeñitos, a sus nietos, a los hijos de sus hijos?
3	¿Por qué es importante que también los pequeñitos no sólo quieran a sus abuelos, sino que también recen por ellos?
4	¿Existe «cariñoterapia» en la relación nietos-abuelos?

CATEQUESIS 1
LA GRACIA DEL TIEMPO Y LA ALIANZA DE LAS EDADES DE LA VIDA
23 de febrero de 2022

¡Queridos hermanos y hermanas, buenos días! Hemos terminado las catequesis sobre san José. Hoy empezamos un recorrido de catequesis que busca inspiración en la Palabra de Dios *sobre el sentido y el valor de la vejez*. Hagamos una reflexión sobre la vejez. Desde hace algunos decenios, esta edad de la vida concierne a un auténtico "nuevo pueblo" que son los ancianos. Nunca hemos sido tan numerosos en la historia humana. El riesgo de ser descartados es aún más frecuente: nunca tan numerosos como ahora, nunca el riesgo como ahora de ser descartados. Los ancianos son vistos a menudo como "un peso". En la dramática primera fase de la pandemia fueron ellos los que pagaron el precio más alto. Ya eran la parte más débil y descuidada: no los mirábamos demasiado en vida, ni siquiera los vimos morir. He encontrado también esta Carta de los derechos de los ancianos y los deberes de la comunidad: ha sido editada por los gobiernos, no está editada por la Iglesia, es algo laico: es buena, es interesante, para conocer que los ancianos tienen derechos. Hará bien leerla.

Se seguirán las catequesis explicando el sentido y el valor de la vejez desde la Palabra de Dios.

Hoy que es creciente la cifra de los ancianos, también es creciente la tentación de su descarte.

Junto a las migraciones, la vejez es una de las cuestiones más urgentes que la familia humana está llamada a afrontar en este tiempo. No se trata solo de un cambio cuantitativo; está en juego *la unidad de las edades de la vida*: es decir, el real punto de referencia para la compresión y el aprecio de la vida humana en su totalidad. Nos preguntamos: ¿hay amistad, hay alianza entre las diferentes edades de la vida o prevalecen la separación y el descarte?

Itinerario propuesto: pasar del descarte de los ancianos a la alianza entre generaciones.

Todos vivimos en un presente donde conviven niños, jóvenes, adultos y ancianos. Pero la proporción ha cambiado: la longevidad se ha masificado y, en amplias regiones del mundo, la infancia está distribuida en pequeñas dosis. También hemos hablado del invierno demográfico. Un desequilibrio que tiene muchas consecuencias. La cultura dominante tiene como modelo único el joven-adulto, es decir un individuo hecho a sí mismo que permanece siempre joven. Pero, ¿es verdad que la juventud contiene el sentido pleno de la vida, mientras que la vejez representa simplemente el vaciamiento y la pérdida? ¿Es verdad esto? ¿Solamente la juventud tiene el sentido pleno de la vida, y la vejez es el vaciamiento de la vida, la pérdida de la vida? La exaltación de la juventud como única edad digna de encarnar el ideal humano, unida al desprecio de la vejez vista como fragilidad, como degradación o discapacidad, ha sido el icono dominante de los totalitarismos del siglo XX. ¿Hemos olvidado esto?

Planteamiento radical: «¿Es verdad que la juventud contiene el sentido pleno de la vida, mientras que la vejez representa simplemente el vaciamiento y la pérdida? ¿Es verdad esto?».

La prolongación de la vida incide de forma estructural en la historia de los individuos, de las familias y de las sociedades. Pero debemos preguntarnos: ¿su calidad espiritual y su sentido comunitario son objeto de pensamiento y de amor coherentes con este hecho? ¿Quizá los

¿Cómo se ha planteado en occidente la vida de los ancianos? Dice el Papa

ancianos deben pedir perdón por su obstinación a sobrevivir a costa de los demás? ¿O pueden ser honrados por los dones que llevan al sentido de la vida de todos? De hecho, en la representación del sentido de la vida —y precisamente en las culturas llamadas "desarrolladas"— la vejez tiene poca incidencia. ¿Por qué? Porque es considerada una edad que no tiene contenidos especiales que ofrecer, ni significados propios que vivir. Además, hay una falta de estímulo por parte de la gente para buscarlos, y falta la educación de la comunidad para reconocerlos. En resumen, para una edad que ya es parte determinante del espacio comunitario y se extiende a un tercio de toda la vida, hay —a veces— planes de asistencia, pero no proyectos de existencia. Planes de asistencia, sí; pero no proyectos para hacerles vivir en plenitud. Y esto es un vacío de pensamiento, imaginación, creatividad. Bajo este pensamiento, el que hace el vacío es que el anciano, la anciana son material de descarte: en esta cultura del descarte, los ancianos entran como material de descarte.

Francisco: «Para ellos hay planes de asistencia y no planes de existencia». Por lo mismo, no se perfilan para ellos proyectos que los hagan vivir su vida en plenitud, desde su propia condición etaria.

La juventud es hermosa, pero la eterna juventud es una alucinación muy peligrosa. Ser ancianos es tan importante —y hermoso— es tan importante como ser jóvenes. Recordemos esto. La alianza entre las generaciones, que devuelve al ser humano todas las edades de la vida, es nuestro don perdido y tenemos que recuperarlo. Ha de ser encontrado en esta cultura del descarte y en esta cultura de la productividad.

Tiene una mirada oblicua de la vida quien quiere ser siempre joven, sin llegar a la vejez.

La Palabra de Dios tiene mucho que decir a propósito de esta alianza. Hace poco hemos escuchado la profecía de Joel: «vuestros ancianos soñarán sueños, y vuestros jóvenes verán visiones» (3,1). Se puede interpretar así: cuando los ancianos resisten al Espíritu Santo, enterrando en el pasado sus sueños, los jóvenes ya no logran ver las cosas que se deben hacer para abrir el futuro. Sin embargo, cuando los ancianos comunican sus sueños, los jóvenes ven bien lo que deben hacer. A los jóvenes que ya no interrogan los sueños de los ancianos, metiéndose de cabeza en visiones que no van más allá de sus narices, les costará llevar su presente y soportar su futuro. Si los abuelos se repliegan en sus melancolías, los jóvenes se encorvarán aún más en su *smartphone*. La pantalla puede incluso permanecer encendida, pero la vida se apaga antes de tiempo. ¿La repercusión más grave de la pandemia no está quizá precisamente en el extravío de los más jóvenes? Los ancianos tienen recursos de vida ya vivida a los cuales pueden recurrir en todo momento. ¿Se quedarán de brazos cruzados ante los jóvenes que pierden su visión o los acompañarán calentando sus sueños? Ante los sueños de los ancianos, ¿qué harán los jóvenes?

La alianza entre generaciones, dentro del Pueblo de Israel, está plasmada en la visión del profeta Joel: «Vuestros ancianos soñarán sueños y vuestros jóvenes verán visiones» (3,1). Sueño del anciano y visión del joven, experiencia del anciano y vigor del joven: ¡He ahí la alianza!

La sabiduría del largo camino que acompaña la vejez a su despedida debe ser vivida como un don del sentido de la vida, no consumida como inercia de su supervivencia. La vejez, si no es restituida a la dignidad de una vida humanamente digna, está destinada a cerrarse en un abatimiento que quita amor a todos. Este desafío de humanidad y de civilización requiere nuestro compromiso y la ayuda de Dios. Pidámoslo al Espíritu Santo.

¿Cuál es el reto que la humanidad actual tiene de humanizar la ancianidad? ¿Qué pensar y qué hacer?

Con estas catequesis sobre la vejez, quisiera animar a todos a invertir pensamientos y afectos en los dones que esta lleva consigo y que aporta a las otras edades de la vida. La vejez es un don para todas las edades de la vida. Es un don de madurez, de sabiduría. La Palabra de Dios nos ayudará a discernir el sentido y el valor de la vejez; que el Espíritu Santo nos conceda también a nosotros los sueños y las visiones que necesitamos. Y quisiera subrayar, como hemos escuchado en la profecía de Joel, al principio, que lo importante no es solo que el anciano ocupe el lugar de sabiduría que tiene, de historia vivida en la sociedad, sino también que haya un coloquio, que hable con los jóvenes. Los jóvenes deben hablar con los ancianos, y los ancianos con los jóvenes. Y este puente será la transmisión de la sabiduría en la humanidad. Deseo que estas reflexiones sean de utilidad para todos nosotros, para llevar adelante esta realidad que decía el profeta Joel, que, en el diálogo entre jóvenes y ancianos, los ancianos puedan ofrecer los sueños y los jóvenes puedan recibirlos para llevarlos adelante. No olvidemos que en la cultura tanto familiar como social los ancianos son como las raíces del árbol: tienen toda su historia ahí, y los jóvenes son como las flores y los frutos. Si no viene esta savia, si no viene este "goteo" —digamos así— de las raíces, nunca podrán florecer. No olvidemos ese poeta que he citado tantas veces: "Lo que el árbol tiene de florido vive de lo que tiene sepultado" (Francisco Luis Bernárdez). Todo lo hermoso que tiene una sociedad está en relación con las raíces de los ancianos. Por eso, en estas catequesis, yo quisiera que la figura del anciano se destaque, que se entienda bien que el anciano no es un material de descarte: es una bendición para la sociedad.	«La vejez es un don para todas las edades de la vida». «Es una bendición para la sociedad». Por lo mismo, el Papa nos invita a que recuperemos el sentido de la vejez desde la Palabra de Dios, a reconocer aquellos puentes para el diálogo entre los ancianos y los jóvenes. En la imagen del árbol, con su raíz, su tronco y sus ramas, el anciano es la raíz y el tronco, el joven sus ramas.

Para orar y compartir	
1	En el núcleo de tu propia familia, ¿cómo es la relación entre los niños y los jóvenes con los ancianos? ¿Hay diálogo entre ellos?
2	En las políticas de control natal se veía el nacimiento de un niño como una carga y un peso, ahora así también tiende a verse la vida de los ancianos. ¿Qué hay en esta visión de la lógica del descarte?
3	¿Qué piensas del concepto que utiliza el Papa Francisco sobre la «alianza de generaciones»? ¿Crees que el hecho de reconocer este concepto y encarnarlo en el modo de convivir entre jóvenes y ancianos nos puede llevar a una mayor humanización?

CATEQUESIS 2
LA LONGEVIDAD: SÍMBOLO Y OPORTUNIDAD
2 de marzo de 2022

¡Queridos hermanos y hermanas, buenos días! En el pasaje bíblico de las genealogías de los antepasados sorprende enseguida su enorme longevidad: ¡se habla de siglos! ¿Cuándo empieza, aquí, la vejez? Uno se pregunta. ¿Y qué significa el hecho de que estos antiguos padres vivan tanto después de haber generado a los hijos? ¡Padres e hijos viven juntos, durante siglos! Esta cadencia secular de la época, narrada con estilo ritual, otorga a la relación entre longevidad y genealogía un significado simbólico fuerte, muy fuerte.

Las primeras páginas del Génesis describen la longevidad de los patriarcas anti-diluvianos (Gen 5).

Es como si la transmisión de la vida humana, tan nueva en el universo creado, pidiera una lenta y prolongada *iniciación*. Todo es nuevo, en los inicios de la historia de una criatura que es espíritu y vida, conciencia y libertad, sensibilidad y responsabilidad. La nueva vida —la vida humana—, inmersa en la tensión entre sus orígenes "a imagen y semejanza" de Dios y la fragilidad de su condición mortal, representa una novedad completamente por descubrir. Y pide un largo tiempo de iniciación, en el que es indispensable el apoyo recíproco entre las generaciones, para descifrar las experiencias y confrontarse con los enigmas de la vida. En este largo tiempo, lentamente, es cultivada también la calidad espiritual del hombre.

La vida humana, que cobra conciencia y libertad, pide un largo camino de iniciación. De ahí la necesidad de vida larga para que los adultos y ancianos transmitan su experiencia a niños y jóvenes.

En un cierto sentido, todo paso de época, en la historia humana, nos propone de nuevo esta sensación: es como si tuviéramos que retomar nuestras preguntas sobre el sentido de la vida desde el inicio y con calma, cuando aparece el escenario de la condición humana lleno de preguntas nuevas e interrogantes inéditos. Ciertamente, la acumulación de la memoria cultural aumenta la familiaridad necesaria para afrontar los pasajes inéditos. Los tiempos de la transmisión se reducen; pero los tiempos de la asimilación piden siempre paciencia. El exceso de velocidad, que ya obsesiona todos los pasajes de nuestra vida, hace cada experiencia más superficial y menos "nutriente". Los jóvenes son víctimas inconscientes de esta escisión entre el tiempo del reloj, que quiere ser quemado, y los tiempos de la vida, que requieren una adecuada "fermentación". Una larga vida permite experimentar estos largos tiempos y los daños de la prisa.

La experiencia, asimilada y transmitida de una generación a otra, es el humus de la humanización. Y ahora, la velocidad acelerada de nuestra vida parece que renuncia a ella.

La vejez, ciertamente, impone ritmos más lentos: pero no son solo tiempos de inercia. La medida de estos ritmos abre, para todos, espacios de sentido de la vida desconocidos para la obsesión de la velocidad. Perder el contacto con los ritmos lentos de la vejez cierra estos espacios para todos. Es en este horizonte que he querido instituir la fiesta de los abuelos, en el último domingo de julio. La alianza entre las dos generaciones en los extremos de la vida —los niños y los ancianos—

La institución de la Fiesta de los Abuelos, en el último domingo de Julio, tiene por propósito invitar a este diálogo

ayuda también a las otras dos —los jóvenes y los adultos— a vincularse mutuamente para hacer la existencia de todos más rica en humanidad.

Es necesario el diálogo entre generaciones: si no hay diálogo entre jóvenes y ancianos, entre adultos, si no hay diálogo, toda generación permanece aislada y no puede transmitir el mensaje. Un joven que no está vinculado a sus raíces, que son los abuelos, no recibe la fuerza —como el árbol tiene la fuerza de las raíces— y crece mal, crece enfermo, crece sin referencias. Por eso es necesario buscar, como una exigencia humana, el diálogo entre las generaciones. Y este diálogo es importante precisamente entre los abuelos y nietos, que son los dos extremos.

Imaginemos una ciudad donde la convivencia de las diferentes edades forme parte integral del proyecto global de su hábitat. Pensemos en la formación de relaciones afectivas entre vejez y juventud que se irradien en el estilo general de las relaciones. La superposición de las generaciones se convertiría en fuente de energía para un humanismo verdaderamente visible y vivible. La ciudad moderna tiende a ser hostil con los ancianos (y no por casualidad también lo es con los niños). Esta sociedad que tiene este espíritu del descarte y descarta tantos niños no queridos, descarta a los ancianos: los descarta, no sirven y los pone en una residencia para ancianos, ingresados… El exceso de velocidad nos mete en una centrífuga que nos barre como confeti. La mirada de conjunto se pierde por completo. Cada uno se aferra a su propio pedacito, que flota sobre los flujos de la ciudad-mercado, para la cual los ritmos lentos son pérdidas y la velocidad es dinero. El exceso de velocidad pulveriza la vida, no la hace más intensa. Y la sabiduría requiere "perder tiempo". Cuando tú vuelves a casa y ves a tu hijo, a tu hija pequeña y "pierdes tiempo", pero este coloquio es fundamental para la sociedad. Y cuando tú vuelves a casa y está el abuelo o la abuela que quizá no razona bien o, no sé, ha perdido un poco la capacidad de hablar, y tú estás con él o con ella, tú "pierdes tiempo", pero este "perder tiempo" fortalece la familia humana. Es necesario gastar tiempo —un tiempo que no es rentable— con los niños y con los ancianos, porque ellos nos dan otra capacidad de ver la vida.

La pandemia, en la cual estamos todavía obligados a vivir, ha impuesto —por desgracia, muy dolorosamente— un revés para el obtuso culto a la velocidad. Y en este período los abuelos actuaron como barrera ante la "deshidratación" emocional de los pequeños. La alianza visible de las generaciones, que armoniza los tiempos y los ritmos, nos devuelve la esperanza de no vivir la vida en vano. Y devuelve a cada uno el amor por nuestra vida vulnerable, cerrándole el paso a la obsesión de la velocidad, que simplemente la consume. La palabra clave aquí es "perder tiempo". A cada uno de vosotros os pregunto: ¿sabes perder el tiempo, o estás siempre apurado por la velocidad? "No, tengo prisa, no puedo…". ¿Sabes perder el tiempo con los abuelos, con los ancianos? ¿Sabes perder el tiempo jugando con tus hijos, con los niños? Este es el punto de referencia. Pensad un poco. Y esto devuelve a cada uno el amor por nuestra vida vulnerable, bloqueando —como he dicho— el camino a la

fecundo entre generaciones.

A la alianza entre generaciones corresponde el diálogo entre las mismas: ¿Cómo hacer ésto? ¿De qué manera gestionarlo?

¿Qué se espera de una sociedad en la que el niño y el anciano conviven, en donde el adulto transmite al joven su experiencia y el joven al adulto sus ganas de vivir? = Proceso de humanización.

Para ello hay que desacelerar, perder el tiempo con, gastar la vida por, compartir en favor de, asimilando así la sabiduría.

La pandemia nos gritó: ¡desacelera! Nos puso en alerta: ¡Cuida de los mayores y de los enfermos! Ellos son los más vulnerables.

¡Pierde el tiempo con los niños entrantes y con los ancianos

obsesión de la velocidad, que simplemente la consume. Los ritmos de la vejez son un recurso indispensable para captar el sentido de la vida marcada por el tiempo. Los ancianos tienen sus ritmos, pero son ritmos que nos ayudan. Gracias a esta mediación, se hace más creíble el destino de la vida en el encuentro con Dios: un diseño que está escondido en la creación del ser humano "a su imagen y semejanza" y está sellado en el hacerse hombre del Hijo de Dios. Hoy se verifica una mayor longevidad de la vida humana. Esto nos ofrece la oportunidad de aumentar la alianza entre todas las etapas de la vida. Mucha longevidad, pero debemos hacer más alianza. Y también nos ayuda a crecer la alianza con el sentido de la vida en su totalidad. El sentido de la vida no está solamente en la edad adulta, de los 25 a los 60. El sentido de la vida está en todo, desde el nacimiento a la muerte y tú deberías ser capaz de hablar con todos, también tener relaciones afectivas con todos, así tu madurez será más rica, más fuerte. Y también nos ofrece este significado de la vida, que es integral. Que el Espíritu nos conceda la inteligencia y la fuerza para esta reforma: es necesaria una reforma. La prepotencia del tiempo del reloj debe convertirse en la belleza de los ritmos de la vida. Esta es la reforma que debemos hacer en nuestros corazones, en la familia y en la sociedad. Repito: ¿reformar qué? Qué la prepotencia del tiempo del reloj debe convertirse en la belleza de los ritmos de la vida. Convertir la prepotencia del tiempo, que siempre nos apura, a los ritmos propios de la vida. La alianza de las generaciones es indispensable. Una sociedad donde los ancianos no hablan con los jóvenes, los jóvenes no hablan con los ancianos, los adultos no hablan con los ancianos ni con los jóvenes, es una sociedad estéril, sin futuro, una sociedad que no mira al horizonte, sino que se mira a sí misma. Y se queda sola. Que Dios nos ayude a encontrar la música adecuada para esta armonización de las diferentes edades: los pequeños, los ancianos, los adultos, todos juntos: una hermosa sinfonía de diálogo.	salientes! El niño y el anciano nos llevan Dios, ellos son lo frágil y débil en el mundo. Ecuación correcta: Más longevidad, más alianza. El sentido de la vida no está concentrado sólo en la edad joven o adulta. El sentido de la vida colorea todas las edades. En el reloj de la vida, todas sus etapas importan. Pidamos al Espíritu Santo nos inspire y ayude a hacer los cambios necesarios.

Para orar y compartir	
1	El Papa Francisco hace una lectura profunda del porqué de la longevidad de los patriarcas anti-diluvianos. Duraban mucho para iniciar con su experiencia a los niños y a los jóvenes. ¿Damos ese sentido a la presencia de nuestros ancianos en nuestra sociedad actual?
2	El Papa Francisco ha añadido al concepto de alianza entre generaciones, el diálogo entre las mismas. ¿Qué piensas de este concepto? ¿Por qué la actual cultura muchas veces actúa en contra de esta alianza y de este diálogo?
3	¿Qué cambios tenemos que hacer en nuestros estilos de vida para que se dé la alianza y el diálogo entre generaciones? Para ello el Papa Francisco instituyó la Fiesta de los Abuelos, ¿crees tú que esto es suficiente?

CATEQUESIS 3
LA VEJEZ, RECURSO PARA LA JUVENTUD DESPREOCUPADA
16 de marzo de 2022

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días! El pasaje bíblico —con el lenguaje simbólico de la época en la que fue escrito— nos dice algo impresionante: Dios estaba tan amargado por la difundida maldad de los hombres, que se había convertido en una forma de vida normal, que pensó que se había equivocado al crearlos y decidió eliminarlos. Una solución radical. Incluso podría tener un giro paradójico de misericordia. No más humanos, no más historia, no más juicio, no más condena. Y muchas víctimas predestinadas de la corrupción, de la violencia, de la injusticia serían perdonadas para siempre.

¿Por qué dice Gen 6,5ss que Dios se arrepintió de haber creado a la humanidad? ¿Qué fue lo que Dios constató en ella?

¿No nos sucede a veces también a nosotros —abrumados por el sentido de impotencia contra el mal o desmoralizados por los "profetas de desventuras"— pensar que era mejor no haber nacido? ¿Debemos dar crédito a ciertas teorías recientes, que denuncian la especie humana como un daño evolutivo para la vida en nuestro planeta? ¿Todo negativo? No.

¿Cuál nuestra reacción cuando constatamos los males que hacemos los hombres?

De hecho, estamos bajo presión, expuestos a tensiones opuestas que nos confunden. Por un lado, tenemos el optimismo de una juventud eterna, iluminado por los progresos extraordinarios de la técnica, que pinta un futuro lleno de máquinas más eficientes y más inteligentes que nosotros, que curarán nuestros males y pensarán para nosotros las mejores soluciones para no morir: el mundo del robot. Por otro lado, nuestra fantasía parece cada vez más concentrada en la representación de una catástrofe final que nos extinguirá. Lo que sucede con una eventual guerra atómica. El "día después" de esto —si estaremos todavía, días y seres humanos— se deberá empezar de cero. Destruir todo para volver a empezar de cero. No quiero hacer banal el tema del progreso, naturalmente. Pero parece que el símbolo del diluvio esté ganando terreno en nuestro inconsciente. La pandemia actual, además, hipoteca gravemente nuestra representación despreocupada de las cosas que importan, para la vida y para su destino.

Frente a los males actuales en el mundo, muchos proponen como salida la creación un mundo robotizado, o la desaparición del hombre de la tierra considerándolo su peor amenaza. ¿Es esta la solución?

En el pasaje bíblico, cuando se trata de poner a salvo de la corrupción y del diluvio la vida de la tierra, Dios encomienda el trabajo a la fidelidad del más anciano de todos, al "justo" Noé. ¿La vejez salvará el mundo, me pregunto? ¿En qué sentido? ¿Y cómo salvará el mundo la vejez? ¿Y cuál es el horizonte? ¿La vida más allá de la muerte o solamente la supervivencia hasta el diluvio?

Frente a la catástrofe de los primeros pasos aparece la figura de Noé: anciano y justo.

Una palabra de Jesús, que evoca "los días de Noé", nos ayuda a profundizar el sentido de la página bíblica que hemos escuchado. Jesús, hablando de los últimos tiempos, dice: «Como sucedió en los días de Noé, así será también en los días del Hijo del hombre. Comían, bebían,

En los días de Noé, como en los días nuestros, parece todo era normal: comían y

tomaban mujer o marido, hasta el día que entró Noé en el arca; vino el diluvio y los hizo perecer a todos» (*Lc* 17,26-27). De hecho, comer y beber, tomar mujer o marido, son cosas muy normales y no parecen ejemplos de corrupción. ¿Dónde está la corrupción? ¿Dónde estaba la corrupción, allí? En realidad, Jesús destaca el hecho de que los seres humanos, cuando se limitan a disfrutar de la vida, pierden incluso la percepción de la corrupción, que mortifica la dignidad y envenena el sentido. Cuando se pierde la percepción de la corrupción, y la corrupción se vuelve una cosa normal: todo tiene su precio, ¡todo! Se compra, se vende, opiniones, actos de justicia… Esto, en el mundo de los negocios, en el mundo de muchas profesiones, es común. Y viven sin preocupación también la corrupción, como si fuera parte de la normalidad del bienestar humano. Cuando tú vas a hacer algo y es lento, el proceso para hacerlo es un poco lento, cuántas veces se escucha decir: "Pero, si me das una propina yo acelero esto". Muchas veces. "Dame algo y yo voy más adelante". Lo sabemos bien, todos nosotros. El mundo de la corrupción parece parte de la normalidad del ser humano; y esto es feo. Esta mañana he hablado con un señor que me contaba de este problema en su tierra. Los bienes de la vida son consumidos y disfrutados sin preocupación por la calidad espiritual de la vida, sin cuidado por el hábitat de la casa común. Todo se explota, sin preocuparse de la mortificación y del abatimiento que muchos sufren, y tampoco del mal que envenena la comunidad. Mientras la vida normal pueda estar llena de "bienestar", no queremos pensar en lo que la vacía de justicia y amor. "Pero, ¡yo estoy bien! ¿Por qué debo pensar en los problemas, en las guerras, en la miseria humana, en cuánta pobreza, en cuánta maldad? No, yo estoy bien. No me importan los demás". Este es el pensamiento inconsciente que nos lleva adelante a vivir un estado de corrupción.	bebían, tomaban mujer… // Y por parecer todo normal, parece que hay una despreocupación por lo corrupción. Se considera la corrupción como parte de esa normalidad, de esa estructura del "bienestar". Existe una especie de anestesia de la conciencia personal y pública, en donde la corrupción ya no inquieta ni quita el sueño. Pero la corrupción está y hace sus estragos.
Me pregunto, ¿puede volverse normalidad la corrupción? Hermanos y hermanas, lamentablemente sí. Se puede respirar el aire de la corrupción como se respira el oxígeno. "Pero es normal; si usted quiere que yo haga esto rápido, ¿cuánto me da?". ¡Es normal! ¡Es normal, pero es algo feo, no es bueno! ¿Qué es lo que abre el camino? Una cosa: la despreocupación que se dirige solo al cuidado de sí mismos: este es el pasaje que abre la puerta a la corrupción que hunde la vida de todos. La corrupción obtiene gran ventaja de esta despreocupación que no es buena. Cuando a una persona le parece todo bien y no le importan los demás: esta despreocupación ablanda nuestras defensas, ofusca la conciencia y nos hace —incluso involuntariamente—cómplices. Porque la corrupción nunca va sola: una persona siempre tiene cómplices. Y la corrupción siempre se amplía, se amplía.	En este estado actual de "bienestar", tal parece que la única preocupación es estar bien uno y los suyos, en una especie de acendrado individualismo.
La vejez está en condiciones de captar el engaño de esta normalización de una vida obsesionada por el disfrute y vacía de interioridad: vida sin pensamiento, sin sacrificio, sin interioridad, sin belleza, sin verdad, sin justicia, sin amor: esto es todo corrupción. La sensibilidad especial de nosotros ancianos, de la edad anciana por las atenciones, los pensamientos y los afectos que nos hacen más humanos, debería volver a ser una vocación para muchos. Y será una elección de amor de los	La vejez, como lo sucedió con Noé, el justo, es capaz de reconocer los signos y los síntomas de esta

ancianos hacia las nuevas generaciones. Seremos nosotros quien demos la alarma, el alerta: "Estad atentos, que esto es la corrupción, no te lleva a nada". La sabiduría de los ancianos es muy necesaria, hoy, para ir contra la corrupción. Las nuevas generaciones esperan de nosotros los mayores, de nosotros ancianos una palabra que sea profecía, que abra las puertas a nuevas perspectivas fuera de este mundo despreocupado de la corrupción, de la costumbre de las cosas corruptas. La bendición de Dios elige la vejez, por este carisma tan humano y humanizador. ¿Qué sentido tiene mi vejez? Cada uno de nosotros ancianos podemos preguntarnos. El sentido es este: ser profeta de la corrupción y decir a los otros: "¡Deteneos, yo he hecho ese camino y no te lleva a nada! Ahora yo te cuento mi experiencia". Nosotros ancianos debemos ser profetas contra la corrupción, como Noé fue el profeta contra la corrupción de su tiempo, porque era el único del que Dios se fio. Yo os pregunto a todos vosotros, y también me pregunto a mí: ¿está abierto mi corazón a ser profeta contra la corrupción de hoy? Hay algo feo, cuando los ancianos no han madurado y se vuelven mayores con las mismas costumbres corruptas de los jóvenes. Pensemos en el pasaje bíblico de los jueces de Susana: son el ejemplo de una vejez corrupta. Y nosotros, con una vejez así no seremos capaces de ser profetas para las jóvenes generaciones. Y Noé es el ejemplo de esta vejez generativa: no es corrupta, es generativa. Noé no hace predicaciones, no se lamenta, no recrimina, pero cuida del futuro de la generación que está en peligro. Nosotros ancianos debemos cuidar de los jóvenes, de los niños que están en peligro. Construye el arca de la acogida y hace entrar hombres y animales. En el cuidado por la vida, en todas sus formas, Noé cumple el mandamiento de Dios repitiendo el gesto tierno y generoso de la creación, que en realidad es el pensamiento mismo que inspira el mandamiento de Dios: una bendición, una nueva creación (cf. *Gen* 8,15-9,17). La vocación de Noé permanece siempre actual. El santo patriarca debe interceder todavía por nosotros. Y nosotros, mujeres y hombres de una cierta edad —por no decir mayores, porque algunos se ofenden— no olvidemos que tenemos la posibilidad de la sabiduría, de decir a los otros: "Mira, este camino de corrupción no lleva a nada". Nosotros debemos ser como el buen vino que al final envejecido puede dar un mensaje bueno y no malo. Hago un llamamiento, hoy, a todas las personas que tienen una cierta edad, por no decir ancianos. Estad atentos: vosotros tenéis la responsabilidad de denunciar la corrupción humana en la que se vive y en la que va adelante este modo de vivir de relativismo, totalmente relativo, como si todo fuera lícito. Vamos adelante. El mundo lo necesita, necesita jóvenes fuertes, que vayan adelante, y ancianos sabios. Pidamos al Señor la gracia de la sabiduría.	sociedad decadente. Las generaciones de los jóvenes esperan de los ancianos esa voz profética, ese grito de denuncia, cuando las cosas no van caminando bien. Los ancianos deben convertirse en profetas que adviertan: ¡Yo ya viví eso y no me fue bien! ¡Desiste de hacerlo! Que el Arca de Noé (de los Ancianos), arca de la acogida y el cuidado, sea capaz de rescatar a las generaciones que vivirán en el futuro. Los ancianos tienen la responsabilidad de denunciar la corrupción e invitar a vivir en lo justo y lo bueno.

Para orar y compartir	
1	¿Qué es lo que, en su momento, representó la figura de Noé en el plan de Dios?
2	¿Qué dice la figura de Noé a los ancianos de nuestra sociedad actual?
3	Al subirse los jóvenes en el Arca de los Ancianos, ¿qué debería ofrecer éstos a aquéllos?

CATEQUESIS 4
LA DESPEDIDA Y LA HERENCIA: MEMORIA Y TESTIMONIO
23 de marzo de 2022

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días! En la Biblia, el pasaje de la muerte del viejo Moisés está precedido por su testamento espiritual, llamado "Cántico de Moisés". Este Cántico es en primer lugar una bellísima confesión de fe, y dice así: «Porque voy a aclamar el nombre de Yahveh; ¡ensalzad a nuestro Dios! Él es la Roca, su obra es consumada, pues todos sus caminos son justicia. Es Dios de lealtad, no de perfidia, es justo y recto» (*Dt* 32,3-4). Pero también es memoria de la historia vivida con Dios, de las aventuras del pueblo que se ha formado a partir de la fe en el Dios de Abraham, Isaac y Jacob. Y por tanto Moisés recuerda también las amarguras y las desilusiones del mismo Dios: Su fidelidad puesta continuamente a prueba por la infidelidad de su pueblo. El Dios fiel y la respuesta del pueblo infiel: como si el pueblo quisiera poner a prueba la fidelidad de Dios. Y Él permanece siempre fiel, cerca de su pueblo. Este es precisamente el núcleo del Cántico de Moisés: la fidelidad de Dios que nos acompaña durante toda la vida.

¿Qué deja entrever Moisés en su testamento, antes de morir? Deja entrever que Dios es fiel, pues al hacer memoria de lo que el Pueblo de Dios y el mismo Moisés ha vivido con Dios, se revela su fidelidad.

Cuando Moisés pronuncia esta confesión de fe está en el umbral de la tierra prometida, y también de su despedida de la vida. Tenía ciento veinte años, señala la narración, pero «no se había apagado su ojo» (*Dt* 34,7). Esa capacidad de ver, ver realmente y también ver simbólicamente, como tienen los ancianos, que saben ver las cosas, el significado más profundo de las cosas. La vitalidad de su mirada es un don valioso: le consiente *transmitir la herencia* de su larga experiencia de vida y de fe, con la lucidez necesaria. Moisés ve la historia y transmite la historia; los ancianos ven la historia y transmiten la historia.

Moisés, en su confesión de fe, *sabe ver*; ve a profundidad lo que más vale: la fidelidad de Dios. Y lo que ve, lo transmite con lucidez.

Una vejez a la cual le es concedida esta lucidez es un don valioso para la próxima generación. La escucha personal y directa del pasaje de la historia de fe vivida, con todos sus altibajos, es insustituible. Leerla en los libros, verla en las películas, consultarla en internet, aunque sea útil, nunca será lo mismo. Esta transmisión —¡que es la auténtica *tradición*, la transmisión concreta del anciano al joven!—, esta transmisión le falta mucho hoy, y cada vez más, a las nuevas generaciones. ¿Por qué? Porque esta civilización nueva tiene la idea de que los ancianos son material de descarte, los ancianos deben ser descartados. ¡Esto es una brutalidad! No, no es así.

El ver profundamente y el transmitir con lucidez eso que se ve es lo que se considera la *tradición*: se entrega lo mejor que se tiene.

La narración directa, de persona a persona, tiene tonos y modos de comunicación que ningún otro medio puede sustituir. Un anciano que ha vivido mucho, y obtiene el don de un *lúcido y apasionado testimonio* de su historia, es una bendición insustituible. ¿Somos capaces de reconocer y de honrar este don de los ancianos? ¿La transmisión de la fe —y del sentido de la vida— sigue hoy este camino de escucha de los

Los jóvenes, evitando el descarte de los ancianos, han de recibir de ellos, lo mejor que hay en

ancianos? Yo puedo dar un testimonio personal. El odio y la rabia contra la guerra yo lo aprendí de mi abuelo que combatió en el Piave, en 1914: él me transmitió esta rabia a la guerra. Porque me contó los sufrimientos de una guerra. Y esto no se aprende ni en los libros ni de otra manera, se aprende así, transmitiéndola de abuelos a nietos. Y esto es insustituible. La transmisión de la experiencia de vida de los abuelos a los nietos. Lamentablemente hoy esto no es así y se piensa que los abuelos sean material de descarte: ¡no! Son la memoria viva de un pueblo y los jóvenes y los niños deben escuchar a los abuelos.

ellos. Y ellos entregar con pasión y lucidez, lo mejor que han encontrado y las lecciones que la vida les ha dado.

En nuestra cultura, tan "políticamente correcta", este camino resulta obstaculizado de varias formas: en la familia, en la sociedad, en la misma comunidad cristiana. Hay quien propone incluso abolir la enseñanza de la historia, como una información superflua sobre mundos que ya no son actuales, que quita recursos al conocimiento del presente. ¡Cómo si nosotros hubiéramos nacido ayer!

Los ancianos son el continente de la historia: en ellos reside la memoria de lo vivido. ¡Hay que escucharles!

A la transmisión de la fe, por otro lado, le falta a menudo la pasión propia de una "historia vivida". Transmitir la fe no es decir las cosas "bla-bla-bla". Es contar la experiencia de fe. ¿Y entonces difícilmente puede atraer a elegir el amor para siempre, la fidelidad a la palabra dada, la perseverancia en la entrega, la compasión por los rostros heridos y abatidos? Ciertamente, las historias de la vida deben ser transformadas en testimonio, y el testimonio debe ser leal. No es ciertamente leal la ideología que doblega la historia a los propios esquemas; no es leal la propaganda, que adapta la historia a la promoción del propio grupo; no es leal hacer de la historia un tribunal en el que se condena todo el pasado y se desalienta todo futuro. Ser leal es contar la historia como es, y solamente la puede contar bien quien la ha vivido. Por esto es muy importante escuchar a los ancianos, escuchar a los abuelos, es importante que los niños hablen con ellos.

La credibilidad de la memoria nace del compartir con apego leal a aquello que se ha vivido. Y si de lo vivido los ancianos han hecho *testimonio sapiencial*, qué mejor entrega a las nuevas generaciones.

Los mismos Evangelios cuentan honestamente la historia bendita de Jesús sin esconder los errores, las incomprensiones e incluso las traiciones de sus discípulos. Esta es la historia, es la verdad, esto es testimonio. Este es el don de la memoria que los "ancianos" de la Iglesia transmiten, desde el inicio, pasándolo "de mano en mano" a la próxima generación. Nos hará bien preguntarnos: ¿cuánto valoramos esta forma de transmitir la fe, de pasar el testigo entre los ancianos de la comunidad y los jóvenes que se abren al futuro? Y aquí me viene a la mente algo que he dicho muchas veces, pero quisiera repetirlo. ¿Cómo se transmite la fe? "Ah, aquí hay un libro, estúdialo": no. Así no se puede transmitir la fe. La fe se transmite en dialecto, es decir en el habla familiar, entre abuelos y nietos, entre padres y nietos. La fe se transmite siempre en dialecto, en ese dialecto familiar y vivencial aprendido a lo largo de los años. Por eso es muy importante el diálogo en una familia, el diálogo de los niños con los abuelos que son aquellos que tienen la sabiduría de la fe.

Los Evangelios se convierten en el paradigma de la transmisión de la tradición. ¿Qué fue los que transmitieron los apóstoles? Lo vivido con Jesús.

Y la fe se transmite en «dialecto», en el lenguaje familiar.

A veces reflexiono sobre esta extraña anomalía. El catecismo de la iniciación cristiana bebe hoy generosamente en la Palabra de Dios y

¿Cómo transmitir a las nuevas

transmite información precisa sobre los dogmas, sobre la moral de la fe y los sacramentos. A menudo falta, sin embargo, un conocimiento de la Iglesia que nazca de la escucha y del testimonio de la historia real de la fe y de la vida de la comunidad eclesial, desde el inicio hasta nuestros días. De niños se aprende la Palabra de Dios en las aulas del catecismo; pero la Iglesia se "aprende", de jóvenes, en las aulas escolares y en los medios de comunicación de la información global. La narración de la historia de fe debería ser como el Cántico de Moisés, como el testimonio de los Evangelios y de los Hechos de los Apóstoles. Es decir, una historia capaz de recordar con emoción la bendición de Dios y con lealtad nuestras faltas. Sería bonito que en los itinerarios de catequesis existiera desde el principio también la costumbre de escuchar, de la experiencia vivida de los ancianos, la lúcida confesión de las bendiciones recibidas por Dios, que debemos custodiar, y el leal testimonio de nuestras faltas de fidelidad, que debemos reparar y corregir. Los ancianos entran en la tierra prometida, que Dios desea para toda generación, cuando ofrecen a los jóvenes la bella iniciación de su testimonio y transmiten la historia de la fe, la fe en dialecto, ese dialecto familiar, ese dialecto que pasa de los ancianos a los jóvenes. Entonces, guiados por el Señor Jesús, ancianos y jóvenes entran juntos en su Reino de vida y de amor. Pero todos juntos. Todos en familia, con este tesoro grande que es la fe transmitida en dialecto.	generaciones la fe cristiana? El mejor modo de hacerlo es por el compartir la experiencia de fe vivida. Cántico de Moisés, Evangelios y Hechos de los Apóstoles son tres paradigmas del modo de transmitir la fe y la tradición cristiana. Y hacerlo todo ello en dialecto, en el lenguaje coloquial de la familia.

Para orar y compartir	
1	¿Qué te dicen a ti los tres paradigmas del modo de transmitir la fe y la tradición cristiana: Cántico de Moisés, Evangelios y Hechos de los Apóstoles?
2	¿Por qué los mayores al transmitir lo vivido no sólo han de contar los logros y conquistas, sino también sus errores y fracasos? ¿Qué se envuelve en esto del testimonio sapiencial?
3	El Papa Francisco habla de *«transmitir la herencia en dialecto»*. ¿No es acaso que las cosas que más han impactado en nuestra vida de las personas mayores son aquellas que nos han contado con palabras llenas de sencillez y simplicidad, sin conceptos rebuscados?

CATEQUESIS 5
LA FIDELIDAD A LA VISITA DE DIOS PARA LA GENERACIÓN QUE VIENE
30 de Marzo de 2022

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días! En nuestro itinerario de catequesis sobre el tema de la vejez, hoy miramos al tierno cuadro pintado por el evangelista san Lucas, que llama a escena a dos figuras de ancianos, Simeón y Ana. Su razón de vida, antes de despedirse de este mundo, es la espera de la visita de Dios. Esperaban que Dios viniera a visitarles, es decir Jesús. Simeón sabe, por una premonición del Espíritu Santo, que no morirá antes de haber visto al Mesías. Ana iba cada día al templo dedicándose a su servicio. Ambos reconocen la presencia del Señor en el niño Jesús, que colma de consuelo su larga espera y serena su despedida de la vida. Esta es una escena de encuentro con Jesús, y de despedida.

Simeón y Ana, quienes antes de su partida definitiva de esta vida, esperan la visita de Dios.

Ambos reconocen al Mesías ya en el ocaso de su vida.

¿Qué podemos aprender de estas dos figuras de ancianos llenos de vitalidad espiritual?

¿Qué podemos aprender de ellos?

Primero, aprendemos que la fidelidad de la espera *afina los sentidos*. Por otro lado, lo sabemos, el Espíritu Santo hace precisamente esto: *ilumina los sentidos*. En el antiguo himno *Veni Creator Spiritus*, con el que invocamos todavía hoy al Espíritu Santo, decimos: «*Accende lumen sensibus*», enciende una luz para los sentidos, ilumina nuestros sentidos. El Espíritu es capaz de hacer esto: agudiza los sentidos del alma, no obstante los límites y las heridas de los sentidos del cuerpo. La vejez debilita, de una manera u otra, la sensibilidad del cuerpo: uno es más ciego, otro más sordo… Sin embargo, una vejez que se ha ejercitado en la espera de la visita de Dios no perderá su paso: es más, estará también más preparada a acogerla, tendrá más sensibilidad para acoger al Señor cuando pasa. Recordemos que una actitud del cristiano es estar atento a las visitas del Señor, porque el Señor pasa en nuestra vida con las inspiraciones, con la invitación a ser mejores. Y san Agustín decía: "Tengo miedo de Dios cuando pasa" – "¿Pero por qué tienes miedo? – "Sí, tengo miedo de no darme cuenta y dejarlo pasar". Es el Espíritu Santo que prepara los sentidos para entender cuándo el Señor nos está visitando, como hizo con Simeón y Ana.

Aprendemos de ellos a afinar nuestros sentidos para estar abiertos al paso de Dios. Es el Espíritu Santo quien despierta los sentidos y los abre a Dios. Tengamos el miedo que tuvo San Agustín de no advertir el paso de Dios.

Hoy más que nunca necesitamos esto: necesitamos *una vejez dotada de sentidos espirituales vivos* y capaz de reconocer los signos de Dios, es más, el Signo de Dios, que es Jesús. Un signo que nos pone en crisis, siempre: Jesús nos pone en crisis porque es «señal de contradicción» (*Lc* 2,34), pero que nos llena de alegría. Porque la crisis no te lleva a la tristeza necesariamente, no: estar en crisis, sirviendo al Señor, muchas veces te da paz y alegría. La *anestesia de los sentidos espirituales* —y esto es feo— la anestesia de los sentidos espirituales, en la excitación y en el entumecimiento de los corporales, es un síndrome generalizado en una sociedad que cultiva la ilusión de la eterna juventud, y su rasgo más

Recordemos que el SIGNO MÁS FUERTE de la presencia de Dios ES CRISTO. Él es SIGNO DE CONTRADICIÓN. Y el anciano Simeón así lo visualizó y así lo presentó.

peligroso está en el hecho de que esta es mayoritariamente inconsciente. No nos damos cuenta de estar anestesiados. Y esto sucede: siempre ha sucedido y sucede en nuestra época. Los sentidos anestesiados, sin entender qué sucede; los sentidos interiores, los sentidos del espíritu para entender la presencia de Dios o la presencia del mal, anestesiados, no distinguen.

Pidamos a Dios, nos libere de esa anestesia incapaz de sentirle y de esa miopía, incapaz de verle.

Cuando pierdes la sensibilidad del tacto o del gusto, te das cuenta enseguida. Sin embargo, la del alma, esa sensibilidad del alma puedes ignorarla durante mucho tiempo, vivir sin darte cuenta de que has perdido la sensibilidad del alma. Esta no se refiere simplemente al pensamiento de Dios o de la religión. La insensibilidad de los sentidos espirituales se refiere a la compasión y la piedad, la vergüenza y el remordimiento, la fidelidad y la entrega, la ternura y el honor, la responsabilidad propia y el dolor ajeno. Es curioso: la insensibilidad no te hace entender la compasión, no te hace entender la piedad, no te hace sentir vergüenza o remordimiento por haber hecho algo malo. Es así: los sentidos espirituales anestesiados confunden todo y uno no siente, espiritualmente, cosas del estilo.

¿Cuáles son los signos de la insensibilidad espiritual? Incapacidad de reconocer el pecado, de sentir compasión y ternura frente al dolor ajeno, falta de vergüenza frente al mal.

Y la vejez se convierte, por así decir, en la primera pérdida, la primera víctima de esta pérdida de sensibilidad. En una sociedad que ejerce principalmente la sensibilidad por el disfrute, disminuye la atención a los frágiles y prevalece la competencia de los vencedores. Y así se pierde la sensibilidad. Ciertamente, la retórica de la inclusión es la fórmula de rito de todo discurso políticamente correcto. Pero todavía no trae una real corrección en las prácticas de la convivencia normal: *cuesta que crezca una cultura de la ternura social*. No: el espíritu de la fraternidad humana —que me ha parecido necesario reiterar con fuerza— es como un vestido en desuso, para admirar, sí, pero… en un museo. Se pierde la sensibilidad humana, se pierden estos movimientos del espíritu que nos hacen humanos.

Por el confort y la comodidad en la que se envuelve la vida actual, se pierde sensibilidad espiritual = anestesia. Ella actúa en contra de la compasión y de la ternura social.

Es verdad, en la vida real podemos observar, con gratitud conmovida, muchos jóvenes capaces de honrar hasta al fondo esta fraternidad. Pero precisamente aquí está el problema: existe un descarte, un descarte culpable, entre el testimonio de esta savia vital de la ternura social y el conformismo que impone a la juventud definirse de una forma completamente diferente. ¿Qué podemos hacer para colmar este descarte?

El movimiento contrario a esta anestesia espiritual es la fraternidad y la ternura social.

De la historia de Simeón y Ana, pero también de otras historias bíblicas de la edad anciana sensible al Espíritu, viene una indicación escondida que merece ser llevada a primer plano. ¿En qué consiste, concretamente, la revelación que enciende la sensibilidad de Simeón y Ana? Consiste en el reconocer en un niño, que ellos no han generado y que ven por primera vez, el signo seguro de la visita de Dios. Ellos aceptan *no ser protagonistas, sino solo testigos*. Y cuando un individuo acepta no ser protagonista, sino que se involucra como testigo, la cosa va bien: ese hombre o esa mujer está madurando bien. Pero si tiene siempre ganas

Ana y Simeón reconocen en el NIÑO JESÚS la visita de Dios. De ello no son protagonistas, sino testigos. El protagonista es el NIÑO JESUS.

de ser protagonista no madurará nunca este camino hacia la plenitud de la vejez.

La visita de Dios no se encarna en su vida, de los que quieren ser protagonistas y nunca testigos, no los lleva a la escena como salvadores: Dios no se hace carne en su generación, sino en la generación que debe venir. Pierden el espíritu, pierden las ganas de vivir con madurez y, como se dice normalmente, se vive con superficialidad. Es la gran generación de los superficiales, que no se permiten *sentir* las cosas con la sensibilidad del espíritu. ¿Pero por qué no se lo permiten? En parte por pereza, y en parte porque ya no pueden: la han perdido. Es feo cuando una civilización pierde la sensibilidad del espíritu.

Dios se hace carne no en la generación de los que quieren ser protagonistas, sino en los que se perciben como testigos de ALGUIEN MÁS GRANDE que ellos.

Sin embargo, es muy bonito cuando encontramos ancianos como Simeón y Ana que conservan esta sensibilidad del espíritu y son capaces de entender las diferentes situaciones, como estos dos entendieron que esta situación que estaba ante ellos era la manifestación del Mesías. Ningún resentimiento y ninguna recriminación por esto, cuando estoy en este estado de quietud. Sin embargo, gran conmoción y gran consolación cuando los sentidos espirituales están todavía vivos. La conmoción y la consolación de poder ver y anunciar que la historia de su generación no se ha perdido o malgastado, precisamente gracias a un evento que se hace carne y se manifiesta en la generación que sigue. Y esto es lo que siente un anciano cuando los nietos van a hablar con él: se siente reavivar. "Ah, mi vida está todavía aquí". Es muy importante ir donde los ancianos, es muy importante escucharlos. Es muy importante hablar con ellos, porque tiene lugar este intercambio de civilización, este intercambio de madurez entre jóvenes y ancianos. Y así, nuestra civilización va hacia delante de forma madura.

Porque Simeón y Ana son humildes, tienen la capacidad de soporte para recibir una visita tan grande: la VISITA DEL MESÍAS, DEL SALVADOR.

Así se ha de vivir el encuentro entre jóvenes y ancianos.

Solo la vejez espiritual puede dar este testimonio, humilde y deslumbrante, haciéndola autorizada y ejemplar para todos. La vejez que ha cultivado la sensibilidad del alma *apaga toda envidia entre las generaciones*, todo resentimiento, toda recriminación por una venida de Dios en la generación venidera, que llega junto con la despedida de la propia. Y esto es lo que sucede a un anciano *abierto* con un joven *abierto*: se despide de la vida, pero entregando —entre comillas— la propia vida a la nueva generación. Y esta es la despedida de Simeón y Ana: "Ahora puedo ir en paz".

La madurez de un anciano se nota en la aceptación y en la conformidad de que viene su reemplazo con la nueva generación.

La sensibilidad espiritual de la edad anciana es capaz de abatir la competición y el conflicto entre las generaciones de forma creíble y definitiva. Supera, esta sensibilidad: los ancianos, con esta sensibilidad, superan el conflicto, van más allá, van a la unidad, no al conflicto. Esto ciertamente es imposible para los hombres, pero es posible para Dios. ¡Y hoy necesitamos mucho de la sensibilidad del espíritu, de la madurez del espíritu, necesitamos ancianos sabios, maduros en el espíritu que nos den una esperanza para la vida!

La sensibilidad espiritual de Ana y Simeón, abierta a lo nuevo, supera el conflicto y se abre a la reconciliación.

Para orar y compartir	
1	Casi el inicio del Evangelio de Lucas, además de Zacarías e Isabel, aparecen otros dos ancianos: Simeón y Ana. ¿Por qué frente a la novedad del nacimiento del Salvador están tan cerca de él estos ancianos, hombres y mujeres de Dios?
2	El Papa Francisco reconoce en Simeón y Ana esta sensibilidad espiritual abierta a captar los signos de la presencia de Dios. ¿Cuál es la actitud de ellos frente al SIGNO por antonomasia, CRISTO EL SALVADOR?
3	¿De qué manera han de madurar los ancianos para concebir a la generación entrante como un singo de esperanza y no como una amenaza? ¿Cuáles son las actitudes con las que han de recibir a las nuevas generaciones?

CATEQUESIS 6
"HONRA A TU PADRE Y A TU MADRE": EL AMOR POR LA VIDA VIVIDA
20 de abril de 2022

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días! Hoy, con la ayuda de la Palabra de Dios que hemos escuchado, abrimos un pasaje a través de la fragilidad de la edad anciana, marcada de forma especial por las experiencias del desconcierto y del desánimo, de la pérdida y del abandono, de la desilusión y la duda. Naturalmente, las experiencias de nuestra fragilidad, frente a las situaciones dramáticas —a veces trágicas— de la vida, pueden suceder en todo tiempo de la existencia. Sin embargo, en la edad anciana estas pueden suscitar menos impresión e inducir en los otros una especie de hábito, incluso de molestia. Cuántas veces hemos escuchado o hemos pensando: "Los ancianos molestan"; lo hemos dicho, lo hemos pensando… Las heridas más graves de la infancia y de la juventud provocan, justamente, un sentido de injusticia y de rebelión, una fuerza de reacción y de lucha. En cambio, las heridas, también graves, de la edad anciana están acompañadas, inevitablemente, por la sensación de que, sea como sea, la vida no se contradice, porque ya ha sido vivida. Y así los ancianos son un poco alejados también de nuestra experiencia: queremos alejarlos.

La ancianidad está marcada por el desconcierto, la fragilidad, la duda, la desilusión, el abandono, la soledad y el desánimo.

¿Cómo palear con todo este dinamismo dramático propio de la vejez?

En la común experiencia humana, el amor —como se dice— es descendiente: no vuelve sobre la vida que está detrás de las espaldas con la misma fuerza con la que se derrama sobre la vida que está todavía delante. La gratuidad del amor aparece también en esto: los padres lo saben desde siempre, los ancianos lo aprenden pronto. A pesar de eso, la revelación abre un camino para una restitución diferente del amor: es el camino de *honrar* a quien nos ha precedido. El camino de *honrar* a las personas que nos han precedido empieza aquí: honrar a los ancianos.

El amor de los padres hacia los hijos a veces no se corresponde con el amor de los hijos hacia los padres.

Este amor especial que se abre el camino en la forma del honor —es decir, ternura y respeto al mismo tiempo— destinado a la edad anciana está sellado por el mandamiento de Dios. «Honrar al padre y a la madre» es un compromiso solemne, el primero de la "segunda tabla" de los diez mandamientos. No se trata solamente del propio padre y de la propia madre. Se trata de la generación y de las generaciones que preceden, cuya despedida también puede ser lenta y prolongada, creando un tiempo y un espacio de convivencia de larga duración con las otras edades de la vida. En otras palabras, se trata de la vejez de la vida.

Dios da un mandamiento para preservar este amor: «Honra a tu padre y a tu madre» → 4º Mandamiento.

Honor es una buena palabra para enmarcar este ámbito de restitución del amor que concierne a la edad anciana. Es decir, nosotros hemos recibido el amor de los padres, de los abuelos y ahora nosotros les devolvemos este amor a ellos, a los ancianos, a los abuelos. Nosotros hoy hemos descubierto el término "dignidad", para indicar el valor del respeto y del cuidado de la vida de todos. Dignidad, aquí, equivale

¡Qué no hacen los padres por los hijos! Esto ennoblece y dignifica a los padres. Y los

sustancialmente al honor: honrar al padre y a la madre, honrar a los ancianos y reconocer la dignidad que tienen.	hijos han de honrarlos.
Pensemos bien en esta bonita declinación del amor que es el honor. El cuidado mismo del enfermo, el apoyo a quien no es autosuficiente, la garantía del sustento, pueden *carecer de honor*. El honor desaparece cuando el exceso de confianza, en vez de declinarse como delicadeza y afecto, ternura y respeto, se convierte en rudeza y prevaricación. Cuando la debilidad es reprochada, e incluso castigada, como si fuera una culpa. Cuando el desconcierto y la confusión se convierten en un resquicio para la burla y la agresividad. Puede suceder incluso entre las paredes domésticas, en las residencias, como también en las oficinas o en los espacios abiertos de la ciudad. Fomentar en los jóvenes, también indirectamente, una actitud de suficiencia —e incluso de desprecio— hacia la edad anciana, sus debilidades y su precariedad, produce cosas horribles. Abre el camino a excesos inimaginables. Los chicos que queman la manta de un "vagabundo" —lo hemos visto—, porque lo ven como un desecho humano, son la punta del iceberg, es decir, del desprecio por una vida que, lejos de las atracciones y de las pulsiones de la juventud, aparece ya como una vida de descarte. Muchas veces pensamos que los ancianos son el descarte o los ponemos nosotros en el descarte; se desprecia a los ancianos y se descartan de la vida, dejándoles de lado.	¿Qué pasa cuando la fragilidad y la debilidad aparece en los progenitores? ¿Puede ser tratada con rudeza por los hijos, o está llamada a ser cuidada con delicadeza, compasión y ternura?
Este desprecio, que deshonra al anciano, en realidad nos deshonra a todos nosotros. Si yo deshonro al anciano me deshonro a mí mismo. El pasaje del Libro del Eclesiástico, escuchado al inicio, es justamente duro en relación con este deshonor, que clama venganza a los ojos de Dios. Existe un pasaje, en la historia de Noé, muy expresivo en relación con esto. El viejo Noé, héroe del diluvio y todavía gran trabajador, yace descompuesto después de haber bebido algún vaso de más. Ya es anciano, pero ha bebido demasiado. Los hijos, por no hacerle despertar en la vergüenza, lo cubren con delicadeza, con la mirada baja, con gran respeto. Este texto es muy bonito y dice todo del honor debido al anciano; cubrir las debilidades del anciano, para no avergonzarlo, es un texto que nos ayuda mucho.	La rudeza y desprecio de los hijos hacia sus padres recibe el desprecio y la reprobación por parte de Dios. ¿Qué pasó con los hijos de Noé cuando lo encuentran caído?
No obstante todas las providencias materiales que las sociedades más ricas y organizadas ponen a disposición de la vejez —de las cuales podemos ciertamente estar orgullosos—, la lucha por la restitución de esa forma especial de amor que es el honor, me parece todavía frágil e inmadura. Debemos hacer de todo, sostenerla y animarla, ofreciendo mejor apoyo social y cultural a aquellos que son sensibles a esta decisiva forma de "civilización del amor".	No es suficiente lo que nuestra cultura actual prodiga a los ancianos. Podemos hacer más por ellos.
Y sobre esto, me permito aconsejar a los padres: por favor, acercad a los hijos, a los niños, a los hijos jóvenes a los ancianos, acercarles siempre. Y cuando el anciano está enfermo, un poco fuera de sí, acercarles siempre: que sepan que esta es nuestra carne, que esto es lo que ha hecho que nosotros estemos aquí ahora. Por favor, no alejar a los ancianos. Y si no	Los padres adultos han de acercar a los niños y a los jóvenes con sus

hay otra posibilidad que enviarlos a una residencia, por favor, id a visitarlos y llevad a los niños a verlos: son el honor de nuestra civilización, los ancianos que han abierto las puertas. Y muchas veces, los hijos se olvidan de esto. Os digo una cosa personal: a mí me gustaba en Buenos Aires, visitar las residencias de ancianos. Iba a menudo y visitaba a cada uno. Recuerdo una vez que pregunté a una señora: "¿Usted cuántos hijos tiene?" — "Tengo cuatro, todos casados, con nietos". Y empezó a hablarme de la familia. "¿Y ellos vienen?" — "¡Sí, vienen siempre!". Cuando salí de la habitación la enfermera, que había escuchado, me dijo: "Padre, ha dicho una mentira para cubrir a sus hijos. ¡Desde hace seis meses no viene nadie!". Esto es descartar a los ancianos, es pensar que los ancianos son material de descarte. Por favor, es un pecado grave. Este es el primer gran mandamiento, y el único que indica el premio: "Honra al padre y a la madre y tendrás vida larga en la tierra". Este mandamiento de honrar a los ancianos nos da una bendición, que se manifiesta de esta manera: "Tendrás larga vida". Por favor, custodiad a los ancianos. Y si pierden la cabeza, custodiadlos también porque son la presencia de la historia, la presencia de mi familia, y gracias a ellos yo estoy aquí, lo podemos decir todos: gracias a ti, abuelo y abuela, yo estoy vivo. Por favor, no los dejéis solos. Y esto, de custodiar a los ancianos, no es una cuestión de cosméticos ni de cirugía plástica, no. Más bien es una cuestión de honor, que debe transformar la educación de los jóvenes respecto a la vida y a sus fases. El amor por lo humano que nos es común, e incluye el *honor por la vida vivida*, no es una cuestión de ancianos. Más bien, es una ambición que iluminará a la juventud que hereda sus mejores cualidades. La sabiduría del Espíritu de Dios nos conceda abrir el horizonte de esta auténtica revolución cultural con la energía necesaria.	abuelos. La cercanía y el buen trato humaniza a unos y a otros. No hay por qué descartar a los ancianos. Cuando se procura con ellos la visita y el encuentro, se vive el 4º Mandamiento: "Honra a tu padre y a tu madre". Recordemos que este mandamiento asegura la bendición del cielo.

Para orar y compartir	
1	Acercándonos a un análisis de la vida de los ancianos, ¿cómo vivimos el 4º Mandamiento en nuestras familias? ¿Existe cercanía de los hijos y los nietos con los abuelos?
2	Y hacia personas extrañas a la familia que están atravesando la precariedad propia de las personas mayores, ¿qué actitudes y gestos manifestamos hacia ellas? ¿Somos deferentes y respetuosos con ellas? ¿Buscamos incluirles y ayudarles en lo que podemos?
3	El Papa Francisco insiste en revalorar la ancianidad como una etapa de la vida también plena de significado. ¿Creamos conciencia en los niños y en los jóvenes que un día estaremos ahí y que así como tratamos a los mayores, nos gustaría ser tratados cuando lleguemos ahí?

CATEQUESIS 7
NOEMÍ, LA ALIANZA ENTRE LAS GENERACIONES QUE ABRE AL FUTURO
27 de abril de 2022

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días y bienvenidos! Hoy seguimos reflexionando sobre los ancianos, sobre los abuelos, sobre la vejez, parece fea la palabra, pero no, ¡los acianos son geniales, son bellos! Y hoy nos dejaremos inspirar por el espléndido libro de Rut, una joya de la Biblia. La parábola de Rut ilumina la belleza de los vínculos familiares: generados por la relación de pareja, pero que van más allá del vínculo de pareja. Vínculos de amor capaces de ser igualmente fuertes, en los cuales se irradia la perfección de ese poliedro de los afectos fundamentales que forman la gramática familiar del amor. Esta gramática lleva savia vital y sabiduría generativa en el conjunto de las relaciones que edifican la comunidad. Respecto al Cantar de los Cantares, el libro de Rut es como la otra cara del díptico del amor nupcial. Igualmente importante, igualmente esencial, celebra el poder y la poesía que deben habitar los vínculos de generación, parentesco, entrega, fidelidad que envuelven a toda la constelación familiar. Y que se vuelven incluso capaces, en las coyunturas dramáticas de la vida de pareja, de llevar una fuerza de amor inimaginable, capaz de relanzar la esperanza y el futuro.	Se hablará ahora de Rut y Noemí para tratar el tema de la alianza entre generaciones. «La parábola de Rut ilumina la belleza de los vínculos familiares… se irradia aquí el poliedro de la gramática familiar del amor».
Sabemos que los lugares comunes sobre vínculos de parentela creados por el matrimonio, sobre todo el de la suegra, ese vínculo entre suegra y nuera, hablan contra esta perspectiva. Pero, precisamente por esto, la palabra de Dios se vuelve valiosa. La inspiración de la fe sabe abrir un horizonte de testimonio contra los prejuicios más comunes, un horizonte valioso para toda la comunidad humana. ¡Os invito a redescubrir el libro de Rut! Especialmente en la meditación sobre el amor y en la catequesis sobre la familia.	Aquí los vínculos de amor, van más allá del amor de pareja. Se expande el horizonte del amor familiar.
Este pequeño libro contiene también una valiosa enseñanza sobre la alianza de las generaciones: donde la juventud se revela capaz de dar de nuevo entusiasmo a la edad madura —esto es esencial: cuando la juventud da de nuevo entusiasmo a los ancianos—, donde la vejez se descubre capaz de reabrir el futuro para la juventud herida. En un primer momento, la anciana Noemí, si bien conmovida por el afecto de las nueras, que quedan viudas de sus dos hijos, se muestra pesimista sobre su destino dentro de un pueblo que no es el de ellas. Por eso anima afectuosamente a las jóvenes mujeres a volver a sus familias para rehacerse una vida —eran jóvenes estas mujeres viudas—. Dice: "No puedo hacer nada por vosotras". Ya esto se muestra como un acto de amor: la mujer anciana, sin marido y ya sin hijos, insiste para que las nueras la abandonen. Pero también es una especie de resignación: no hay futuro posible para las viudas extranjeras, privadas de la protección del marido. Rut sabe esto y resiste a esta oferta generosa, no quiere volver a su casa. El vínculo que se ha establecido entre suegra y nuera ha sido bendecido por Dios: Noemí no puede pedir que la abandone. En un	Una nuera joven y una suegra anciana se entienden muy bien. Viven el drama de la pérdida de sus esposos y de su propio pueblo. Las dos son vulnerables. Y en su vulnerabilidad no se abandonan; se apoyan, desde una decisión de libertad. Y «el vínculo que se ha establecido entre

primer momento, Noemí aparece más resignada que feliz de esta oferta: quizá piensa que este extraño vínculo agravará el riesgo para ambas. En ciertos casos, la tendencia de los ancianos al pesimismo necesita ser contrarrestada por la presión afectuosa de los jóvenes.

suegra y nuera ha sido bendecido por Dios».

De hecho, Noemí, conmovida por la entrega de Rut, saldrá de su pesimismo e incluso tomará la iniciativa, abriendo para Rut un nuevo futuro. Instruye y anima a Rut, viuda de su hijo, a conquistar un nuevo marido en Israel. Booz, el candidato, muestra su nobleza, defendiendo a Rut de los hombres que trabajan para él. Lamentablemente, es un riesgo que se verifica también hoy.

Rut ayuda Noemí a salir de su pesimismo. Y Noemí la instruye para que conquiste marido.

El nuevo matrimonio de Rut se celebra y los mundos son de nuevo pacificados. Las mujeres de Israel dicen a Noemí que Rut, la extranjera, vale "más que siete hijos" y que ese matrimonio será una "bendición del Señor". Noemí, que estaba llena de amargura y decía también que su nombre es amargura, en su vejez conocerá la alegría de tener una parte en la generación de un nuevo nacimiento. ¡Mirad cuántos "milagros" acompañan la conversión de esta anciana mujer! Ella se convierte al compromiso de volverse disponible, con amor, por el futuro de una generación herida por la pérdida y con el riesgo de abandono. Los frentes de la recomposición son los mismos que, en base a las probabilidades trazadas por los prejuicios del sentido común, deberían generar fracturas insuperables. Sin embargo, la fe y el amor consienten superarlos: la suegra supera los celos por el propio hijo, amando el nuevo vínculo de Rut; las mujeres de Israel superan la desconfianza por el extranjero (y si lo hacen las mujeres, todos lo harán); la vulnerabilidad de la mujer sola, frente al poder del hombre, es reconciliada con un vínculo lleno de amor y de respeto.

¿Qué representa Rut para Noemí? La bendición de Dios, pues ella "vale más que siete hijos". Y Noemí vence su amargura, recupera su pertenencia al pueblo y se abre al don de los hijos de sus hijos.

Y todo ello porque la joven Rut se ha empeñado en ser fiel a un vínculo expuesto al prejuicio étnico y religioso. Y retomo lo que he dicho al principio, hoy la suegra es un personaje mítico, la suegra no digo que la pensamos como el diablo pero siempre se piensa en ella como una figura mala. Pero la suegra es la madre de tu marido, es la madre de tu mujer. Pensemos hoy en este sentimiento un poco difundido de que la suegra cuanto más lejos mejor. ¡No! Es madre, es anciana. Una de las cosas más bonitas de las abuelas es ver a los nietos, cuando los hijos tienen hijos, reviven. Mirad bien la relación que vosotros tenéis con vuestras suegras: a veces son un poco especiales, pero te han dado la maternidad del cónyuge, te han dado todo. Al menos hay que hacerlas felices, para que lleven adelante su vejez con felicidad. Y si tienen algún defecto hay que ayudarlas a corregirse. También a vosotras suegras os digo: estad atentas a la lengua, porque la lengua es uno de los pecados más malos de las suegras, estad atentas. Y Rut en este libro acepta a la suegra y la hace revivir y la anciana Noemí asume la iniciativa de reabrir el futuro para Rut, en lugar de limitarse a disfrutar de su apoyo. Si los jóvenes se abren a la gratitud por lo recibido y los ancianos toman la iniciativa de relanzar su futuro, ¡nada podrá detener el florecimiento de las bendiciones de Dios entre los pueblos! Por favor, que los jóvenes hablen con los abuelos,

Rut, superando el prejuicio étnico y religioso, va más allá. Al insertarse en el pueblo de Israel se abre a la bendición del plan salvífico de Dios.

Rut, por su amor a Noemí, no la abandona, jamás la desprecia. La acompaña y la revive. Por su fidelidad, asume al pueblo y al Dios de Noemí como suyos.

que los jóvenes hablen con los ancianos, que los ancianos hablen con los jóvenes. Este puente debemos restablecerlo fuerte, hay ahí una corriente de salvación, de felicidad. Que el Señor nos ayude, haciendo esto, a crecer en armonía en las familias, esa armonía constructiva que va de los ancianos a los más jóvenes, ese bonito puente que nosotros debemos custodiar y cuidar.	Rut y Noemí, puente-paradigma entre los jóvenes y los viejos.

Para orar y compartir	
1	¿Te has acercado a leer el libro de Rut? Se trata de una bella historia de relación familiar dentro del pueblo de Dios. Inspira fidelidad en las relaciones familiares. ¡Acércate a su meditación y lectura!
2	Aplicando el axioma de "el amor es más fuerte que la muerte", ¿cómo lo explicas al tratarse de la relación entre Rut y Nohemí?
3	¿Qué da Rut a Noemí y qué da Noemí a Rut? ¿Qué puede dar la generación entrante a la generación saliente y qué puede dar la generación saliente a la generación entrante?

CATEQUESIS 8
ELEAZAR, LA COHERENCIA DE LA FE, HERENCIA DEL HONOR
4 de mayo de 2022

¡Queridos hermanos y hermanas, buenos días! En el camino de estas catequesis sobre la vejez, hoy encontramos un personaje bíblico —un anciano— de nombre Eleazar, que vivió en los tiempos de la persecución de Antíoco Epífanes. Es una bonita figura. Su figura nos entrega un testimonio de la relación especial que existe entre *la fidelidad de la vejez y el honor de la fe*. ¡Es un valiente! Quisiera hablar precisamente del honor de la fe, no solo de la coherencia, del anuncio, de la resistencia de la fe. El honor de la fe se encuentra periódicamente bajo la presión, incluso violenta, de la cultura de los dominadores, que intenta envilecerla tratándola como un hallazgo arqueológico, o vieja superstición, terquedad anacrónica, etc.

Hoy nos acercamos al anciano Eleazar. La figura de Eleazar nos entrega el testimonio de fidelidad y el honor de la fe.

La historia bíblica —hemos escuchado un pequeño pasaje, pero es bonito leerlo todo— narra el episodio de los judíos obligados por un decreto del rey a comer carnes sacrificadas a los ídolos. Cuando es el turno de Eleazar, que era un anciano de noventa años muy estimado por todos y con autoridad, los oficiales del rey le aconsejan que haga una simulación, es decir que finja comer la carne sin hacerlo realmente. Hipocresía religiosa, hay tanta hipocresía religiosa, hipocresía clerical. Estos le dicen: "Pero haz un poco el hipócrita, nadie se dará cuenta". Así Eleazar se habría salvado, y —decían aquellos— en nombre de la amistad habría aceptado su gesto de compasión y de afecto. Después de todo —insistían— se trataba de un gesto mínimo, fingir comer pero no comer, un gesto insignificante.

Al anciano Eleazar, para salvar su vida, le proponen que simule: que, siendo judío, aparente comer carne de puerco, aunque en realidad no lo haga.

Es poca cosa, pero la respuesta tranquila y firme de Eleazar se basa en un argumento que nos llama la atención. El punto central es este: deshonrar la fe en la vejez, para ganar unos cuantos días, no es comparable con la herencia que esta debe dejar a los jóvenes, a enteras generaciones futuras. ¡Qué bueno este Eleazar! Un anciano que ha vivido en la coherencia de la propia fe durante toda la vida, y ahora se adapta a fingir el repudio, condena a la nueva generación a pensar que toda la fe haya sido una ficción, una cubierta exterior que se puede abandonar pensando que se puede conservar en la propia intimidad. Y no es así, dice Eleazar. Tal comportamiento no honra la fe, ni siquiera frente a Dios. Y el efecto de esta banalización exterior será devastador para la interioridad de los jóvenes. ¡La coherencia de este hombre que piensa en los jóvenes, piensa en la herencia futura, piensa en su pueblo!

¿Y cuál es la respuesta de Eleazar? No accede a la propuesta porque esto deshonraría su fe. Y él no quiere empañar su fe. Sería un vil antitestimonio para los jóvenes.

Es precisamente la vejez —y esto es bonito para los ancianos— la que aparece aquí como el lugar decisivo, el lugar insustituible de este testimonio. Un anciano que, a causa de su vulnerabilidad, aceptara considerar irrelevante la práctica de la fe, haría creer a los jóvenes que la fe no tiene ninguna relación real con la vida. Les parecería, desde su

La vejez aparece como una condición privilegiada para ofrecer un

inicio, como un conjunto de comportamientos que, si es necesario, pueden ser simulados o disimulados, porque ninguno de ellos es tan importante para la vida.

La antigua gnosis heterodoxa, que fue una insidia muy poderosa y muy seductora para el cristianismo de los primeros siglos, teorizaba precisamente sobre esto, es una cosa vieja esta: que la fe es una espiritualidad, no una práctica; una fuerza de la mente, no una forma de vida. La fidelidad y el honor de la fe, según esta herejía, no tienen nada que ver con los comportamientos de la vida, las instituciones de la comunidad, los símbolos del cuerpo. La seducción de esta perspectiva es fuerte, porque interpreta, a su manera, una verdad indiscutible: que la fe nunca se puede reducir a un conjunto de normas alimenticias o de prácticas sociales. La fe es otra cosa. El problema es que la radicalización gnóstica de esta verdad anula el realismo de la fe cristiana, porque la fe cristiana es realista, la fe cristiana no es solamente decir el Credo, sino que es pensar el Credo, es sentir el Credo, es hacer el Credo. Trabajar con las manos. Sin embargo, esta propuesta gnóstica es un "fingir", lo importante es que tú dentro tengas la espiritualidad y después puedes hacer lo que quieras. Y esto no es cristiano. Es la primera herejía de los gnósticos, que está muy de moda aquí, en este momento, en tantos centros de espiritualidad, etc. Y vacía el testimonio de esta gente, que muestra los signos concretos de Dios en la vida de la comunidad y resiste a las perversiones de la mente a través de los gestos del cuerpo.

La tentación gnóstica que es una de las —digamos la palabra— herejías, una de las desviaciones religiosas de este tiempo, la tentación gnóstica siempre permanece actual. En muchas tendencias de nuestra sociedad y de nuestra cultura, la práctica de la fe sufre una representación negativa, a veces en forma de ironía cultural, a veces con una marginación oculta. La práctica de la fe para estos gnósticos que ya estaban en la época de Jesús, es considerada como una exterioridad inútil e incluso nociva, como un residuo anticuado, como una superstición enmascarada. En resumen, una cosa para los viejos. La presión que esta crítica indiscriminada ejerce en las jóvenes generaciones es fuerte. Cierto, sabemos que la práctica de la fe puede convertirse en una exterioridad sin alma —este es el peligro contrario—, pero en sí misma no lo es en absoluto. Quizá nos corresponde precisamente a nosotros, a los ancianos, una misión muy importante: *devolver a la fe su honor*, hacerla coherente que es el testimonio de Eleazar, la coherencia hasta el final. La práctica de la fe no es el símbolo de nuestra debilidad, sino más bien el signo de su fuerza. Ya no somos niños. ¡No bromeamos cuando nos pusimos en el camino del Señor!

La fe merece respeto y honor hasta el final: nos ha cambiado la vida, nos ha purificado la mente, nos ha enseñado la adoración de Dios y el amor del prójimo. ¡Es una bendición para todos! Pero toda la fe, no una parte. No cambiaremos la fe por unos cuantos días tranquilos, sino que haremos como Eleazar, coherente hasta el final, hasta el martirio. Demostraremos, con mucha humildad y firmeza, precisamente en

testimonio luminoso de su fe.

Para la gnosis heterodoxa no importa el divorcio entre fe y vida. Para la auténtica fe judía y también para la fe cristiana, sí importa el consorcio entre fe y vida. A esto se le llama coherencia. Y es bellamente exaltado por Papa Pablo VI en *Evangelii Nuntiandi* n. 78.

Para la herejía gnóstica heterodoxa, fácil se puede jugar un juego camaleónico: me pinto del color que convenga, a fin de no incomodar, de avanzar adelante, de salvar el pellejo. Esta tentación es actual. Pero la fidelidad de los ancianos nos ayude a evitarla.

Cuando te encuentras con hombres y mujeres de una sola pieza, que viven su fidelidad

nuestra vejez, que creer no es algo "de viejos", sino que es algo de vida. Creer en el Espíritu Santo, que hace nuevas todas las cosas, y Él con gusto nos ayudará. Queridos hermanos y hermanas ancianos, por no decir viejos —estamos en el mismo grupo— miremos, por favor, a los jóvenes. Ellos nos miran, no olvidemos esto. Me viene a la mente esa película de la postguerra tan bonita: "Los niños nos miran". Nosotros podemos decir lo mismo con los jóvenes: los jóvenes nos miran y nuestra coherencia puede abrirles un camino de vida bellísimo. Sin embargo, una eventual hipocresía hará mucho mal. Recemos los unos por los otros. ¡Qué Dios nos bendiga a todos nosotros ancianos!	en toda su radicalidad, te reorientas. Los viejos han de sentir el peso y la responsabilidad moral de entregar a los jóvenes el honor de la fe, en toda su integridad.

Para orar y compartir	
1	¿Qué nos enseña Eleazar que, no obstante, su avanzada edad y, más aun, en razón de este mismo avance, no cede a la tentación de la apariencia, sino que se mantiene fiel a Dios?
2	Dentro de la Iglesia, ¿notas hipocresía y falta de coherencia en las personas mayores en su modo de vivir su fe? ¿Qué es lo que ocasiona esta infidelidad en los niños y en los jóvenes?
3	Haz memoria de personas mayores que han sido para ti edificantes en la fe por mantener una coherencia de vida a toda prueba: ¿Por qué su vida de fe se ha vuelto luminosa para en ti y para nuestra Iglesia?

CATEQUESIS 9
JUDIT. UNA JUVENTUD ADMIRABLE, UNA VEJEZ GENEROSA
11 de mayo de 2022

¡Queridos hermanos y hermanas, buenos días! Hoy hablaremos de Judit, una heroína bíblica. La conclusión del libro que lleva su nombre —hemos escuchado un pasaje— sintetiza la última parte de la vida de esta mujer, que defendió a Israel de sus enemigos. Judit es una joven y virtuosa viuda judía que, gracias a su fe, a su belleza y a su astucia, salva la ciudad de Betulia y al pueblo de Judá del asedio de Holofernes, general de Nabucodonosor rey de Asiria, enemigo prepotente y despectivo de Dios. Y así, con su forma astuta de actuar, es capaz de degollar al dictador que estaba contra el país. Era valiente, esta mujer, pero tenía fe.

Hoy se abordará a Judit, quien, de joven, enviudó y por su valentía y astucia, liberó a Judá del asedio de Holofernes.

Después de la gran aventura que la ve como protagonista, Judit vuelve a su ciudad, Betulia, donde vive una bonita vejez hasta los ciento cinco años. Había llegado para ella el tiempo de la vejez como llega para muchas personas: a veces después de una vida de trabajo, a veces después de una existencia llena de peripecias o de gran entrega. El heroísmo no es solamente el de los grandes eventos que caen bajo los focos, por ejemplo el de Judit de haber asesinado al dictador, sino que a menudo el heroísmo se encuentra en la tenacidad del amor vertido en una familia difícil y a favor de una comunidad amenazada.

Después de la victoria regresa a su pueblo, avanza en años y vive una hermosa vejez.

Judit vivió más de cien años, una bendición particular. Pero no es raro, hoy, tener muchos años todavía para vivir después de la jubilación. ¿Cómo interpretar, cómo aprovechar este tiempo que tenemos a disposición? Yo me jubilo hoy, y serán muchos años, y ¿qué puedo hacer, en estos años, cómo puede crecer —en edad va por sí solo— pero cómo puede creer en autoridad, en santidad en sabiduría?

Actualmente hay quienes se jubilan después de un intenso trabajo y luego, ¿qué hacer?

La perspectiva de la jubilación coincide para muchos con la de un merecido y deseado descanso de actividades exigentes y fatigosas. Pero sucede también que el final del trabajo representa una fuente de preocupación y es esperado con algún temor: "¿Qué haré ahora que mi vida se vaciará de lo que la ha llenado durante tanto tiempo?": esta es la pregunta. El trabajo cotidiano significa también un conjunto de relaciones, la satisfacción de ganarse la vida, la experiencia de tener un rol, una merecida consideración, una jornada completa que va más allá del simple horario de trabajo.

La jubilación, aunque hay un cierto cese del trabajo, representa un buen reto en la vida: ¿qué voy a hacer con el tiempo que me queda?

Por supuesto, hay un compromiso, gozoso y cansado, de cuidar a los nietos, y hoy los abuelos tienen un rol muy grande en la familia para ayudar a crecer a los nietos; pero sabemos que hoy nacen cada vez menos niños, y los padres suelen estar más distantes, más sujetos a desplazamientos, con situaciones laborales y habitacionales desfavorables. A veces son aún más reacios a confiar espacios educativos a los abuelos, concediéndoles solo aquellos estrictamente relacionados con la

¿Cuál es bono que existe en esta edad de la jubilación? Prácticamente en esta etapa de la vida han llegado a ser abuelos y

necesidad de asistencia. Pero alguien me decía, un poco sonriendo con ironía: "Hoy los abuelos, en esta situación socio-económica, se han vuelto más importantes, porque tienen la pensión". Hay nuevas exigencias, también en el ámbito de las relaciones educativas y parentales, que nos piden remodelar la alianza tradicional entre las generaciones.

Pero, nos preguntamos: ¿hacemos nosotros este esfuerzo por "remodelar"? ¿O simplemente sufrimos la inercia de las condiciones materiales y económicas? La convivencia de las generaciones, de hecho, se alarga. ¿Tratamos, todos juntos, de hacerlas más humanas, más afectuosas, más justas, en las nuevas condiciones de las sociedades modernas? Para los abuelos, una parte importante de su vocación es sostener a los hijos en la educación de los niños. Los pequeños aprenden la fuerza de la ternura y el respeto por la fragilidad: lecciones insustituibles, que con los abuelos son más fáciles de impartir y de recibir. Los abuelos, por su parte, aprenden que la ternura y la fragilidad no son solo signos de la decadencia: para los jóvenes, son pasajes que hacen humano el futuro.

Judit se queda viuda pronto y no tiene hijos, pero, como anciana, es capaz de vivir *una época de plenitud y de serenidad*, con la conciencia de haber vivido hasta el fondo la misión que el Señor le había encomendado. Para ella es el tiempo de dejar la herencia buena de la sabiduría, de la ternura, de los dones para la familia y la comunidad: *una herencia de bien y no solamente de bienes*. Cuando se piensa en la herencia, a veces pensamos en los *bienes*, y no en el *bien* que se ha hecho en la vejez y que ha sido sembrado, ese *bien* que es la mejor herencia que nosotros podemos dejar.

Precisamente en su vejez, Judit "concedió la libertad a su sierva preferida". Esto es signo de una mirada atenta y humana hacia quien ha estado cerca de ella. Esta sierva la había acompañado en el momento de esa aventura para vencer al dictador y degollarlo. Como ancianos, se pierde un poco la vista, pero la mirada interior se hace más penetrante: se ve con el corazón. Uno se vuelve capaz de ver cosas que antes se le escapaban. Los ancianos saben mirar y saben ver... Es así: el Señor no encomienda sus talentos solo a los jóvenes y a los fuertes; tiene para todos, a medida de cada uno, también para los ancianos. La vida de nuestras comunidades debe saber disfrutar de los talentos y de los carismas de tantos ancianos, que para el registro están ya jubilados, pero que son una riqueza que hay que valorar. Esto requiere, por parte de los propios ancianos, una atención creativa, una atención nueva, una disponibilidad generosa. Las habilidades precedentes de la vida activa pierden su parte de constricción y se vuelven recursos de donación: enseñar, aconsejar, construir, curar, escuchar… Preferiblemente a favor de los más desfavorecidos, que no pueden permitirse ningún aprendizaje y que están abandonados a su soledad.

Judit liberó a su sierva y colmó a todos de atenciones. De joven se había ganado la estima de la comunidad con su valentía. De anciana, la mereció

que los abuelos ocupen parte de su tiempo en el cuidado de sus nietos es uno de los mejores bonos.

¿Cuánto no se refuerza la alianza entre las generaciones cuando conviven abuelos y nietos?

¿Qué no aprenden los nietos de los abuelos y los abuelos de los nietos?

Al igual que Judit, los abuelos pueden dejar una HERENCIA DE BIEN.

Los ancianos que han madurado no sólo con el paso del tiempo sino también con las experiencias de la vida, se vuelven más profundos. Tienen una mirada que sabe leer lo que es esencial y lo que es accesorio. Y cuando comparten esto, hacen mucho bien.

¿De qué se jubiló Judit y de qué no

por la ternura con la que enriqueció la libertad y los afectos. Judit no es una jubilada que vive melancólicamente su vacío: es una anciana apasionada que llena de dones el tiempo que Dios le dona. Yo os pido: tomad, uno de estos días, la Biblia y tomad el libro de Judit: es pequeño, se lee fácilmente, son diez páginas, no más. Leed esta historia de una mujer valiente que termina así, con ternura, con generosidad, una mujer a la altura. Y así yo quisiera que fueran nuestras abuelas. Todas así: valientes, sabias y que nos dejen la herencia no del dinero, sino la herencia de la sabiduría, sembrada en sus nietos.	se jubiló? ¿De qué se jubilan las personas mayores y de qué no se jubilan? De seguir haciendo el bien nadie se jubila. Sólo la muerte cierra esta posibilidad.

Para orar y compartir	
1	Judit es figura de mujer que ha vivido una juventud en plenitud y una vejez rica en humanidad. ¿Qué tendríamos que hacer para gastar bien los años de la juventud y también los de la vejez?
2	¿Puedes identificar personas mayores (ancianos y ancianas), cuya convivencia siempre te plenifica, pues no obstante la fragilidad de su vejez, su vida está llena de enseñanzas? ¿Te has puesto a reflexionar en la HERENCIA DE BIEN que nos están legando?
3	Dice también el Salmo 92,14: «En la vejez seguirá dando fruto, y estará lozano y frondoso para proclamar en el Señor es justo y que en mi roca no existe la maldad». ¿Has considerado cómo en los ancianos rectos y santos, brilla de manera especial la gloria de Dios?

CATEQUESIS 10
JOB. LA PRUEBA DE LA FE, LA BENDICIÓN DE LA ESPERA
18 de mayo de 2022

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días! El pasaje bíblico que hemos escuchado cierra el Libro de Job, un vértice de la literatura universal. Nosotros encontramos a Job en nuestro camino de catequesis sobre la vejez: lo encontramos como testigo de la fe que no acepta una "caricatura" de Dios, sino que grita su protesta frente al mal, para que Dios responda y revele su rostro. Y Dios al final responde, como siempre de forma sorprendente: muestra a Job su gloria pero sin aplastarlo, es más, con soberana ternura, como hace Dios, siempre, con ternura. Es necesario leer bien las páginas de este libro, sin prejuicios, sin clichés, para captar la fuerza del grito de Job. Nos hará bien ponernos en su escuela, para vencer la tentación del moralismo ante la exasperación y el abatimiento por el dolor de haberlo perdido todo.

Nos acercamos ahora a la figura de Job. Job interpela a Dios no sólo por la serie de males que él sufre, sino también por toda la presencia de mal que hay en el mundo. Y que, aparentemente, ni tiene explicación.

En este pasaje conclusivo del libro —nosotros recordamos la historia, Job que pierde todo en la vida, pierde las riquezas, pierde la familia, pierde al hijo y pierde también la salud y se queda ahí, herido, en diálogo con tres amigos, después un cuarto, que vienen a saludarlo: esta es la historia— y en este pasaje de hoy, el pasaje conclusivo del libro, cuando finalmente Dios toma la palabra (y este diálogo de Job con sus amigos es como un camino para llegar al momento que Dios da su palabra) Job es alabado porque ha comprendido *el misterio de la ternura de Dios escondida detrás de su silencio*. Dios reprende a los amigos de Job que suponían que sabían todo, sabían de Dios y del dolor y, habiendo venido a consolar a Job, terminaron juzgándolo con sus esquemas preconcebidos. ¡Dios nos guarde de este pietismo hipócrita y presuntuoso! Dios nos guarde de esa religiosidad moralista y de esa religiosidad de preceptos que nos da una cierta presunción y lleva al fariseísmo y a la hipocresía.

Job cala a profundidad sobre el sentido del mal, donde parece que Dios calla y guarda silencio.
Los amigos de Job se quedan en la periferia del dolor, su visión no hace justicia ni al hombre ni a Dios.

Así se expresa el Señor respecto a ellos. Dice el Señor: «Mi ira se ha encendido contra [vosotros] […], porque no habéis hablado con verdad de mí, como mi siervo Job. […]: esto es lo que dice el Señor a los amigos de Job. **«**Mi siervo Job intercederá por vosotros y, en atención a él, no os castigaré por no haber hablado con verdad de mí, como mi siervo Job» (42,7-8). La declaración de Dios nos sorprende, porque hemos leído las páginas encendidas de la protesta de Job, que nos han dejado consternados. Sin embargo —dice el Señor— Job habló bien, también cuando estaba enfadado e incluso enfadado contra Dios, pero habló bien, porque se negó a aceptar que Dios es un "Perseguidor", Dios es otra cosa. Y como recompensa, Dios le devuelve a Job el doble de todos sus bienes, después de pedirle que ore por esos malos amigos suyos.

La falta de sabiduría de los amigos de Dios sobre el dolor, recibe la reprobación de Dios. Job, en cambio, no obstante su queja, es más cercano a Dios.

El punto de inflexión de la *conversión de la fe* se produce precisamente en el culmen del desahogo de Job, donde dice: «Yo sé que vive mi

La certeza que Job tiene de que, detrás de la

redentor, que se alzará el último sobre el polvo, que después que me dejen sin piel, ya sin carne, veré a Dios. Sí, seré yo quien lo veré, mis ojos lo verán, que no un extraño» (19,25-27). Este pasaje es bellísimo. A mí me viene a la mente el final de ese oratorio genial de Haendel, el Mesías, después de esa fiesta del Aleluya lentamente el soprano canta este pasaje: "Yo sé que mi Redentor vive", con paz. Y así, después de toda esa cosa de dolor y de alegría de Job, la voz del Señor es otra cosa. "Yo sé que mi Redentor vive": es algo bellísimo. Podemos interpretarlo así: "Mi Dios, yo sé que Tú no eres el Perseguidor. Mi Dios vendrá y me hará justicia". Es la fe sencilla en la resurrección de Dios, la fe sencilla en Jesucristo, la fe sencilla que el Señor siempre nos espera y vendrá.

prueba, verá a Dios, la comparten los hombres y mujeres, cuyo sufrimiento ha sido vivido en diálogo con Dios y en su compañía.

La parábola del libro de Job representa de forma dramática y ejemplar lo que en la vida sucede realmente. Es decir que sobre una persona, sobre una familia o sobre un pueblo se abaten pruebas demasiado pesadas, pruebas desproporcionadas respecto a la pequeñez y fragilidad humana. En la vida a menudo, como se dice, "llueve sobre mojado". Y algunas personas se ven abrumadas por una suma de males que parece verdaderamente excesiva e injusta. Y muchas personas son así.

Las pruebas de Job han sido vividas por personas, familias e incluso comunidades. Se trata de pruebas que parecen aplastar al hombre.

Todos hemos conocido personas así. Nos ha impresionado su grito, pero a menudo nos hemos quedado también admirados frente a la firmeza de su fe y de su amor en su silencio. Pienso en los padres de niños con graves discapacidades, o en quien vive una enfermedad permanente o al familiar que está al lado… Situaciones a menudo agravadas por la escasez de recursos económicos. En ciertas coyunturas de la historia, este cúmulo de pesos parecen darse como una cita colectiva. Es lo que ha sucedido en estos años con la pandemia del Covid-19 y lo que está sucediendo ahora con la guerra en Ucrania.

El Papa Francisco desciende a experiencias concretas de sufrimiento y de prueba.

¿Podemos justificar estos "excesos" como una racionalidad superior de la naturaleza y de la historia? ¿Podemos bendecirlos religiosamente como respuesta justificada a las culpas de las víctimas, que se lo han merecido? No, no podemos. Existe una especie de derecho de la víctima a la protesta, en relación con el misterio del mal, derecho que Dios concede a cualquiera, es más, que Él mismo, después de todo, inspira. A veces yo encuentro gente que se me acerca y me dice: "Pero, Padre, yo he protestado contra Dios porque tengo este problema, ese otro…". Pero, sabes, que la protesta es una forma de oración, cuando se hace así. Cuando los niños, los chicos protestan contra los padres, es una forma de llamar su atención y pedir que les cuiden. Si tú tienes en el corazón alguna llaga, algún dolor y quieres protestar, protesta también contra Dios, Dios te escucha, Dios es Padre, Dios no se asusta de nuestra oración de protesta, ¡no! Dios entiende. Pero sé libre, sé libre en tu oración, ¡no encarceles tu oración en los esquemas preconcebidos! La oración debe ser así, espontánea, como esa de un hijo con el padre, que le dice todo lo que le viene a la boca porque sabe que el padre lo entiende. El "silencio" de Dios, en el primer momento del drama, significa esto. Dios no va a rehuir la confrontación, pero al principio deja a Job el desahogo de su protesta, y Dios escucha. Quizás, a veces, deberíamos aprender de Dios

A quien sufre, Dios le da el derecho de protesta: llamarlo, gritarle e interpelarlo, buscando una explicación a la prueba.

Ya la misma protesta, en cuanto directamente dirigida a Dios, tiene algo de oración. Dios no rehúye esa confrontación, la escucha en

este respeto y esta ternura. Y a Dios no le gusta esa enciclopedia —llamémosla así— de explicaciones, de reflexiones que hacen los amigos de Job. Eso es *zumo de lengua*, que no es adecuado: es esa religiosidad que explica todo, pero el corazón permanece frío. A Dios no le gusta esto. Le gusta más la protesta de Job o el silencio de Job.	silencio. De ahí salimos más amigos de Dios.
La profesión de fe de Job —que emerge precisamente en su incesante llamamiento a Dios, a una justicia suprema— se completa al final con la experiencia casi mística, diría yo, que le hace decir: «Yo te conocía solo de oídas, mas ahora te han visto mis ojos» (42,5). ¡Cuánta gente, cuántos de nosotros después de una experiencia un poco mala, un poco oscura, da el paso y conoce a Dios mejor que antes! Y podemos decir, como Job: "Yo te conocía de oídas, mas ahora te han visto mis ojos, porque te he encontrado". Este testimonio es *particularmente creíble si la vejez se hace cargo*, en su progresiva fragilidad y pérdida. ¡Los ancianos han visto muchas en la vida! Y han visto también la inconsistencia de las promesas de los hombres. Hombres de ley, hombres de ciencia, hombres de religión incluso, que confunden al perseguidor con la víctima, imputando a esta la responsabilidad plena del propio dolor. ¡Se equivocan!	La confesión de Job, al final de las pruebas, es: «Te conocía de oídas, ahora te he visto con mis propios ojos». Después de las pruebas, nuestra mirada sobre Dios se aclara, se corrigen nuestras ideas de Dios.
Los ancianos que encuentran el camino de este testimonio, que *convierte el resentimiento por la pérdida en la tenacidad por la espera de la promesa de Dios* —hay un cambio, del resentimiento por la pérdida hacia una tenacidad para seguir la promesa de Dios—, estos ancianos son un presidio insustituible para la comunidad en el afrontar el exceso del mal. La mirada de los creyentes que se dirige al Crucificado aprende precisamente esto. Que podamos aprenderlo también nosotros, de tantos abuelos y abuelas, de tantos ancianos que, como María, unen su oración, a veces desgarradora, a la del Hijo de Dios que en la cruz se abandona al Padre. Miremos a los ancianos, miremos a los viejos, las viejas, las viejitas; mirémoslos con amor, miremos su experiencia personal. Ellos han sufrido mucho en la vida, han aprendido mucho en la vida, han pasado muchas, pero al final tienen esta paz, una paz —yo diría— casi mística, es decir la paz del encuentro con Dios, tanto que pueden decir "Yo te conocía de oídas, mas ahora te han visto mis ojos". Estos viejos se parecen a esa paz del Hijo de Dios en la cruz que se abandona al Padre.	Seguro que, desde la memoria, podemos recordar cómo han vivido y afrontado las pruebas hombres y mujeres de fe. Ellos son otros "Job", maestros en el modo ser fieles a Dios, no obstante las pruebas.

Para orar y compartir	
1	La historia del sufrimiento de Job, refleja la vida de tantos hombres y mujeres cuyo sufrimiento extremo los ha acercado a Dios: ¿Has podido acercarte a la lectura y meditación del libro de Job?
2	Aunque toda experiencia de prueba y sufrimiento nos puede llevar a Dios, sin embargo, no siempre es así. Según la presente catequesis, ¿cómo se puede asegurar que las pruebas y el sufrimiento nos lleven a Dios?
3	Trae a la memoria aquellos "Jobes" actuales que han dejado en tu vida una marca positiva por edificarte en su modo de enfrentar sus pruebas, sufrimiento y enfermedades.

CATEQUESIS 11
COHÉLET: LA NOCHE INCIERTA DEL SENTIDO Y DE LAS COSAS DE LA VIDA
25 de mayo de 2022

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días! En nuestra reflexión sobre la vejez —seguimos reflexionando sobre la vejez—, hoy nos confrontamos con el Libro del Eclesiastés o Cohélet, otra joya que encontramos en la Biblia. En una primera lectura este breve libro impresiona y deja desconcertado por su famoso estribillo: «Todo es vanidad», todo es vanidad: el estribillo que va y viene; todo es vanidad, todo es "niebla", todo es "humo", todo está "vacío". Sorprende encontrar estas expresiones, que cuestionan el sentido de la existencia, dentro de la Sagrada Escritura. En realidad, la oscilación continua de Cohélet entre el sentido y el sinsentido es la *representación irónica de un conocimiento de la vida que se desprende de la pasión por la justicia*, de la que el juicio de Dios es garante. Y la conclusión del Libro indica el camino para salir de la prueba: «Teme a Dios y guarda sus mandamientos, que eso es ser hombre cabal» (12,13). Este es el consejo para resolver este problema.

¿De qué manera el libro del Cohélet o Eclesiastés calibra las cosas de la vida? De vanidad e ilusión. ¿De qué depende este juicio sobre las cosas de la vida? De mirar a Dios como lo radicalmente importante.

Frente a una realidad que, en ciertos momentos, nos parece acoger todos los contrarios, reservándoles el mismo destino, que es el de acabar en la nada, el camino de la indiferencia puede parecernos también a nosotros el único remedio para una dolorosa desilusión. Preguntas como estas surgen en nosotros: ¿Acaso nuestros esfuerzos han cambiado el mundo? ¿Acaso alguien es capaz de hacer valer la diferencia entre lo justo y lo injusto? Parece que todo esto es inútil: ¿por qué hacer tantos esfuerzos?

Cohélet es un libro que nos puede llevar a aquello que San Ignacio llamó «la santa indiferencia».

Es una especie de intuición negativa que puede presentarse en cada etapa de la vida, pero no cabe duda de que la vejez hace casi inevitable este encuentro con el desencanto. El desencanto, en la vejez, viene. Y por tanto, *la resistencia de la vejez a los efectos desmoralizantes de este desencanto* es decisiva: si los ancianos, que ya han visto de todo, conservan intacta su *pasión por la justicia*, entonces *hay esperanza para el amor*, y también *para la fe*. Y para el mundo contemporáneo se ha vuelto crucial el paso a través de esta crisis, crisis saludable, ¿por qué? Porque una cultura que presume de medir todo y manipular todo termina por producir también una desmoralización colectiva del sentido, una desmoralización del amor, una desmoralización también del bien.

Para el anciano que ha vivido ya de todo, muchas cosas pierden su encanto. ¡Pero que la justicia y la honestidad en él no pierdan su encanto! Que viva para recordárnoslo.

Esta desmoralización nos quita el deseo de hacer. Una presunta "verdad", que se limita a registrar el mundo, registra también su indiferencia hacia los opuestos y los entrega, sin redención, al fluir del tiempo y al destino de la nada. De esta forma —revestida de cientificidad, pero también muy insensible y muy amoral— la búsqueda moderna de la verdad se ha visto tentada a despedirse totalmente de la pasión por la justicia. Ya no cree en su destino, en su promesa, en su redención.

Que los ancianos nos ayuden a no caer en la trampa del cálculo consumista, sino a buscar lo que realmente vale.

Para nuestra cultura moderna, que al conocimiento exacto de las cosas quisiera entregar prácticamente todo, la aparición de esta nueva *razón cínica* —que suma conocimiento e irresponsabilidad— es un contragolpe muy duro. De hecho, el conocimiento que nos exime de la moralidad, al principio parece una fuente de libertad, de energía, pero pronto se convierte en una *parálisis del alma*.

Conocimiento exacto de las cosas, sin acompañarse de responsabilidad, ¿a dónde nos conduce?

Cohélet, con su ironía, desenmascara esta tentación fatal de una omnipotencia del saber —un "delirio de omnisciencia" — que genera una impotencia de la voluntad. Los monjes de la más antigua tradición cristiana habían identificado con precisión esta enfermedad del alma, que de pronto descubre la vanidad del conocimiento sin fe y sin moral, la ilusión de la verdad sin justicia. La llamaban "*acedia*". Y esta es una de las tentaciones de todos, también de los ancianos, es de todos. No es simplemente pereza: no, es más. No es simplemente depresión: no. Más bien, la acedia es la rendición al conocimiento del mundo sin más pasión por la justicia y la acción consecuente.

El conocimiento exacto de las cosas, sin compromiso ni responsabilidad moral conduce a la acedia: aburrimiento, hastío de la vida, parálisis del alma.

El vacío de sentido y de fuerzas abierto por este saber, que rechaza toda responsabilidad ética y todo afecto por el bien real, no es inofensivo. No solamente le quita las fuerzas a la voluntad del bien: por contragolpe, *abre la puerta a la agresividad de las fuerzas del mal*. Son las fuerzas de una razón enloquecida, que se vuelve cínica por un exceso de ideología. De hecho, con todo nuestro progreso, con todo nuestro bienestar, nos hemos convertido verdaderamente en una "sociedad del cansancio". Pensad un poco en esto: ¡somos la sociedad del cansancio! Teníamos que producir bienestar generalizado y toleramos un mercado sanitario científicamente selectivo. Teníamos que poner un límite infranqueable a la paz, y vemos sucesión de guerras cada vez más despiadadas contra personas indefensas. La ciencia progresa, naturalmente, y es un bien. Pero la sabiduría de la vida es completamente otra cosa, y parece estancada.

El excesivo conocimiento sin compromiso moral ha conducido a la sociedad de cansancio. He aquí, en el presente párrafo lo propio de esta esta sociedad cansada.

Finalmente, esta razón an-afectiva e ir-responsable también quita sentido y energías al conocimiento de la verdad. No es casualidad que la nuestra sea la época de las *fake news*, de las supersticiones colectivas y las verdades pseudo-científicas. Es curioso: en esta cultura del saber, de conocer todas las cosas, también de la precisión del saber, se han difundido tantas brujerías, pero brujerías cultas. Es brujería con cierta cultura, pero que te lleva a una vida de superstición: por un lado, para ir adelante con inteligencia en el conocer las cosas hasta las raíces; por otro, el alma que necesita de otra cosa y toma el camino de la superstición y termina en la brujería. La vejez puede aprender de la sabiduría irónica de Cohélet el arte de sacar a la luz el engaño oculto en el delirio de una verdad de la mente desprovista de afectos por la justicia. ¡Los *ancianos llenos de sabiduría y humor* hacen mucho bien a los jóvenes! Los salvan de la tentación de un conocimiento del mundo triste y sin sabiduría de la vida. Y también, estos ancianos devuelven a los jóvenes a la promesa de Jesús: «Bienaventurados los que tienen hambre

Otros signos de esta sociedad cansada: sumergirse en las ideologías, en las falsas verdades, en la superstición y en la brujería.

¿Cuál es el papel de los ancianos en esta sociedad del cansancio? Desenmascarar el error y la mentira.

y sed de justicia, porque ellos serán saciados» (Mt 5, 6). Serán ellos los que siembren hambre y sed de justicia en los jóvenes. Ánimo, todos nosotros ancianos: ¡ánimo y adelante! Nosotros tenemos una misión muy grande en el mundo. Pero, por favor, no hay que buscar refugio en este idealismo un poco no concreto, no real, sin raíces, digámoslo claramente: en las brujerías de la vida.	Colocarnos en la patria de la verdad y del bien. Mostrarnos el camino de la justicia.

Para orar y compartir	
1	¿Te has dado tiempo de leer y meditar el libro del Eclesiastés (Cohélet)? Para leerlo y meditarlo con provecho es recomendable recurrir al comentario de un buen biblista.
2	Por el contenido del libro del Eclesiastés se revela que el autor sagrado es alguien que ya ha vivido la vida y que sabe dar razón de lo que realmente vale la pena y de aquello que no. ¿No será que el actual pontífice, el Papa Francisco, se coloca también en la misma línea del autor de Eclesiastés, orientándonos en lo que vale la pena y en aquello que no?
3	¿Qué piensas de la «sociedad del cansancio»? ¿Cómo podremos pasar de la sociedad del cansancio a la «sociedad de la esperanza»? ¿Qué papel juegan los ancianos en ayudarnos a dar este paso?

CATEQUESIS 12
«NO ME ABANDONES CUANDO DECAE MI VIGOR» (Sal 71,9)
1 de junio de 2022

¡Queridos hermanos y hermanas, buenos días! La hermosa oración del anciano que encontramos en el Salmo 71 que hemos escuchado nos anima a meditar sobre la fuerte tensión que habita la condición de la vejez, cuando la memoria de las fatigas superadas y de las bendiciones recibidas es puesta a prueba de la fe y la esperanza.	Hacemos oración con el Salmo 71 que trata el tema de la vejez.
La prueba se presenta ya de por sí con la debilidad que acompaña el paso a través de la fragilidad y la vulnerabilidad de la edad avanzada. Y el salmista —un anciano que se dirige al Señor— menciona explícitamente el hecho de que este proceso se convierte en una ocasión de abandono, de engaño y prevaricación y de prepotencia, que a veces se ensaña contra el anciano. Una forma de vileza en la que nos estamos especializando en nuestra sociedad.	La vejez, por su propia condición de declive, es una etapa de fragilidad y vulnerabilidad.
¡Es verdad! En esta sociedad del descarte, esta cultura del descarte, los ancianos son dejados de lado y sufren estas cosas. De hecho, no faltan quienes se aprovechan de la edad del anciano, para engañarlo, para intimidarlo de mil maneras. A menudo leemos en los periódicos o escuchamos noticias de personas ancianas que son engañadas sin escrúpulos para apoderarse de sus ahorros; o que quedan desprotegidas o abandonadas sin cuidados; u ofendidas por formas de desprecio e intimidadas para que renuncien a sus derechos.	Nuestra sociedad actual en lugar de cuidar y ennoblecer a los ancianos, muchas veces los explota y los descarta.
También en las familias —y esto es grave, pero sucede también en las familias— suceden tales crueldades. Los ancianos descartados, abandonados en las residencias, sin que los hijos vayan a visitarles o si van, van pocas veces al año. El anciano puesto en el rincón de la existencia. Y esto sucede: sucede hoy, sucede en las familias, sucede siempre. Debemos reflexionar sobre esto.	Y este descarte, explotación y desprecio, muchas veces sucede al interno de la familia.
Toda la sociedad debe apresurarse a atender a sus ancianos —¡son el tesoro!— cada vez más numerosos, y a menudo también más abandonados. Cuando oímos hablar de ancianos que son despojados de su autonomía, de su seguridad, incluso de su hogar, entendemos que la *ambivalencia de la sociedad* actual en relación con la edad anciana no es un problema de emergencias puntuales, sino un rasgo de esa cultura del descarte que envenena el mundo en el que vivimos. El anciano del salmo confía a Dios su desánimo: «Porque de mí —dice— mis enemigos hablan, los que espían mi alma se conviertan: "¡Dios le ha desamparado, perseguidle, apresadle, pues no hay quien le libere!» (vv.10-11). Las consecuencias son fatales. La vejez no solo pierde su dignidad, sino que se pone en duda incluso que merezca continuar. Así, todos estamos tentados de esconder nuestra propia vulnerabilidad, esconder nuestra enfermedad, nuestra edad y nuestra vejez, porque tememos que sean la	Actualmente existe cierta contradicción en lo que respecta a los ancianos: por un lado se les exalta, se les consideran ciertos derechos, y, hasta cierto punto, se les considera como intocables. Pero por otro lado, tantas veces, se

antesala de nuestra pérdida de dignidad. Preguntémonos: ¿es humano inducir este sentimiento? ¿Por qué la civilización moderna, tan avanzada y eficiente, se siente tan incómoda con la enfermedad y la vejez, esconde la enfermedad, esconde la vejez? ¿Y por qué la política, que se muestra tan comprometida con definir los límites de una supervivencia digna, al mismo tiempo es insensible a la dignidad de una convivencia afectuosa con los ancianos y los enfermos?

les margina y se les priva de aquello que haría más digna y más humana la última fase de su existencia.

El anciano del salmo que hemos escuchado, este anciano que ve su vejez como una derrota, descubre *la confianza en el Señor*. Siente la necesidad de ser ayudado. Y se dirige a Dios. San Agustín, comentando este salmo, exhorta al anciano: «No temas ser abandonado en la debilidad, en la vejez. […] ¿Por qué has de temer que [el Señor] te abandone, que te rechace en la vejez, cuando te falten las fuerzas? Al contrario, en ti residirá su fortaleza, cuando se vaya menguando la tuya» (*PL* 36, 881-882). Y el salmista anciano invoca: «¡Por tu justicia sálvame, libérame! ¡Tiende hacia mí tu oído y sálvame! ¡Sé para mí una roca de refugio, alcázar fuerte que me salve, pues mi roca eres tú y mi fortaleza!» (vv. 2-3). La invocación testimonia la fidelidad de Dios y apela a su capacidad de sacudir las conciencias desviadas por la insensibilidad a la parábola de la vida mortal, que debe ser custodiada en su integridad. Reza así: «¡Oh Dios, no te estés lejos de mí, Dios mío, ven pronto en mi socorro! ¡Confusión y vergüenza sobre aquellos que acusan a mi alma; cúbranse de ignominia y de vergüenza los que buscan mi mal!» (vv. 12-13).

El hecho de que el anciano, autor del Salmo 71, se experimente frágil y vulnerable, no lo deja inerme. Esta misma conciencia lo mueve a buscar en Dios su apoyo, a confiar en Él, a pedirle que sea su roca de refugio y su fortaleza.

De hecho, la vergüenza debería caer sobre aquellos que se aprovechan de la debilidad de la enfermedad y la vejez. La oración renueva en el corazón del anciano la promesa de la fidelidad y de la bendición de Dios. *El anciano redescubre la oración y da testimonio de su fuerza*. Jesús, en los Evangelios, nunca rechaza la oración de quien necesita ayuda. Los ancianos, por su debilidad, pueden enseñar a los que viven otras edades de la vida que *todos necesitamos abandonarnos en el Señor*, invocar su ayuda. En este sentido, todos debemos aprender de la vejez: sí, hay un don en ser anciano entendido como abandonarse al cuidado de los demás, empezando por Dios mismo.

Los ancianos tienen la posibilidad de mostrar a los jóvenes el modo de confiar en Dios y de abandonarse a su ayuda.

Existe entonces un "*magisterio de la fragilidad*", no esconder las fragilidades, no. Son verdaderas, hay una realidad y hay un magisterio de la fragilidad, que la vejez es capaz de recordar de manera creíble para todo el arco de la vida humana. No esconder la vejez, no esconder las fragilidades de la vejez. Esta es una enseñanza para todos nosotros. Este magisterio abre un horizonte decisivo para la reforma de nuestra propia civilización. Una reforma indispensable en beneficio de la convivencia de todos. La marginación de los ancianos tanto conceptual como práctica corrompe todas las etapas de la vida, no sólo la de la ancianidad.

El anciano se convierte en maestro de los jóvenes cuando no esconde su fragilidad. Le muestra al joven como algo que también tendrá que vivir.

Cada uno de nosotros puede pensar hoy en los ancianos de la familia: ¿cómo me relaciono con ellos, los recuerdo, voy a verlos? ¿Trato que no les falte de nada? ¿Los respeto? ¿He cancelado de mi vida a los ancianos que están en mi familia, mamá, papá, abuelo, abuela, tíos, amigos? ¿O voy

¿Cómo es nuestro trato con los ancianos de casa, con papá, mamá,

donde ellos para tomar sabiduría, la sabiduría de la vida? Recuerda que también tú serás anciano o anciana. La vejez viene para todos. Y como tú querrías ser tratado o tratada en el momento de la vejez, trata tú a los ancianos hoy. Son la memoria de la familia, la memoria de la humanidad, la memoria del país. Custodiar los ancianos que son sabiduría. Que el Señor conceda a los ancianos que forman parte de la Iglesia la generosidad de esta invocación y de esta provocación. Que esta confianza en el Señor nos contagie. Y esto, por el bien de todos, de ellos y de nosotros y de nuestros hijos.	el abuelo o la abuela? ¿Los visitamos, los escuchamos, gastamos el tiempo con ellos, apreciamos su sabiduría?

Para orar y compartir	
1	El Salmo 71 es una oración dirigida a Dios por un anciano que pone su confianza en Él. ¿Posibilitamos los espacios y las formas de vida para que nuestros ancianos vivan su vejez en un clima de oración? ¿Vivimos jornadas de oración con ellos?
2	Dos lecciones del **Magisterio de los Ancianos**: nos muestran su fragilidad y nos enseñan a confiar en Dios. ¿Aprendemos de su Magisterio?
3	Invitemos a los ancianos a hacer su propio salmo de confianza y abandono en Dios.

CATEQUESIS 13
NICODEMO. «¿CÓMO PUEDE UNO NACER SIENDO YA VIEJO?» (Jn 3,4)
8 de junio de 2022

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días! Entre las figuras de ancianos más relevantes en los Evangelios está Nicodemo —uno de los jefes de los Judíos— el cual, queriendo conocer a Jesús, pero a escondidas, fue donde él por la noche (cfr. *Jn* 3,1-21). En la conversación de Jesús con Nicodemo emerge el corazón de la revelación de Jesús y de su misión redentora, cuando dice: «Porque tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo único, para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna» (v. 16).	Nicodemo, un anciano judío reconocido, busca de noche a Jesús porque quería pasar de incognito.
Jesús dice a Nicodemo que para "ver el reino de Dios" es necesario "renacer de lo alto" (cfr. v. 3). No se trata de empezar de nuevo a nacer, de repetir nuestra venida al mundo, esperando que una nueva reencarnación abra de nuevo nuestra posibilidad de una vida mejor. Esta repetición no tiene sentido. Es más, vaciaría de todo significado la vida vivida, cancelándola como si fuera un experimento fallido, un valor caducado, un envase desechable. No, no es esto, este nacer de nuevo, del que habla Jesús, es otra cosa. Esta vida es valiosa a los ojos de Dios: nos identifica como criaturas amadas por Él con ternura. El "nacimiento de lo alto", que nos consiente "entrar" en el reino de Dios, es una generación en el Espíritu, un paso entre las aguas hacia la tierra prometida de una creación reconciliada con el amor de Dios. Es un renacimiento de lo alto, con la gracia de Dios. No es un renacer físicamente otra vez.	Tremenda revelación luminosa la que recibe este anciano que quiere pasar desapercibido: «Tanto amó Dios al mundo que le dio a su Hijo Unigénito para que todo el que crea en Él tenga vida eterna».
Nicodemo malinterpreta este nacimiento y hace referencia a la vejez como demostración de su imposibilidad: el ser humano envejece inevitablemente, el sueño de una eterna juventud se aleja definitivamente, la consumación es el puerto de llegada de cualquier nacimiento en el tiempo. ¿Cómo puede imaginarse un destino que tiene forma de nacimiento? Nicodemo piensa así y no encuentra la forma de entender las palabras de Jesús. ¿Qué es este renacer?	¿Qué significar «nacer de nuevo» para un hombre que ya es viejo?
La objeción de Nicodemo es muy instructiva para nosotros. En efecto, podemos invertirla, a la luz de la palabra de Jesús, en el descubrimiento de una misión propia de la vejez. De hecho, ser viejos no sólo no es un obstáculo para el nacimiento de lo alto del que habla Jesús, sino que se convierte en el tiempo oportuno para iluminarlo, deshaciendo el equívoco de una esperanza perdida. Nuestra época y nuestra cultura, que muestran una preocupante tendencia a considerar el nacimiento de un hijo como una simple cuestión de producción y de reproducción biológica del ser humano, cultivan el mito de la eterna juventud como la obsesión —desesperada— de una carne incorruptible. ¿Por qué la vejez es despreciada de tantas maneras? Porque lleva la evidencia irrefutable	Nacer de lo alto, nacer de nuevo se convierte en el tiempo oportuno para iluminar la vejez, sustrayéndola de la pérdida definitiva.

de la destitución de este mito, que quisiera hacernos volver al vientre de la madre, para volver siempre jóvenes en el cuerpo.

La técnica se deja atraer por este mito en todos los sentidos: esperando vencer a la muerte, podemos mantener vivo el cuerpo con la medicina y los cosméticos, que ralentizan, esconden, eliminan la vejez. Naturalmente, una cosa es el bienestar, otra cosa es la alimentación del mito. No se puede negar, sin embargo, que la confusión entre los dos aspectos nos está creando cierta confusión mental. Confundir el bienestar con la alimentación del mito de la eterna juventud. Se hace mucho para tener de nuevo siempre esta juventud: muchos maquillajes, muchas operaciones quirúrgicas para parecer más jóvenes. Me vienen a la mente las palabras de una sabia actriz italiana, la Magnani, cuando le dijeron que iban a quitarle las arrugas, y ella dijo: "¡No, no las retoques! Me ha costado muchos años conseguirlas: ¡no las retoques!". Las arrugas son un símbolo de la experiencia, un símbolo de la vida, un símbolo de la madurez, un símbolo de haber hecho un camino. No retocarlas para resultar jóvenes, jóvenes de aspecto, pero lo que interesa es toda la personalidad, lo que interesa es el corazón, y el corazón permanece con esa juventud del vino bueno, que cuanto más envejece mejor es.

El mito de la eterna juventud siempre es insostenible. Lo inevitable del declive viene. Es mejor admitir la presencia inevitable de las arrugas y las canas. Esto es signo y símbolo de madurez.

La vida en la carne mortal es una bellísima "incompleta": como ciertas obras de arte que precisamente por estar inacabadas tienen un encanto único. Porque la vida aquí abajo es "iniciación", no cumplimiento: venimos al mundo así, como personas reales, como personas que progresan con la edad, pero son para siempre reales. Pero la vida en la carne mortal es un espacio y un tiempo demasiado pequeño para custodiar intacta y llevar a cumplimiento la parte más valiosa de nuestra existencia en el tiempo del mundo. La fe, que acoge el anuncio evangélico del reino de Dios al cual estamos destinados, tiene un primer efecto extraordinario, dice Jesús. La fe nos permite "ver" el reino de Dios. Nos hace capaces de ver realmente las muchas señales de la aproximación de nuestra esperanza a su cumplimiento, a través de todo lo que en nuestra vida lleva el signo de que estamos destinados a la eternidad de Dios.

La carne, en cuanto expresión de nuestra persona que evoluciona, pasa por las diferentes etapas de la vida, «nos dice». Pero también nos abre a un más allá de ella, que no se cumple en este mundo.

Las señales son las del amor evangélico, de muchas maneras iluminadas por Jesús. Y si las podemos "ver", podemos también "entrar" en el reino, con el paso del Espíritu a través del agua que regenera.

Lo importante es dejar iluminar por Cristo cada etapa de la vida.

La vejez es la condición, concedida a muchos de nosotros, en la cual el milagro de este nacimiento de lo alto puede ser asimilado íntimamente y hecho creíble para la comunidad humana: no comunica nostalgia del nacimiento en el tiempo, sino amor por el destino final. En esta perspectiva la vejez tiene una belleza única: caminamos hacia el Eterno. Nadie puede volver a entrar en el vientre de la madre, ni siquiera en su sustituto tecnológico y consumista. Esto no da sabiduría, esto ignora el camino cumplido, esto es artificial. Sería triste, incluso si fuera posible. El viejo camina hacia adelante, el viejo camina hacia el destino, hacia el cielo de Dios, el viejo camina con su sabiduría vivida durante la vida. La vejez, pues, es un tiempo especial para librar el futuro de la ilusión

El «nacer de nuevo», acontecido en el bautismo no nos lleva al inicio, sino que nos lanza al final, a lo definitivo, a la vida de eterna

tecnocrática de una supervivencia biológica y robótica, pero sobre todo porque abre a la ternura del vientre creador y generador de Dios. Aquí, yo quisiera subrayar esta palabra: la ternura de los ancianos. Observad a un abuelo o una abuela cómo miran a los nietos, cómo acarician a los nietos: esa ternura, libre de toda prueba humana, que ha vencido las pruebas humanas y es capaz de dar gratuitamente el amor, la cercanía amorosa del uno por los otros. Esta ternura abre la puerta a entender la ternura de Dios. No olvidemos que el Espíritu de Dios es cercanía, compasión y ternura. Dios es así, sabe acariciar. Y la vejez nos ayuda a entender esta dimensión de Dios que es la ternura. La vejez es el tiempo especial para librar el futuro de la ilusión tecnocrática, es el tiempo de la ternura de Dios que crea, crea un camino para todos nosotros. Que el Espíritu nos conceda la reapertura de esta misión espiritual —y cultural— de la vejez, que nos reconcilia con el nacimiento de lo alto. Cuando pensamos de esta manera en la vejez, entonces nos preguntamos: ¿por qué esta cultura del descarte decide desechar a los ancianos, considerándoles no útiles? Los ancianos son los mensajeros del futuro, los ancianos son los mensajeros de la ternura, los ancianos son los mensajeros de la sabiduría de una vida vivida. Sigamos adelante mirando a los ancianos.	comunión con Dios. Nos abre a la ternura del vientre creador: a querer estar protegidos por Él en el cielo. Y los ancianos, cuando conviven con los nietos, son esa expresión de la ternura de Dios, de alguien que siempre acoge y resguarda.

Para orar y compartir	
1	En el capítulo 3 del Evangelio de Juan se encuentra el encuentro-diálogo de Jesús con Nicodemo. ¿No crees que sería conveniente releerlo para entender mejor esta catequesis del Papa Francisco?
2	«Tanto amó Dios al mundo que le dio a su Hijo Unigénito para que todo aquél que crea en Él no perezca, sino que tenga la vida eterna». ¿Te has puesto a pensar y a meditar en tus adentros lo que se revela en esta afirmación? Nicodemo fue el primer hombre que escuchó esta gran verdad, ¿Qué significaría para Él? Esto cambió su vida.
3	«Nacer de nuevo» y «nacer de lo alto» son dos caras de la misma moneda. Es lo que nos regala el bautismo: vida nueva y vida eterna. ¿Qué nos enseña la vida del anciano Nicodemo que se abre a esta doble verdad? ¿No es que nos coloca en el vientre recreador de Dios, es decir, en el cielo?

CATEQUESIS 14
EL SERVICIO GOZOSO DE LA FE QUE SE APRENDE EN LA GRATITUD
(cfr. Mc 1, 29-31)

15 de junio de 2022

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días! Hemos escuchado la sencilla y conmovedora historia de la sanación de la suegra de Simón —que todavía no era llamado Pedro— en la versión del evangelio de Marcos. El breve episodio es narrado con ligeras pero sugerentes variaciones también en los otros dos evangelios sinópticos. «La suegra de Simón estaba en la cama con fiebre», escribe Marcos. No sabemos si se trataba de una enfermedad leve, pero en la vejez también una simple fiebre puede ser peligrosa. Cuando eres anciano, ya no mandas sobre tu cuerpo. Es necesario aprender a elegir qué hacer y qué no hacer. El vigor del cuerpo falla y nos abandona, aunque nuestro corazón no deja de desear. Por eso es necesario aprender a purificar el deseo: tener paciencia, elegir qué pedir al cuerpo y a la vida. Cuando somos viejos no podemos hacer lo mismo que hacíamos cuando éramos jóvenes: el cuerpo tiene otro ritmo, y debemos escuchar el cuerpo y aceptar los límites. Todos los tenemos. También yo tengo que ir ahora con el bastón.

Se presenta ahora como paradigma la suegra de Pedro. Aquella mujer, que una vez curada, se pone al servicio de Cristo y su naciente Iglesia.

La enfermedad pesa sobre los ancianos de una manera diferente y nueva que cuando uno es joven o adulto. Es como un golpe duro que se abate en un momento ya difícil. La enfermedad del anciano parece acelerar la muerte y en todo caso disminuir ese tiempo de vida que ya consideramos breve. Se insinúa la duda de que no nos recuperaremos, de que "esta vez será la última que me enferme…", y así: vienen estas ideas… No se logra soñar la esperanza en un futuro que aparece ya inexistente. Un famoso escritor italiano, Italo Calvino, notaba la amargura de los ancianos que sufren perder las cosas de antes, más de lo que disfrutan la llegada de las nuevas. Pero la escena evangélica que hemos escuchado nos ayuda a esperar y nos ofrece ya una primera enseñanza: Jesús no va solo a visitar a esa anciana mujer enferma, va con los discípulos. Y esto nos hace pensar un poco.

La enfermedad se acerca de manera particular a los ancianos. Y por la enfermedad misma el anciano, además de reconocerse vulnerable, también es consciente de que se avecina su muerte.

Es precisamente la *comunidad cristiana* que debe cuidar de los ancianos: parientes y amigos, pero la comunidad. La visita a los ancianos debe ser hecha por muchos, juntos y con frecuencia. Nunca debemos olvidar estas tres líneas del Evangelio. Sobre todo hoy que el número de los ancianos ha crecido considerablemente, también en proporción a los jóvenes, porque estamos en este invierno demográfico, se tienen menos hijos y hay muchos ancianos y pocos jóvenes. Debemos sentir la responsabilidad de visitar a los ancianos que a menudo están solos y presentarlos al Señor con nuestra oración. El mismo Jesús nos enseñará a amarlos. «Una sociedad es verdaderamente acogedora de la vida cuando reconoce que ella es valiosa también en la ancianidad, en la discapacidad, en la enfermedad grave e, incluso, cuando se está extinguiendo» (*Mensaje a la Pontificia Academia por la Vida*, 19 de

Jesús, al entrar en la casa de Pedro, va con sus discípulos. Esto nos enseña lo cercano que debe ser también la Iglesia con los ancianos y los enfermos. Jesús no se desentiende de la suegra de Pedro,

febrero de 2014). La vida siempre es valiosa. Jesús, cuando ve a la anciana mujer enferma, la toma de la mano y la sana: el mismo gesto que hace para resucitar esa joven que había muerto, la toma de la mano y hace que se levante, la sana poniéndola de nuevo de pie. Jesús, con este gesto tierno de amor, da la primera lección a los discípulos: la salvación se anuncia o, mejor, se comunica a través de la atención a esa persona enferma; y la fe de esa mujer resplandece en la gratitud por la ternura de Dios que se inclinó hacia ella.	anciana y enferma, la cura y la levanta. Hay salvación para ella.
Vuelvo a un tema que he repetido en estas catequesis: esta cultura del descarte parece cancelar a los ancianos. De acuerdo, no los mata, pero socialmente los cancela, como si fueran un peso que llevar adelante: es mejor esconderlos. Esto es una traición de la propia humanidad, esta es la cosa más fea, esto es seleccionar la vida según la utilidad, según la juventud y no con la vida como es, con la sabiduría de los viejos, con los límites de los viejos. Los viejos tienen mucho que darnos: está la sabiduría de la vida. Mucho que enseñarnos: por esto nosotros debemos enseñar también a los niños que cuiden a los abuelos y vayan donde ellos. El diálogo jóvenes-abuelos, niños-abuelos es fundamental para la sociedad, es fundamental para la Iglesia, es fundamental para la sanidad de la vida. Donde no hay diálogo entre jóvenes y viejos falta algo y crece una generación sin pasado, es decir sin raíces.	Los niños y los jóvenes deben hacerse cercanos a los ancianos. La convivencia y el diálogo entre ellos, humaniza la existencia. No le priva de su riqueza.
Si la primera lección la dio Jesús, la segunda nos la da la anciana mujer, que "se levantó y se puso a servirles". También como ancianos se puede, es más, se debe servir a la comunidad. Está bien que los ancianos cultiven todavía la responsabilidad de servir, venciendo a la tentación de ponerse a un lado. El Señor no los descarta, al contrario, les dona de nuevo la fuerza para servir. Y me gusta señalar que no hay un énfasis especial en la historia por parte de los evangelistas: es la normalidad del seguimiento, que los discípulos aprenderán, en todo su significado, a lo largo del camino de formación que vivirán en la escuela de Jesús.	La primera lección nos la da Jesús curando a aquella mujer. La segunda lección nos la da la mujer, siendo solícita en el servicio.
Los ancianos que conservan la disposición para la sanación, el consuelo, la intercesión por sus hermanos y hermanas —sean discípulos, sean centuriones, personas molestadas por espíritus malignos, personas descartadas… —, son quizá el testimonio más elevado de pureza de esta gratitud que acompaña la fe. Si los ancianos, en vez de ser descartados y apartados de la escena de los eventos que marcan la vida de la comunidad, fueran puestos en el centro de la atención colectiva, se verían animados a ejercer el valioso ministerio de la gratitud hacia Dios, que no se olvida de nadie. La gratitud de las personas ancianas por los dones recibidos de Dios en su vida, así como nos enseña la suegra de Pedro, devuelve a la comunidad la alegría de la convivencia, y confiere a la fe de los discípulos el rasgo esencial de su destino.	El servicio de los ancianos en el corazón del mundo y de la familia es valiosísimo: Ellos pueden también cuidar, consolar, interceder y ofrecerse por sus hermanos.
Pero tenemos que entender bien que el espíritu de la intercesión y del servicio, que Jesús prescribe a todos sus discípulos, no es simplemente una cosa de mujeres: en las palabras y en los gestos de Jesús no hay ni rastro de esta limitación. El servicio evangélico de la gratitud por la	No es que hombres y mujeres ancianos tengan que vivir

ternura de Dios no se escribe de ninguna manera en la gramática del hombre amo y de la mujer sierva. Es más, las mujeres, sobre la gratitud y sobre la ternura de la fe, pueden enseñar a los hombres cosas que a ellos les cuesta más comprender. La suegra de Pedro, antes de que los apóstoles lo entendieran, a lo largo del camino del seguimiento de Jesús, les mostró el camino también a ellos. Y la delicadeza especial de Jesús, que le "tocó la mano" y se "inclinó delicadamente" hacia ella, dejó claro, desde el principio, su sensibilidad especial hacia los débiles y los enfermos, que el Hijo de Dios ciertamente había aprendido de su Madre. Por favor, hagamos que los viejos, que los abuelos, las abuelas estén cerca de los niños, de los jóvenes, para transmitir esta memoria de la vida, para transmitir esta experiencia de la vida, esta sabiduría de la vida. En la medida en que nosotros hacemos que los jóvenes y los viejos se conecten, en esta medida habrá más esperanza para el futuro de nuestra sociedad.	la relación amo-esclavo: el hombre amo y la mujer sierva. ¡No! Ancianos y ancianas han de desplegar su capacidad de servicio a la manera de los discípulos de Cristo.

Para orar y compartir	
1	¿Cuál es la doble enseñanza que nos deja el encuentro que Jesús tiene con la suegra de Pedro? ¿Todo queda en la sanación que Cristo realiza o hay algo más?
2	Recuerda y enumera los muchos beneficios que los niños, los jóvenes y adultos pueden prodigar a los ancianos para levantarlos y hacerles vivir una vida lo más dignamente posible.
3	Recuerda y enumera los muchos beneficios que los ancianos (hombre y mujeres) pueden prodigar a los niños, jóvenes y adultos en su proceso de humanización y cristianización.

CATEQUESIS 15
PEDRO Y JUAN
22 de junio de 2022

Queridos hermanos y hermanas, ¡bienvenidos y buenos días! En nuestro recorrido de catequesis sobre la vejez, hoy meditamos sobre el diálogo entre Jesús resucitado y Pedro al final del Evangelio de Juan (21,15-23). Es un diálogo conmovedor, en el que se refleja todo el amor de Jesús por sus discípulos, y también la sublime humanidad de su relación con ellos, en particular con Pedro: una relación tierna, pero no empalagosa, directa, fuerte, libre, abierta. Una relación de hombres y *en la verdad*. Así, el Evangelio de Juan, tan espiritual, tan elevado, se cierra con una vehemente petición y ofrenda de amor entre Jesús y Pedro, que se entrelaza, con toda naturalidad, con una discusión entre ambos. El evangelista nos advierte: da testimonio de la verdad de los hechos (cf. *Jn* 21, 24). Y es en ellos donde hay que buscar la verdad.

El Papa Francisco se detiene en los últimos diálogos que Jesús tiene con Pedro y Juan al final del 4º Evangelio: Diálogos que revelan la hondura de la amistad.

Podemos preguntarnos: ¿somos capaces nosotros de custodiar el tenor de esta relación de Jesús con los discípulos, según su estilo tan abierto, tan franco, tan directo, tan humanamente real? ¿Cómo es nuestra relación con Jesús? ¿Es así, como la de los apóstoles con Él? ¿No estamos, sin embargo, muy a menudo tentados a encerrar el testimonio del Evangelio en la crisálida de una revelación "azucarada", a la que añadimos nuestra veneración de circunstancia? Esta actitud, que parece de respeto, en realidad nos aleja del verdadero Jesús, e incluso se convierte en ocasión para un camino de fe muy abstracto, muy autorreferencial, muy mundano, que no es el camino de Jesús. Jesús es el Verbo de Dios hecho hombre, y Él se comporta como hombre, Él nos habla como hombre, Dios-hombre. Con esta ternura, con esta amistad, con esta cercanía. Jesús no es como esa imagen azucarada de las estampitas, no: Jesús está a la mano, está cerca de nosotros.

El diálogo franco, cercano y confiado entre Jesús y sus discípulos debe inspirar nuestro modo de dirigirnos a Él. Tratarlo siempre como una persona que se mete en nuestras vidas para acompañarnos.

En el transcurso de la discusión de Jesús con Pedro, encontramos dos pasajes que se refieren precisamente *a la vejez y a la duración del tiempo*: el tiempo del testimonio, el tiempo de la vida. El primer paso es la advertencia de Jesús a Pedro: cuando eras joven eras autosuficiente, cuando seas viejo ya no serás tan dueño de ti y de tu vida. Dímelo a mí que tengo que ir en silla de ruedas, ¡eh! Pero es así, la vida es así: con la vejez te vienen todas estas enfermedades y debemos aceptarlas como vienen, ¿no? ¡No tenemos la fuerza de los jóvenes! Y también *tu testimonio* —dice Jesús— *irá acompañado de esta debilidad*. Tú debes ser testigo de Jesús también en la debilidad, en la enfermedad y en la muerte. Hay un pasaje hermoso de san Ignacio de Loyola que dice: "Así como en la vida, también en la muerte debemos dar testimonio de discípulos de Jesús". El final de la vida debe ser un final de vida de discípulos: de discípulos de Jesús, porque el Señor nos habla siempre según la edad que tenemos. El Evangelista añade su comentario, explicando que Jesús aludía al testimonio extremo, el del martirio y de la muerte. Pero

La advertencia de Jesús a Pedro de «Cuando eras joven ibas a donde querías… cuando seas viejo, otro te ceñirá e irás a donde no quieras», alude a la sujeción como expresión del seguimiento y del servicio en la misión que ha de desplegar Pedro.

podemos comprender bien el sentido de esta advertencia de forma más general: tu *seguimiento* deberá aprender a dejarse instruir y plasmar por tu *fragilidad*, tu impotencia, tu dependencia de los demás, incluso en el vestirse, en el caminar. Pero tú «*sígueme*» (v. 19). El seguimiento de Jesús sigue adelante, con buena salud, con no buena salud, con autosuficiencia y con no autosuficiencia física, pero el seguimiento de Jesús es importante: seguir a Jesús siempre, a pie, corriendo, lentamente, en silla de ruedas, pero seguirle siempre. La sabiduría del seguimiento debe encontrar el camino para permanecer en su profesión de fe —así responde Pedro: «Señor, tú sabes que te quiero» (vv. 15.16.17)—, también en las condiciones limitadas de la debilidad y de la vejez. A mí me gusta hablar con los ancianos mirándolos a los ojos: tienen esos ojos brillantes, esos ojos que te hablan más que las palabras, el testimonio de una vida. Y esto es hermoso, debemos conservarlo hasta el final. Seguir a Jesús así, llenos de vida.	Y tantas veces este servicio misionero se hace acompañar de vulnerabilidad y flaqueza, para que se note que la obra es de Él.
Este coloquio entre Jesús y Pedro contiene una enseñanza valiosa para todos los discípulos, para todos nosotros creyentes. Y también para todos los ancianos. Aprender de nuestra fragilidad y expresar la coherencia de nuestro testimonio de vida en las condiciones de una vida ampliamente confiada a otros, ampliamente dependiente de la iniciativa de otros. Con la enfermedad, con la vejez la dependencia crece y ya no somos autosuficientes como antes; crece la dependencia de los otros y también ahí madura la fe, también ahí está Jesús con nosotros, también ahí brota esa riqueza de la fe bien vivida durante el camino de la vida.	Con la enfermedad y la vejez, nuestra dependencia crece, y se confía al cuidado de los otros.
Pero de nuevo debemos preguntarnos: ¿disponemos de una *espiritualidad* realmente capaz de interpretar el período—ahora largo y extendido—de este tiempo de nuestra debilidad confiada a los demás, más que al poder de nuestra autonomía? ¿Cómo permanecer fieles al seguimiento vivido, al amor prometido, a la justicia buscada cuando éramos capaces de tomar iniciativas, en el tiempo de la fragilidad, en el tiempo de la dependencia, de la despedida, en el tiempo de alejarse del protagonismo de nuestra vida? No es fácil alejarse del ser protagonista, no es fácil.	¿Cómo podemos mantenernos en el seguimiento y servicio cuando la dependencia crece y cuando lo autonomía se viene a menos?
Este nuevo tiempo es también un tiempo de prueba, ciertamente. Empezando por la tentación —muy humana, sin duda, pero también muy insidiosa— de conservar nuestro protagonismo. Y a veces el protagonismo debe disminuir, debe abajarse, aceptar que la vejez te disminuye como protagonista. Pero tendrás otra forma de expresarte, otra forma de participar en la familia, en la sociedad, en el grupo de los amigos. Y es la curiosidad que le viene a Pedro: "¿Y él?", dice Pedro, viendo al discípulo amado que los seguía (cf. vv. 20-21). Meter la nariz en la vida de los otros. Pues, no. Jesús le dice: "¡Cállate!". ¿Realmente tiene que estar en "mi" seguimiento? ¿Acaso debe ocupar "mi" espacio? ¿Será mi sucesor? Son preguntas que no sirven, que no ayudan. ¿Debe durar más que yo y tomar mi lugar? Y la respuesta de Jesús es franca e incluso áspera: «¿Qué te importa? Tú, sígueme» (v. 22). Como diciendo: cuida de tu vida, de tu situación actual y no metas la nariz en la vida de	Y cuando esta dependencia crece, ¿qué espacio le damos a la generación de reemplazo? ¿Somos capaces de dejar que actúen en libertad siguiendo y sirviendo a Jesús a su manera y no según nuestra

los otros. Tú sígueme. Esto sí, es importante: el seguimiento de Jesús, seguir a Jesús en la vida y en la muerte, en la salud y en la enfermedad, en la vida cuando es próspera con muchos éxitos y también en la vida difícil con tantos momentos duros de caída. Y cuando queremos meternos en la vida de los otros, Jesús responde: "¿A ti qué te importa? Tú sígueme". Hermoso. Nosotros ancianos no deberíamos tener envidia de los jóvenes que toman su camino, que ocupan nuestro lugar, que duran más que nosotros. El honor de nuestra fidelidad al amor jurado, la fidelidad al seguimiento de la fe que hemos creído, incluso en las condiciones que nos acercan a la despedida de la vida, son nuestro título de admiración para las generaciones venideras y de reconocimiento agradecido por parte del Señor. Aprender a despedirse: esta es la sabiduría de los ancianos. Pero despedirse bien, con la sonrisa; aprender a despedirse en sociedad, a despedirse con los otros. La vida del anciano es una despedida, lenta, lenta, pero una despedida alegre: he vivido la vida, he conservado mi fe. Esto es hermoso, cuando un anciano puede decir esto: "He vivido la vida, esta es mi familia; he vivido la vida, he sido un pecador, pero también he hecho el bien". Y esta paz que viene, esta es la despedida del anciano.	visión y nuestros presupuestos? Los ancianos no deberían tener envidia de los jóvenes. Ellos son su legítimo reemplazo. Hay que abrirles espacio y aprender a despedirse de ellos con dignidad.
Incluso el seguimiento forzosamente inactivo, hecho de contemplación emocionada y de escucha extasiada de la palabra del Señor —como la de María, hermana de Lázaro— se convertirá en la mejor parte de su vida, de la vida de nosotros los ancianos. Que nunca esta parte nos será quitada, nunca (cf. *Lc* 10,42). Miremos a los ancianos, mirémoslos, y ayudémosles para que puedan vivir y expresar su sabiduría de vida, que puedan darnos lo que tienen de hermoso y de bueno. Mirémoslos, escuchémoslos. Y nosotros ancianos, miremos a los jóvenes siempre con una sonrisa: ellos seguirán el camino, ellos llevarán adelante lo que hemos sembrado, también lo que nosotros no hemos sembrado porque no hemos tenido la valentía o la oportunidad: ellos lo llevarán adelante. Pero siempre con esta relación de reciprocidad: un anciano no puede ser feliz sin mirar a los jóvenes y los jóvenes no pueden ir adelante en la vida sin mirar a los ancianos. Gracias.	A los ancianos, por su condición de vida, les favorece la actitud contemplativa de quien escucha y mira con amor. A su edad se favorece más lo que escogió María la hermana de Lázaro.

Para orar y compartir	
1	La relación discipular de Pedro el viejo con Juan el joven, propio de esta catequesis, ¿qué es lo que enseña a quienes llevamos adelante la misión en la Iglesia?
2	¿Admito que la expresión «otro te ceñirá e irás a donde no quieras», es algo inevitable en la vida de los ancianos que, por su fragilidad vulnerable, dependen más de los adultos y de los jóvenes?
3	¿Reconoces a alguna(s) persona(s) que en su profesión o en la Iglesia, han preparado bien el terreno para que otros ocupen su lugar y que, incluso, miran a la generación entrante con alegría, amor y esperanza?

CATEQUESIS 16
«VOY A PREPARAROS UN LUGAR» *(cf. Jn 14,2).*
LA VEJEZ, TIEMPO PROYECTADO HACIA EL CUMPLIMIENTO

10 de agosto de 2022

¡Queridos hermanos y hermanas, buenos días! Hemos llegado a las últimas catequesis dedicadas a la vejez. Hoy nos adentramos en la conmovedora intimidad de la despedida de Jesús de los suyos, ampliamente recogida en el Evangelio de Juan. El discurso de despedida comienza con palabras de consuelo y de promesa: «No se turbe vuestro corazón» (14,1); «Y cuando haya ido y os haya preparado un lugar, volveré y os tomaré conmigo, para que donde esté yo estéis también vosotros» (14, 3). Hermosas palabras, estas, del Señor.

En la despedida de con los suyos, Jesús les promete que les va preparar un lugar para asegurar la cercanía en el cielo.

Anteriormente, Jesús le había dicho a Pedro: Tu «me seguirás más tarde» (13, 36), recordándole el paso a través de la fragilidad de su fe. El tiempo de vida que les queda a los discípulos será, inevitablemente, un camino a través de la fragilidad del testimonio y a través de los desafíos de la fraternidad. Pero también será un camino a través de las emocionantes bendiciones de la fe: «el que crea en mí, hará él también las obras que yo hago, y hará mayores» (14, 12). ¡Piensen qué promesa es esta! No sé si pensamos a fondo en ello, si creemos en ello en el fondo. No sé… a veces creo que no…

Jesús, asegura a Pedro que le seguirá más tarde: Pedro corre el mismo destino de Cristo: en su pasión y en su victoria.

La vejez es el momento propicio para el testimonio conmovedor y alegre de esta espera. El anciano y la anciana están a la espera, a la espera de un encuentro. En la vejez, las obras de la fe, que nos acercan a nosotros y a los demás al reino de Dios, están ya más allá del poder de las energías, palabras e impulsos de la juventud y la madurez. Pero hacen aún más transparente la promesa del verdadero destino de la vida. ¿Y cuál es el verdadero destino de la vida? Un lugar en la mesa con Dios, en el mundo de Dios. Sería interesante ver si existe alguna referencia específica en las iglesias locales, destinada a revitalizar este ministerio especial de espera del Señor —es un ministerio, el ministerio de la espera del Señor— fomentando los carismas individuales y las cualidades comunitarias de la persona mayor.

¿Qué pueden hacer los ancianos y las ancianas en los últimos días de su vida? Prepararse para la espera, para la ESPERA DEFINITIVA.

Una vejez que se consume en el desconsuelo de las oportunidades perdidas trae consigo el desconsuelo para uno mismo y para todos. En cambio, la vejez vivida con dulzura, vivida con respeto por la vida real disuelve definitivamente el malentendido de una potencia que debe bastarse a sí misma y a su propio éxito. Incluso disuelve el malentendido de una Iglesia que se adapta a la condición mundana, pensando así en gobernar definitivamente su perfección y realización. Cuando nos liberamos de esta presunción, el tiempo de envejecimiento que Dios nos concede es ya en sí mismo una de esas obras "mayores" de las que habla Jesús. De hecho, es una obra que a Jesús no le fue dada: ¡su muerte, resurrección y ascensión al cielo la hicieron posible para nosotros!

Y esta espera definitiva no está hecha de derrotismo o anquilosamiento. Es una espera que puede ser vivida con dulzura, realismo y compromiso. Trabajando por

Recordemos que "el tiempo es superior al espacio". Es la ley de la iniciación. Nuestra vida no está destinada a cerrarse sobre sí misma, en una imaginaria perfección terrenal: está destinada a ir más allá, a través del paso de la muerte —porque la muerte es un paso—. En efecto, nuestro lugar estable, nuestro punto de llegada no está aquí, está junto al Señor, donde Él habita para siempre.	dejar un mundo abierto a Dios. Pues a ello orienta esta etapa de la vida.
Aquí, en la tierra, comienza el proceso de nuestro "noviciado": somos aprendices de la vida, que —en medio de mil dificultades— aprendemos a apreciar el don de Dios, honrando la responsabilidad de compartirlo y hacerlo fructificar para todos. El tiempo de vida en la tierra es la gracia de este paso. La pretensión de detener el tiempo —querer la juventud eterna, la riqueza ilimitada, el poder absoluto— no sólo es imposible, sino que es delirante.	El Papa Francisco invita a vivir la estancia en la tierra como período de noviciado del Cielo.
Nuestra existencia en la tierra es el momento de la iniciación a la vida: es vida, pero que te lleva adelante a una vida más plena, la iniciación de una más plena: una vida que sólo encuentra su plenitud en Dios. Somos imperfectos desde el principio y seguimos siendo imperfectos hasta el final. En el cumplimiento de la promesa de Dios, la relación se invierte: el espacio de Dios, que Jesús nos prepara con todo cuidado, es superior al tiempo de nuestra vida mortal. Pues bien: la vejez acerca la esperanza de esta realización.	La existencia terrena es sólo tiempo de iniciación. Acerca a la realización de la promesa de Dios: la vida de eterna comunión con Dios en el Cielo.
La vejez conoce definitivamente el sentido del tiempo y las limitaciones del lugar en el que vivimos nuestra iniciación. La vejez es sabia por eso: los ancianos son sabios por eso. Por eso es creíble cuando nos invita a alegrarnos del paso del tiempo: no es una amenaza, es una promesa. La vejez es noble, no necesita maquillarse para hacer ver la propia nobleza. Tal vez el maquillaje va cuando falta la nobleza. La vejez es creíble cuando invita a alegrarse del paso del tiempo: pero el tiempo pasa y esto no es una amenaza, es una promesa. La vejez que redescubre la profundidad de la mirada de la fe, no es conservadora por naturaleza, como dicen. El mundo de Dios es un espacio infinito, sobre el que el paso del tiempo ya no tiene ningún peso. Y fue precisamente en la Última Cena cuando Jesús se proyectó hacia esta meta, cuando dijo a sus discípulos: «Desde ahora no beberé de este producto de la vid hasta el día aquel en que lo beba con vosotros, nuevo, en el Reino de mi Padre» (*Mateo* 26, 29). Fue más allá. En nuestra prédica, el Paraíso suele estar justamente lleno de dicha, de luz, de amor. Quizá le falte un poco de vida. Jesús, en las parábolas, hablaba del reino de Dios poniendo más vida. ¿Ya no somos capaces de esto nosotros, al hablar de la vida que continúa?	La vejez, como acercamiento a la muerte, no es amenaza sino promesa. Sin maquillarla, se puede exaltar su nobleza: nos pone a punto de alcanzar nuestra más grande altura: el Cielo, la eterna comunión con Dios.
Queridos hermanos y hermanas, la vejez, vivida en la espera del Señor, puede convertirse en la "apología" realizada de la fe, que da razón de nuestra esperanza para todos (cf. *1 Pe* 3,15). Porque la vejez hace transparente la promesa de Jesús, que se proyecta hacia la Ciudad Santa de la que habla el libro del Apocalipsis (capítulos 21-22). La vejez es la fase de la vida más adecuada para difundir la alegre noticia de que la vida es una iniciación a una realización final. Los viejos son una promesa, un	Los ancianos nos han de recordar que están a punto de hacer su partida definitiva, a punto de realizar

testimonio de promesa. Y lo mejor está por llegar. Lo mejor está por llegar: es como el mensaje del anciano y de la anciana creyentes, lo mejor está por venir. ¡Que Dios conceda a todos nosotros una vejez capaz de esto!	el más grande y mejor de sus viajes.
Al final de la catequesis, el Papa dirigió su pensamiento al pueblo ucraniano "que sigue sufriendo esta cruel guerra" y a los millones "que llegan continuamente", invitando a los fieles de lengua italiana presentes en el Aula Pablo VI a "ser constructores de unidad y de paz en el país, en la Iglesia y en la sociedad". Tras los saludos a los distintos grupos de peregrinos, la audiencia concluyó con el canto del Pater Noster y la bendición apostólica impartida por el Papa.	Llamamiento a ser constructores de paz y unida. Recemos un *Pater Noster* por la paz.
Saludo cordialmente a los peregrinos de lengua española; chilenos, mexicanos, argentinos, hay de todo hoy. Quiero expresar mi cercanía de modo especial a los afectados en la tragedia causada por las explosiones y el incendio en la Base petrolera de Matanzas, en Cuba. Pidámosle a nuestra Madre, Reina del cielo, que vele por las víctimas de esta tragedia y sus familias. Y que interceda por todos nosotros ante el Señor, para que sepamos dar testimonio de la fe y la esperanza en la "vida del mundo futuro". Que Dios los bendiga. Muchas gracias.	El Papa Francisco saluda a los peregrinos y nos pide que recemos por los afectados.

Para orar y compartir	
1	¿Conoces el contenido y el significado de Jn. 14? Ahí Jesús habla de lugar que va a preparar en la casa eterna del Padre para aquellos que son suyos.
2	¿No es acaso que quien se ha hecho amigo de Cristo durante su estancia en la tierra, también quisiera estar cerca de Él en el Cielo? ¿Es creciente el deseo de cielo en mí y en los míos? ¿Me gusta exponer la Buena Nueva del Cielo?
3	¿Por qué la conciencia y el deseo de cielo nos debe comprometer más en la construcción de nuestro mundo y en el empeño por dejarlo en mejores condiciones de como lo encontramos?

CATEQUESIS 17
EL "ANCIANO DE LOS DÍAS"
LA VEJEZ TRANQUILIZA SOBRE EL DESTINO A LA VIDA QUE YA NO MUERE

17 de agosto de 2022

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días! Las palabras del sueño de Daniel, que hemos escuchado, evocan una visión de Dios misteriosa y a la vez luminosa. Una visión que el libro del Apocalipsis retoma al comienzo, referida a Jesús Resucitado, que se aparece al Vidente como Mesías, Sacerdote y Rey, eterno, omnisciente e inmutable (1,12-15). Pone su mano sobre el hombro del Vidente y lo tranquiliza: «No temas, soy yo, el Primero y el Último, el que vive. Estuve muerto, pero ahora estoy vivo por los siglos de los siglos» (vv. 17-18). Desaparece así la última barrera de miedo y angustia que siempre ha suscitado la teofanía: el Viviente nos tranquiliza, nos da seguridad. Él también está muerto, pero ahora ocupa el lugar que le ha sido destinado: el del Primero y el Último.

Cristo es el primero y el último, es EL VIVIENTE. A Él es quien ve el vidente del Apocalipsis. El Viviente es quien nos tranquiliza y nos da seguridad.

En este entramado de símbolos —aquí hay muchos símbolos— hay un aspecto que tal vez nos ayude a comprender mejor el vínculo de esta teofanía, esta manifestación de Dios, con el ciclo de la vida, el tiempo de la historia, el señorío de Dios para el mundo creado. Y este aspecto tiene que ver con la vejez. ¿Qué tiene que ver? Veamos.

El, que es dueño del tiempo y de la historia, también lo es de la eternidad.

La visión comunica una sensación de vigor y fuerza, nobleza, belleza y encanto. El vestido, los ojos, la voz, los pies, todo es espléndido en esa visión: ¡es una visión! Sin embargo, su cabello es blanco: como la lana, como la nieve. Como el de un anciano. El término bíblico más difundido para designar a los ancianos es "*zaqen*": de "*zaqan*", que significa "barba". El cabello blanco es el símbolo antiguo de un tiempo muy largo, de un pasado inmemorial, de una existencia eterna. No hay que desmitificarlo todo con los niños: la imagen de un Dios anciano con el pelo blanco no es un símbolo trivial, es una imagen bíblica, es una imagen noble y también una imagen tierna. La figura que en el Apocalipsis está entre los candelabros de oro se superpone a la del "Anciano de Días" de la profecía de Daniel. Es viejo como toda la humanidad, y aún más. Es viejo y nuevo como la eternidad de Dios. Porque la eternidad de Dios es así, antigua y nueva, porque Dios siempre nos sorprende con su novedad, siempre sale a nuestro encuentro, cada día de una manera especial, para ese momento, para nosotros. Siempre se renueva: Dios es eterno, lo es desde siempre, podemos decir que hay como una vejez en Dios, no es así, pero es eterno, se renueva.

La figura de Cristo en Apoc. 1 aparece como un anciano joven. La barba y el cabello blanco hacen pensar que es alguien con un pasado inmemorial, con una existencia eterna. Es viejo y nuevo como la eternidad de Dios.

En las Iglesias orientales, la fiesta del Encuentro con el Señor, que se celebra el 2 de febrero, es una de las doce grandes fiestas del año litúrgico. Pone de relieve el encuentro de Jesús con el anciano Simeón en el Templo, destaca el encuentro de la humanidad, representada por los ancianos Simeón y Ana, con Cristo Señor pequeño, el Hijo eterno de Dios

El Hijo eterno de Dios en manos del anciano Simeón y

hecho hombre. Una representación muy hermosa de este encuentro se puede admirar en Roma en los mosaicos de Santa María en Trastévere.

contemplado por la profetisa Ana.

La liturgia bizantina reza con Simeón: «Éste es el que nació de la Virgen: es el Verbo, Dios de Dios, el que se encarnó por nosotros y salvó al hombre». Y prosigue: "Que se abra hoy la puerta del cielo: el Verbo eterno del Padre, asumiendo un principio temporal, sin salir de su divinidad, es presentado por su voluntad al templo de la Ley por la Virgen Madre y el anciano lo toma en sus brazos». Estas palabras expresan la profesión de fe de los cuatro primeros Concilios Ecuménicos, que son sagrados para todas las Iglesias. Pero el gesto de Simeón es también *el icono más hermoso para la especial vocación de la vejez*, mirando a Simeón vemos el icono más hermoso de la vejez: presentar a los niños que vienen al mundo como un don ininterrumpido de Dios, sabiendo que uno de ellos es el Hijo engendrado en la intimidad misma de Dios, antes de todos los siglos.

Jesús, el Verbo que se encarnó y nació de la Virgen, ya existía en el eterno arcano de Dios. Y ahora el anciano Simeón lo toma en sus brazos y la profetisa Ana habla de Él.

La vejez, encaminada hacia un mundo donde finalmente el amor que Dios ha puesto en la Creación podrá irradiarse sin obstáculos, debe hacer este gesto de Simeón y Ana, antes de su despedida. *La vejez debe dar testimonio* —esto para mí es el núcleo, lo más central de la vejez— - *la vejez debe dar testimonio a los niños de su bendición*: y esta consiste en su iniciación —hermosa y difícil— en el misterio de un destino de vida que nadie puede aniquilar. Ni siquiera la muerte. Dar testimonio de fe ante un niño es sembrar esta vida; también, dar testimonio de humanidad y de fe es vocación de los ancianos. Dar testimonio a los niños de la realidad que han vivido, pasar el testimonio. Los viejos estamos llamados a esto, a pasar el testimonio, para que ello lo lleven adelante.

El gesto de Simeón es el Icono más hermoso para expresar la vocación de la vejez: Presentar los niños al mundo como don de Dios, bendecirlos.

El testimonio de los ancianos *es creíble para los niños*: los jóvenes y los adultos no son capaces de darlo con tanta autenticidad, tanta ternura, y de manera tan conmovedora, como pueden hacer los ancianos, los abuelos. Cuando el anciano bendice la vida que viene a su encuentro, desechando cualquier resentimiento por la vida que se va, es irresistible. No está amargado porque pasa el tiempo y está a punto de irse: no. Es con esa alegría del buen vino, del vino que se ha vuelto bueno con los años. El testimonio de los ancianos une las edades de la vida y las mismas dimensiones del tiempo: pasado, presente y futuro, porque ello no son solo la memoria, son el presente y también la promesa. Es doloroso —y dañoso— ver que las edades de la vida se conciben como mundos separados, que compiten entre sí y tratan de vivir unos a expensas de los otros: esto no está bien. La humanidad es antigua, muy antigua, si miramos el tiempo del reloj. Pero el Hijo de Dios, que nació de una mujer, es el Primero y el Último de todos los tiempos. Significa que nadie queda fuera de su generación eterna, de su fuerza espléndida, de su proximidad amorosa.

La vocación del anciano es dar testimonio de su fe y bendecir. Al hacer esto con autenticidad y ternura, son convincentes ante las generaciones de los niños y de los jóvenes. La tradición y el testimonio entregado por ellos, une a las generaciones.

La alianza —y digo *alianza*—, *la alianza de los ancianos y de los niños salvará a la familia humana*. Donde los niños, donde los jóvenes hablan con los viejos, hay futuro; si no hay diálogo entre viejos y jóvenes, el

La alianza entre ancianos y niños salva a la familia

futuro no está claro. La alianza de los ancianos y los niños salvará a la familia humana. ¿Podríamos, por favor, devolver a los niños, que deben aprender a nacer, el tierno testimonio de los ancianos que poseen la sabiduría de morir? Esta humanidad, que con todo su progreso parece una adolescente nacida ayer, ¿podrá recuperar la gracia de una vejez que mantiene firme *el horizonte de nuestro destino?* La muerte es ciertamente un paso difícil en la vida, para todos nosotros: es un paso difícil. Todos tenemos que ir allí, pero no es fácil. Pero la muerte es también el paso que cierra el tiempo de la incertidumbre y tira el reloj: es difícil, porque ese es el paso de la muerte. Porque la belleza de la vida, que ya no caduca, comienza en ese momento. Pero comienza con la sabiduría de ese hombre y esa mujer, ancianos, que son capaces de dar testimonio a los jóvenes. Pensemos en el diálogo, en la alianza de los viejos y los niños, de los viejos con los jóvenes, y procuremos que este vínculo no se corte. Que los viejos tengan la alegría de hablar, de expresarse con los jóvenes y que los jóvenes busquen a los viejos para tomar de ellos la sabiduría de la vida.	humana. Por ello no hay que cancelarlos ni hacerlos extraños. Recuperemos la infancia y la vejez, no aisladas, sino aliadas; no extrañas, sino entrañas. Avecinemos al nacer y el morir, como parte el misterio de la vida.

Para orar y compartir	
1	Acerquémonos a la figura de Cristo presentada por el Capítulo I del libro del Apocalipsis. En Él se integra lo nuevo y lo viejo, lo joven y lo eterno. Cristo, en su misterio de encarnación, integra todo.
2	¿De qué manera inspiran los gestos de Simeón y Ana la acogida de la vida, cuando ellos se acercan al RECIÉN NACIDO para acogerlo y hablar bien de Él?
3	¿Cómo podremos ayudar para que los ancianos descubran su vocación de no condenar la vida humana sino acogerla y bendecirla? ¿De entregar a los niños y a los jóvenes su testimonio de fe?
4	Cumplido el propósito de la vida que cada uno de nosotros ha alcanzado, ¿podrá abrirse con confianza para ir al encuentro de quien es el Alfa y la Omega, el Principio y el Fin, el Testigo Fiel?

CATEQUESIS 18
LOS DOLORES DE PARTO DE LA CREACIÓN
LA HISTORIA DE LA CRIATURA COMO MISTERIO DE GESTACIÓN

24 de agosto de 2022

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días! Hace unos días celebramos la Asunción al cielo de la Madre de Jesús. Este misterio ilumina el cumplimiento de la gracia que configuró el destino de María, y también ilumina nuestro destino. El destino es el cielo. Con esta imagen de la Virgen asunta al cielo, quisiera concluir el ciclo de catequesis sobre la vejez. En Occidente la contemplamos elevada hacia lo alto envuelta en una luz gloriosa; en Oriente se la representa tendida, durmiente, rodeada de los Apóstoles en oración, mientras el Señor Resucitado la sostiene en sus manos como a una niña.

Con el misterio de la Asunción de María se concluye el Ciclo de Catequesis sobre la Vejez.

La teología siempre ha reflexionado sobre la relación de esta singular "asunción" con la muerte, que el dogma no define. Creo que sería aún más importante explicitar la relación de este misterio con la resurrección del Hijo, que abre el camino a la generación de la vida para todos nosotros. En el acto divino del reencuentro de María con Cristo resucitado, no sólo se supera la corrupción corporal normal de la muerte humana, no solo esto, se anticipa la asunción corporal de la vida de Dios. De hecho, el destino de la resurrección que nos ocupa es anticipado: porque, según la fe cristiana, el Resucitado es el primogénito de muchos hermanos y hermanas. El Señor resucitado es el que fue primero, el que resucitó primero, luego iremos nosotros: este es nuestro destino: resucitar.

Aunque la Asunción de María tiene algo que ver con la condición mortal, más tiene que ver con la Resurrección de Cristo. Pues Cristo es el primer humano entrado al Cielo… Y luego, María.

Podríamos decir —siguiendo las palabras de Jesús a Nicodemo— que es un poco como un segundo nacimiento (cf. *Jn* 3,3-8). Si el primero fue un nacimiento en la tierra, este segundo es el nacimiento en el cielo. No es casualidad que el apóstol Pablo, en el texto leído al principio, hable de los dolores de parto (cf. *Rm* 8,22). Así como, en cuanto salimos del vientre de nuestra madre, seguimos siendo nosotros, el mismo ser humano que estaba en el vientre, así, después de la muerte, nacemos al cielo, al espacio de Dios, y seguimos siendo nosotros los que hemos caminado por esta tierra. De la misma manera que le ocurrió a Jesús: el Resucitado sigue siendo Jesús: no pierde su humanidad, su experiencia vivida, ni siquiera su corporeidad, no, porque sin ella ya no sería Él, no sería Jesús: es decir, con su humanidad, con su experiencia vivida.

La entrada al cielo es como un segundo nacimiento. Es aquello de lo que Jesús ha hablado con Nicodemo. Con nuestra misma humanidad, es con la que entramos al Cielo.

La experiencia de los discípulos, a los que se les aparece durante cuarenta días después de su resurrección, nos lo dice. El Señor les muestra las heridas que sellaron su sacrificio; pero ya no son la fealdad del desaliento dolorosamente sufrido, ahora son la prueba indeleble de su amor fiel hasta el final. ¡Jesús resucitado con su cuerpo vive en la intimidad trinitaria de Dios! Y en ella no pierde su memoria, no abandona su historia, no disuelve las relaciones en las que vivió en la

Hay identidad entre el crucificado y el resucitado. De ello dan fe las llagas que Cristo resucitado

tierra. Prometió a sus amigos: «Y cuando haya ido y os haya preparado un lugar, volveré y os tomaré conmigo, para que donde esté yo estéis también vosotros» (*Jn* 14,3). Él se fue para preparar un lugar para todos nosotros, y habiendo preparado un lugar vendrá. No sólo vendrá al final por todos, sino que vendrá cada vez por cada uno de nosotros. Vendrá a buscarnos para llevarnos a Él. En este sentido, la muerte es un poco un peldaño hacia el encuentro con Jesús que me está esperando para llevarme a Él.

El Resucitado vive en el mundo de Dios, donde hay un lugar para todos, donde se está formando una nueva tierra y se está construyendo la ciudad celestial, la morada definitiva del hombre. No podemos imaginar esta transfiguración de nuestra corporeidad mortal, pero estamos seguros de que mantendrá nuestros rostros reconocibles y nos permitirá seguir siendo humanos en el cielo de Dios. Nos permitirá participar, con sublime emoción, en la infinita y dichosa exuberancia del acto creador de Dios, cuyas interminables aventuras viviremos en primera persona.

Cuando Jesús habla del Reino de Dios, lo describe como una comida de bodas, como una fiesta con amigos, como el trabajo que hace que la casa esté perfecta: es la sorpresa que hace que la cosecha sea más rica que la siembra. Tomar en serio las palabras evangélicas sobre el Reino permite que nuestra sensibilidad disfrute del amor activo y creador de Dios, y nos pone en sintonía con el destino inédito de la vida que sembramos. En nuestra vejez, queridos amigos, y me dirijo a los "viejos" y a las "viejitas", en nuestra vejez se agudiza la importancia de tantos "detalles" de los que se compone la vida: una caricia, una sonrisa, un gesto, un trabajo apreciado, una sorpresa inesperada, una alegría hospitalaria, un vínculo fiel. Lo esencial de la vida, lo que más apreciamos al acercarnos a la despedida, se nos hace definitivamente claro. Pues bien, esta sabiduría de la vejez es el lugar de nuestra gestación, que ilumina la vida de los niños, los jóvenes, los adultos y de toda la comunidad. Los "viejos" debemos ser esto para los demás: luz para los demás. Toda nuestra vida es como una semilla que tendrá que ser enterrada para que nazca su flor y su fruto. Nacerá, junto con todo lo demás en el mundo. No sin dolores de parto, no sin dolor, pero nacerá (cf. *Jn* 16,21-23). Y la vida del cuerpo resucitado será ciento y mil veces más viva que la que hemos probado en esta tierra (cf. *Mc* 10,28-31).

El Señor Resucitado, no por casualidad, mientras espera a los Apóstoles junto al lago, asa un poco de pescado (cf. *Jn* 21,9) y luego se lo ofrece. Este gesto de amor solidario nos permite vislumbrar lo que nos espera al cruzar a la otra orilla. Sí, queridos hermanos y hermanas, sobre todo vosotros, los ancianos, lo mejor de la vida aún lo tenemos que ver; "Pero somos viejos, ¿qué más tenemos que ver?". Lo mejor, porque lo mejor de la vida está aún por llegar. Esperamos esta plenitud de vida que nos espera a todos, cuando el Señor nos llame. Que la Madre del Señor y nuestra Madre, que nos ha precedido al cielo, nos devuelva el estremecimiento de la espera, porque no es una espera anestesiada, no es una espera aburrida, no, es una espera con estremecimiento:

muestra a sus apóstoles cuando se les aparece.

Cristo resucitado vive ya en la inmediatez de su Padre Dios, donde quiere que estemos toda la comunidad de hermanos que nos hemos unido a Él por la fe y por la caridad.

Las imágenes escatológicas usadas por Jesús, para expresarnos la realidad de la vida eterna son diversas.

A los "viejitos" y a las "viejitas" no se les olvide dar y recibir tantos detalles que preparan a la eternidad: una caricia, una sonrisa, un gesto, un trabajo apreciado, una sorpresa inesperada, un vínculo fiel.

¡Qué detalles no tiene Jesús, cuando se aparece a sus apóstoles! Les saluda, les muestra sus llagas, desayuna

"¿Cuándo vendrá mi Señor? ¿Cuándo podré ir allá?" Un poco de miedo, porque este pasaje no sé lo que significa y pasar por esa puerta da un poco de miedo, pero siempre está la mano del Señor que te hace avanzar y una vez atravesada la puerta hay fiesta. Tengamos cuidado, queridos "viejos" y queridas "viejitas", tengamos cuidado, Él nos espera, sólo un paso y luego la fiesta.	con ellos, les da las últimas instrucciones.

Para orar y compartir	
1	Cuando medito en la Asunción de María, ¿también pienso en la Resurrección de Cristo y en su Ascensión al Cielo?
2	Por la unidad en identidad de la persona: quien muere es quien resucita. ¿Pienso en mi vida eterna y en la vida eterna de los demás, continuando con mi misma persona y los demás con su misma persona? Sólo así se conserva el sentido unitario de la vida. Los mismos que morimos con Cristo, resucitaremos con Cristo.
3	¿Por qué es importante que ancianos y jóvenes compartan un sinnúmero de detalles antes de su partida al Cielo? ¿No es que la tierra es antesala que prepara el Cielo?

PAPA JUAN PABLO II
LOS ANCIANOS EN LA COMUNIDAD FAMILIAR
En *Familiaris Consortio* (1981) y en *Evagelium Vitae* (1995)

Exhortación Postsinodal Familiaris Consortio, sobre la familia en el mundo actual
22/Nov/1981

Los ancianos en familia

27. Hay culturas que manifiestan una singular veneración y un gran amor por el anciano; lejos de ser apartado de la familia o de ser soportado como un peso inútil, el anciano permanece inserido en la vida familiar, sigue tomando parte activa y responsable —aun debiendo respetar la autonomía de la nueva familia— y sobre todo desarrolla la preciosa misión de testigo del pasado e inspirador de sabiduría para los jóvenes y para el futuro.

En muchas culturas el anciano es alguien muy tomado en cuenta dentro de la familia.

Otras culturas, en cambio, especialmente como consecuencia de un desordenado desarrollo industrial y urbanístico, han llevado y siguen llevando a los ancianos a formas inaceptables de marginación, que son fuente a la vez de agudos sufrimientos para ellos mismos y de empobrecimiento espiritual para tantas familias.

Otras, lo han marginado, haciéndole sufrir, privándose de su gran aporte.

Es necesario que la acción pastoral de la Iglesia estimule a todos a descubrir y a valorar los cometidos de los ancianos en la comunidad civil y eclesial, y en particular en la familia. En realidad, «la vida de los ancianos ayuda a clarificar la escala de valores humanos; hace ver la continuidad de las generaciones y demuestra maravillosamente la interdependencia del Pueblo de Dios. Los ancianos tienen además el carisma de romper las barreras entre las generaciones antes de que se consoliden: ¡Cuántos niños han hallado comprensión y amor en los ojos, palabras y caricias de los ancianos! y ¡cuánta gente mayor no ha subscrito con agrado las palabras inspiradas "la corona de los ancianos son los hijos de sus hijos" (*Prov* 17, 6)!»[79].

Es necesario que todos: familia, sociedad e Iglesia, redescubramos y revaloremos su papel. Dan continuidad a las generaciones y enriquecen la cultura de los niños.

Carta Encíclica Evangelium Vitae, sobre el valor y el carácter inviolable de la vida humana
25/Marzo/1995

«¡Tengo fe, aún cuando digo: "Muy desdichado soy"!» (*Sal* 115, 10):
la vida en la vejez y en el sufrimiento

46. También en lo relativo a los últimos momentos de la existencia, sería anacrónico esperar de la revelación bíblica una referencia expresa a la problemática actual del respeto de las personas ancianas y enfermas, y una condena explícita de los intentos de anticipar violentamente su fin. En efecto, estamos en un contexto cultural y religioso que no está afectado por estas tentaciones, sino que, en lo concerniente al anciano, reconoce en su sabiduría y experiencia una riqueza insustituible para la familia y la sociedad.

En la cultura religiosa del Pueblo de Israel, se reconoce al anciano tanto la sabiduría como la riqueza que aporta a la familia.

La vejez está marcada por el prestigio y rodeada de veneración (cf. *2 M* 6, 23). El justo no pide ser privado de la ancianidad y de su peso, al

Es bellísimo el testimonio

contrario, reza así: «Pues tú eres mi esperanza, Señor, mi confianza desde mi juventud... Y ahora que llega la vejez y las canas, ¡oh Dios, no me abandones!, para que anuncie yo tu brazo a todas las edades venideras» (*Sal* 71 70, 5.18). El tiempo mesiánico ideal es presentado como aquél en el que «no habrá jamás... viejo que no llene sus días» (*Is* 65, 20).

martirial que se nos ofrece en la figura del anciano Eleazar de *2 Mac*. 6.

Sin embargo, ¿cómo afrontar en la vejez el declive inevitable de la vida? *¿Qué actitud tomar ante la muerte? El creyente sabe que su vida está en las manos de Dios:* «Señor, en tus manos está mi vida» (cf. *Sal* 16 15, 5), y que de Él acepta también el morir: «Esta sentencia viene del Señor sobre toda carne, ¿por qué desaprobar el agrado del Altísimo?» (*Si* 41, 4). El hombre, que no es dueño de la vida, tampoco lo es de la muerte; en su vida, como en su muerte, debe confiarse totalmente al «agrado del Altísimo», a su designio de amor.

El anciano religioso acepta con serenidad la muerte como algo querido por Dios. Ni la apronta ni le asusta. La vive.

Incluso en el momento de la *enfermedad,* el hombre está llamado a vivir con la misma seguridad en el Señor y a renovar su confianza fundamental en El, que «cura todas las enfermedades» (cf. *Sal* 103 102, 3). Cuando parece que toda expectativa de curación se cierra ante el hombre —hasta moverlo a gritar: «Mis días son como la sombra que declina, y yo me seco como el heno» (*Sal* 102 101, 12)—, también entonces el creyente está animado por la fe inquebrantable en el poder vivificante de Dios. La enfermedad no lo empuja a la desesperación y a la búsqueda de la muerte, sino a la invocación llena de esperanza: «¡Tengo fe, aún cuando digo: "Muy desdichado soy"!» (*Sal* 116 115, 10); «Señor, Dios mío, clamé a ti y me sanaste. Tú has sacado, Señor, mi alma del Seol, me has recobrado de entre los que bajan a la fosa» (*Sal* 30 29, 3-4).

Si es cierto que el enfermo y el anciano, en su vulnerabilidad claman a Dios. Pero, la enfermedad no le empuja ni a la desesperación ni a la búsqueda de la muerte. Saben poner su confianza en Dios.

«Yo doy la muerte y doy la vida» (Dt 32, 39): el drama de la eutanasia

64. En el otro extremo de la existencia, el hombre se encuentra ante el misterio de la muerte. Hoy, debido a los progresos de la medicina y en un contexto cultural con frecuencia cerrado a la trascendencia, la experiencia de la muerte se presenta con algunas características nuevas. En efecto, cuando prevalece la tendencia a apreciar la vida sólo en la medida en que da placer y bienestar, el sufrimiento aparece como una amenaza insoportable, de la que es preciso librarse a toda costa. La muerte, considerada «absurda» cuando interrumpe por sorpresa una vida todavía abierta a un futuro rico de posibles experiencias interesantes, se convierte por el contrario en una «liberación reivindicada» cuando se considera que la existencia carece ya de sentido por estar sumergida en el dolor e inexorablemente condenada a un sufrimiento posterior más agudo.

En nuestra cultura actual, debido a los progresos médicos, tiende a percibirse el sufrimiento de la enfermedad como carente de valor y significado, del que ha que deshacerse a toda costa.

Además, el hombre, rechazando u olvidando su relación fundamental con Dios, cree ser criterio y norma de sí mismo y piensa tener el derecho de pedir incluso a la sociedad que le garantice posibilidades y modos de decidir sobre la propia vida en plena y total autonomía. Es

Marginando de su vida a Dios, el hombre actual, se piensa criterio

particularmente el hombre que vive en países desarrollados quien se comporta así: se siente también movido a ello por los continuos progresos de la medicina y por sus técnicas cada vez más avanzadas. Mediante sistemas y aparatos extremadamente sofisticados, la ciencia y la práctica médica son hoy capaces no sólo de resolver casos antes sin solución y de mitigar o eliminar el dolor, sino también de sostener y prolongar la vida incluso en situaciones de extrema debilidad, de reanimar artificialmente a personas que perdieron de modo repentino sus funciones biológicas elementales, de intervenir para disponer de órganos para trasplantes.

último y absoluto de sí mismo: con el poder de decidir qué hace con su propia vida sin tener que dar cuenta de ella a nadie.

En semejante contexto es cada vez más fuerte la tentación de la *eutanasia,* esto es, *adueñarse de la muerte, procurándola de modo anticipado* y poniendo así fin «dulcemente» a la propia vida o a la de otros. En realidad, lo que podría parecer lógico y humano, al considerarlo en profundidad se presenta *absurdo e inhumano.* Estamos aquí ante uno de los síntomas más alarmantes de la «cultura de la muerte», que avanza sobre todo en las sociedades del bienestar, caracterizadas por una mentalidad eficientista que presenta el creciente número de personas ancianas y debilitadas como algo demasiado gravoso e insoportable. Muy a menudo, éstas se ven aisladas por la familia y la sociedad, organizadas casi exclusivamente sobre la base de criterios de eficiencia productiva, según los cuales una vida irremediablemente inhábil no tiene ya valor alguno.

En este contexto es más frecuente la tentación de la eutanasia: anticipar la muerte, por la propia mano o con la ayuda de otros. La misma familia y sociedad pueden llega a considerar al anciano y al enfermo como un peso gravoso.

65. Para un correcto juicio moral sobre la eutanasia, es necesario ante todo definirla con claridad. Por *eutanasia en sentido verdadero y propio* se debe entender una acción o una omisión que por su naturaleza y en la intención causa la muerte, con el fin de eliminar cualquier dolor. «La eutanasia se sitúa, pues, en el nivel de las intenciones o de los métodos usados ».

Eutanasia es la acción u omisión cuya intención es causar la muerte para evitar el dolor.

De ella debe distinguirse la decisión de renunciar al llamado «*ensañamiento terapéutico*», o sea, ciertas intervenciones médicas ya no adecuadas a la situación real del enfermo, por ser desproporcionadas a los resultados que se podrían esperar o, bien, por ser demasiado gravosas para él o su familia. En estas situaciones, cuando la muerte se prevé inminente e inevitable, se puede en conciencia «renunciar a unos tratamientos que procurarían únicamente una prolongación precaria y penosa de la existencia, sin interrumpir sin embargo las curas normales debidas al enfermo en casos similares».[77] Ciertamente existe la obligación moral de curarse y hacerse curar, pero esta obligación se debe valorar según las situaciones concretas; es decir, hay que examinar si los medios terapéuticos a disposición son objetivamente proporcionados a las perspectivas de mejoría. La renuncia a medios extraordinarios o desproporcionados no equivale al suicidio o a la eutanasia; expresa más bien la aceptación de la condición humana ante la muerte.

El *ensañamiento terapéutico* es inmoral. Se da cuando los familiares y médicos, buscan alargar inútilmente la vida del enfermo, no obstante que éste realmente haya llegado ya al ocaso de su existencia.

En la medicina moderna van teniendo auge los llamados *«cuidados paliativos»*, destinados a hacer más soportable el sufrimiento en la fase

En cambio, los «cuidados

final de la enfermedad y, al mismo tiempo, asegurar al paciente un acompañamiento humano adecuado. En este contexto aparece, entre otros, el problema de la licitud del recurso a los diversos tipos de analgésicos y sedantes para aliviar el dolor del enfermo, cuando esto comporta el riesgo de acortarle la vida. En efecto, si puede ser digno de elogio quien acepta voluntariamente sufrir renunciando a tratamientos contra el dolor para conservar la plena lucidez y participar, si es creyente, de manera consciente en la pasión del Señor, tal comportamiento «heroico» no debe considerarse obligatorio para todos. Ya Pío XII afirmó que es lícito suprimir el dolor por medio de narcóticos, a pesar de tener como consecuencia limitar la conciencia y abreviar la vida, «si no hay otros medios y si, en tales circunstancias, ello no impide el cumplimiento de otros deberes religiosos y morales». En efecto, en este caso no se quiere ni se busca la muerte, aunque por motivos razonables se corra ese riesgo. Simplemente se pretende mitigar el dolor de manera eficaz, recurriendo a los analgésicos puestos a disposición por la medicina. Sin embargo, «no es lícito privar al moribundo de la conciencia propia sin grave motivo»: acercándose a la muerte, los hombres deben estar en condiciones de poder cumplir sus obligaciones morales y familiares y, sobre todo, deben poderse preparar con plena conciencia al encuentro definitivo con Dios.	paliativos», son lícitos moralmente hablando. Pues, aunque ya no hay cura para el enfermo, le hacen soportable su dolor. También es legítimo que el enfermo, buscando unirse a la pasión de Cristo, rechace el recurso a los cuidados paliativos.
Hechas estas distinciones, de acuerdo con el Magisterio de mis Predecesores y en comunión con los Obispos de la Iglesia católica, *confirmo que la eutanasia es una grave violación de la Ley de Dios,* en cuanto eliminación deliberada y moralmente inaceptable de una persona humana. Esta doctrina se fundamenta en la ley natural y en la Palabra de Dios escrita; es transmitida por la Tradición de la Iglesia y enseñada por el Magisterio ordinario y universal. [82] Semejante práctica conlleva, según las circunstancias, la malicia propia del suicidio o del homicidio.	La Eutanasia es una grave violación a la ley de Dios en cuanto eliminación deliberada de una persona humana.
66. Ahora bien, el suicidio es siempre moralmente inaceptable, al igual que el homicidio. La tradición de la Iglesia siempre lo ha rechazado como decisión gravemente mala. Aunque determinados condicionamientos psicológicos, culturales y sociales puedan llevar a realizar un gesto que contradice tan radicalmente la inclinación innata de cada uno a la vida, atenuando o anulando la responsabilidad subjetiva, el *suicidio,* bajo el punto de vista objetivo, es un acto gravemente inmoral, porque comporta el rechazo del amor a sí mismo y la renuncia a los deberes de justicia y de caridad para con el prójimo, para con las distintas comunidades de las que se forma parte y para la sociedad en general. [84] En su realidad más profunda, constituye un rechazo de la soberanía absoluta de Dios sobre la vida y sobre la muerte, proclamada así en la oración del antiguo sabio de Israel: « Tú tienes el poder sobre la vida y sobre la muerte, haces bajar a las puertas del Hades y de allí subir » (*Sb* 16, 13; cf. *Tb* 13, 2).	Desde el punto de vida objetivo, el suicidio, como eliminación de la propia vida, es un acto gravemente inmoral, pues comporta el rechazo del amor a sí mismo y renuncia a los deberes de justicia y de caridad para con el prójimo.

Compartir la intención suicida de otro y ayudarle a realizarla mediante el llamado «suicidio asistido» significa hacerse colaborador, y algunas veces autor en primera persona, de una injusticia que nunca tiene justificación, ni siquiera cuando es solicitada. «No es lícito —escribe con sorprendente actualidad san Agustín— matar a otro, aunque éste lo pida y lo quiera y no pueda ya vivir... para librar, con un golpe, el alma de aquellos dolores, que luchaba con las ligaduras del cuerpo y quería desasirse». La eutanasia, aunque no esté motivada por el rechazo egoísta de hacerse cargo de la existencia del que sufre, debe considerarse como una *falsa piedad,* más aún, como una preocupante «perversión» de la misma. En efecto, la verdadera «compasión» hace solidarios con el dolor de los demás, y no elimina a la persona cuyo sufrimiento no se puede soportar. El gesto de la eutanasia aparece aún más perverso si es realizado por quienes —como los familiares— deberían asistir con paciencia y amor a su allegado, o por cuantos —como los médicos—, por su profesión específica, deberían cuidar al enfermo incluso en las condiciones terminales más penosas.	El suicidio asistido es igualmente inmoral, con la suma de que quien le asiste, también se hace homicida. A la falsa piedad de quien asiste al suicida no se le puede llamar compasión.
La opción de la eutanasia es más grave cuando se configura como un *homicidio* que otros practican en una persona que no la pidió de ningún modo y que nunca dio su consentimiento. Se llega además al colmo del arbitrio y de la injusticia cuando algunos, médicos o legisladores, se arrogan el poder de decidir sobre quién debe vivir o morir. Así, se presenta de nuevo la tentación del Edén: ser como Dios «conocedores del bien y del mal» (*Gn* 3, 5). Sin embargo, sólo Dios tiene el poder sobre el morir y el vivir: «Yo doy la muerte y doy la vida» (*Dt* 32, 39; cf. *2 R* 5, 7; *1 S* 2, 6). El ejerce su poder siempre y sólo según su designio de sabiduría y de amor. Cuando el hombre usurpa este poder, dominado por una lógica de necedad y de egoísmo, lo usa fatalmente para la injusticia y la muerte. De este modo, la vida del más débil queda en manos del más fuerte; se pierde el sentido de la justicia en la sociedad y se mina en su misma raíz la confianza recíproca, fundamento de toda relación auténtica entre las personas.	La eutanasia es más grave cuando los que la realizan, lo hacen sin que el enfermo se lo haya pedido, movidos por una falta compasión o por un pretendido altruismo humanista.
67. Bien diverso es, en cambio, el *camino del amor y de la verdadera piedad,* al que nos obliga nuestra común condición humana y que la fe en Cristo Redentor, muerto y resucitado, ilumina con nuevo sentido. El deseo que brota del corazón del hombre ante el supremo encuentro con el sufrimiento y la muerte, especialmente cuando siente la tentación de caer en la desesperación y casi de abatirse en ella, es sobre todo aspiración de compañía, de solidaridad y de apoyo en la prueba. Es petición de ayuda para seguir esperando, cuando todas las esperanzas humanas se desvanecen. Como recuerda el Concilio Vaticano II, «ante la muerte, el enigma de la condición humana alcanza su culmen» para el hombre; y sin embargo «juzga certeramente por instinto de su corazón cuando aborrece y rechaza la ruina total y la desaparición definitiva de su persona. La semilla de eternidad que lleva en sí, al ser irreductible a la sola materia, se rebela contra la muerte».	La auténtica piedad y amor hacia el enfermo está hecha de cercanía, compañía, solidaridad y apoyo en la prueba. Cuando esto está se aleja la tentación del recurso a la eutanasia.

Esta repugnancia natural a la muerte es iluminada por la fe cristiana y este germen de esperanza en la inmortalidad alcanza su realización por la misma fe, que promete y ofrece la participación en la victoria de Cristo Resucitado: es la victoria de Aquél que, mediante su muerte redentora, ha liberado al hombre de la muerte, «salario del pecado» (*Rm* 6, 23), y le ha dado el Espíritu, prenda de resurrección y de vida (cf. *Rm* 8, 11). La certeza de la inmortalidad futura y la *esperanza en la resurrección prometida* proyectan una nueva luz sobre el misterio del sufrimiento y de la muerte, e infunden en el creyente una fuerza extraordinaria para abandonarse al plan de Dios.	La unión con Cristo en su pasión, aleja esta tentación eutanásica, abriéndose siempre a la esperanza de la resurrección.
El apóstol Pablo expresó esta novedad como una pertenencia total al Señor que abarca cualquier condición humana: «Ninguno de nosotros vive para sí mismo; como tampoco muere nadie para sí mismo. Si vivimos, para el Señor vivimos; y si morimos, para el Señor morimos. Así que, ya vivamos ya muramos, del Señor somos» (*Rm* 14, 7-8). *Morir para el Señor* significa vivir la propia muerte como acto supremo de obediencia al Padre (cf. *Flp* 2, 8), aceptando encontrarla en la «hora» querida y escogida por El (cf. *Jn* 13, 1), que es el único que puede decir cuándo el camino terreno se ha concluido. *Vivir para el Señor* significa también reconocer que el sufrimiento, aun siendo en sí mismo un mal y una prueba, puede siempre llegar a ser fuente de bien. Llega a serlo si se vive con amor y por amor, participando, por don gratuito de Dios y por libre decisión personal, en el sufrimiento mismo de Cristo crucificado. De este modo, quien vive su sufrimiento en el Señor se configura más plenamente a El (cf. *Flp* 3, 10; *1 P* 2, 21) y se asocia más íntimamente a su obra redentora en favor de la Iglesia y de la humanidad. Esta es la experiencia del Apóstol, que toda persona que sufre está también llamada a revivir: «Me alegro por los padecimientos que soporto por vosotros, y completo en mi carne lo que falta a las tribulaciones de Cristo, en favor de su Cuerpo, que es la Iglesia» (*Col* 1, 24).	¿Cuál es el pensamiento de Pablo sobre la vida y la muerte? «Si vivimos, vivimos, para el Señor y si morimos, para el Señor morimos. Tanto en vida como en muerte, del Señor somos». Así como Cristo vive su muerte como acto supremo de obediencia al Padre, así la debemos vivir los cristianos.

Para orar y compartir	
1	Seguramente que en tu historia de vida has podido convivir con personas mayores: tíos y abuelos. ¿Cuál ha sido tu experiencia? ¿Qué enseñanzas has aprendido de ellos?
2	Juan Pablo II aconseja que el anciano (la persona mayor) pueda convivir con la familia, comunidad de personas. Así sigue madurando su humanidad de él y humaniza a la familia. ¿Qué ha hecho la cultura actual con las personas mayores? ¿Las valora y las incluye o las descarta?
3	La eutanasia y el suicidio asistido son tentaciones a las que se ve expuesto en anciano sólo y abandonado. ¿Qué tendríamos que hacer como familia para que nuestros abuelos no se vean expuestos a esto?
4	Morir con dignidad, según la visión cristiana, es aceptar el hecho de la muerte como parte de la vida humana y como algo querido por Dios. ¿Te has visto edificado por personas enfermas o mayores que afrontan el hecho de la muerte con madurez humana y cristiana?